



Anónimo

**Relación histórica de los sucesos de la
rebelión de José Gabriel
Tupac-Amaru en las provincias del
Perú, el año de 1780**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Anónimo

Relación histórica de los sucesos de la rebelión de José Gabriel Tupac-Amaru en las provincias del Perú, el año de 1780

Discurso preliminar a la Revolución de TUPAC-AMARU

Las extorsiones de los corregidores, y la impunidad de que disfrutaban en las Audiencias, produjeron en 1780 una fuerte conmoción entre los indios del Perú, capitaneados por José Gabriel Tupac-Amaru [1], cacique de Tungasusa en la provincia de Tinta; [2] que, altivo por carácter e irascible por genio, miraba con rencor la degradación de los indígenas. Último vástago de los Incas, y reducido ahora a prosternarse ante el más vil empleado de la metrópoli, no pudo su ánimo sobrellevar en paz estos ultrajes.

[Nota 1: Se le da comúnmente el nombre de Tupamaro, corrupción de dos voces de la lengua quichua, que significan literalmente, "resplandeciente" (thupac) y "culebra" (amaru). Los antiguos Peruanos comparaban los hombres grandes y poderosos a las serpientes, porque, como ellas infunden miedo con su presencia. Uno de los barrios del Cuzco, donde los Incas mantenían por magnificencia algunos de estos animales, llevaba el nombre de Amanucancha, "corral de las serpientes."]

[Nota 2: O más bien Ttinti, que en el mismo idioma quiere decir "langosta."]

Había frecuentado las universidades de Lima y del Cuzco, donde aprendió lo bastante para descolgar entre sus iguales. No contento con el cacicazgo, que era hereditario en su familia, solicitó ser reconocido como descendiente legítimo de los antiguos dinastas del Perú, y había ya conseguido reasumir el título de Marqués de Oropesa que habían llevado sus antecesores.[3]

[Nota 3: D. Martín García Loyola, sobrino de San Ignacio, y

gobernador de Chile en 1583, caso con Clara Beatriz, _Coya_, hija unica y heredera del Inca Sayri Tupac. De este matrimonio nacio una hija, que paso a Espana, donde se enlazo con un caballero, llamado D. Juan Henriquez de Borga, y a quien el Rey concedio el titulo de _Marquesa de Oropesa_. De esta rama procedia tambien _Tupac-Amaru_.]

Preocupado con sus ideas de venganza, sintio la necesidad de adquirir renombre, y derramo sus caudales para hacerse de clientes. Se puso tambien en contacto con las personas mas influyentes del clero, a quienes pintaba con los mas vivos colores los vejámenes que sufrían los indios. Movidos por sus quejas, los obispos de la Paz, del Cuzco, y otros prelados del Peru, las habian transmitido al Rey por medio de Santelices, Gobernador de Potosi, muy inclinado a favor de los naturales, y cuyos sufragios eran de un gran peso por el credito que disfrutaba en la corte. Carlos III, principe justo y magnanimo, habia acogido con interes estas suplicas, y para atenderlas con acierto habia llamado al mismo Santelices a ocupar un puesto en su Consejo de Indias.

Con tan prosperos auspicios, D. Blas Tupac-Amaru, deudo inmediato de Jose Gabriel, fue a Madrid a solicitar la supresion de la mita y los repartos. Todo anunciaba un feliz desenlace, cuando la Parca trunco la vida de estos filantropos, no sin sospecha de haber sido envenenados.

Solo, y expuesto al resentimiento de los que habian sido denunciados, se resolvió Tupac-Amaru a echar mano de un arbitrio violento. Hallabase de corregidor en la provincia de Tinta un tal Arriaga, hombre avido e inhumano, que abusaba del poder para saciar su inextinguible sed de riquezas. Hecho odioso al pueblo a quien tiranizaba, fue esta la primer victima que le fue inmolada. Bajo el pretexto de celebrar con pompa el dia del Monarca, el cacique lo atrajo a Tungasuca, donde en vez de las diversiones que esperaba, fue condenado a expiar sus crímenes en un cadalso. Igual suerte estaba reservada al corregidor de _Quespicancha_ [4], que salvo la vida, abandonando sus ricos almacenes, y mas de 25,000 pesos que tenia acopiados en las arcas del fisco.

[Nota 4: Escriben comunmente _Quispicanchi_, que nada significa. El otro nombre se compone de _quespi_, que en el idioma _aymara_ corresponde "a cosa que brilla", como cristal, piedra preciosa, &c., y de _cancha_, "corral."]

Estos despojos, repartidos generosamente entre las tropas, dilataron la esfera de accion de estos tumultos. Los funcionarios publicos, siguiendo el ejemplo de los corregidores, que eran el blanco principal de la animadversion de los pueblos, desamparaban sus puestos, y dejaban libre el campo a los amotinados. Sus filas, que se engrosaban diariamente, presentaron pronto una masa imponente para emprender mayores hazanas. Al sentimiento de venganza, que brotaba espontaneamente de todos los

corazones, quiso Tupac-Amaru hermanar otro que lo afirmase y ennobleciese. Dos siglos y medio, pasados en la servidumbre, no habian podido borrar de la memoria de los indigenas los recuerdos del gobierno paternal de los Incas: grabados en las ruinas del Cuzco, donde moraban sus dioses, y descansaban sus heroes, hacian de esta ciudad el objeto de una supersticiosa veneracion; y aqui fue donde se dirigio Tupac-Amaru para inflamar el ardor de sus soldados. Trabado en su marcha por una fuerza de milicianos que se habia organizado de Sangarara, los ataco, y obligo a asilarse del templo, donde se defendieron hasta sepultarse bajo los escombros del edificio, que se desplomo sobre sus cabezas.

Esta ventaja, poco considerable en si misma, dio alas a la anarquia, que se propago hasta la provincia de Chichas. El foco principal de esta nueva insurreccion era Chayanta, donde dominaban los Catari, hombres populares y atrevidos, que estaban quejosos por la indiferencia con que el virey Vertiz y la Audiencia de Charcas habian oido sus reclamos contra la escandalosa administracion de Alos, corregidor de aquel partido entonces, y promovido despues al gobierno del Paraguay. Tomas, el mayor de sus hermanos, desairado por el Virey, cuya justicia habia venido a implorar personalmente a Buenos Aires, regreso a su provincia, esparciendo la voz de haber conseguido mas de lo que habia solicitado: y este ardid sublevo contra Alos a todos los indios, que se resistian a pagar los tributos y a admitir sus repartos.

El corregidor se vengo por una perfidia, que hizo mas arriesgada su posicion. Imputo a Catari la muerte de un recaudador de rentas, y le envio preso a la Audiencia de Charcas. Desde este momento la sangre corrio a torrentes, y la pluma del historiador se retrae de trazar el cuadro espantoso de tantos excesos. En Oruro, en Sicasica, en Arques, en Hayopaya, fueron innumerables las victimas. En la iglesia de Caracoto la sangre de los espanoles llego a cubrir los tobillos de los asesinos. En Tapacari, pequeno pueblo de la provincia de Cochabamba, se quiso obligar a un padre a desgarrar el corazon de sus hijos a la vista de la madre: y la repulsa a tan inicuo mandato, fue la senal de su comun exterminio. Nada fue respetado: ni la edad, ni el sexo, ni las suplicas, ni los lamentos libraban de la muerte, y una parte de la poblacion sucumbia al furor de la otra.

Entretanto los Vireyes de Buenos Aires y de Lima trabajaban de consuno para sofocar la insurreccion del Peru. Varias tentativas de los rebeldes se habian malogrado por la impericia de los gefes en quienes Tupac-Amaru habia depositado su confianza. Su muger le habia obligado a volver a Tungasuco, para calmar los terrores que le habia causado la noticia de la salida de la tropas de Lima. ¡Triste y singular presentimiento! Con el Mariscal Valle, que mandaba esta expedicion, venia el Visitador Areche--ese hombre feroz, que, conculcando los derechos de la humanidad, y ultrajando al siglo en que vivia, debia renovar las escenas de los

tiempos barbaros, en la epoca en que aun vivian Becaria y Filangeri!
La ausencia de Tupac-Amaru, aunque momentanea, fue senalada por grandes reveses. Sus tropas, que no habian podido penetrar al Cuzco, fueron rechazadas de Puno y de Paucartambo. Estos contrastes, y la expedicion de Lima que se avanzaba a marchas redobladas, le hicieron advertir todo el peligro de la inaccion en que estaba, y de la que le importaba salir cuanto antes.

Su reaparicion excito el mas vivo entusiasmo, y las poblaciones se agolpaban en el transito para aclamarle. Esta vez cino las infulas, _llantu_ que, segun Garcilaso, eran las insignias de la dignidad real entre los Incas. Inexperto en el arte de mandar los ejercitos, se enredo nuevamente en el sitio del Cuzco, del que tuvo que desistir segunda vez, no por la resistencia que le oponia la ciudad, sino por el miedo de ser atacado por la fuerza de Valle. En este estado no le quedaba mas alternativa que salir al encuentro de la columna auxiliadora, o retirarse: prefirio este ultimo arbitrio, teniendo a su disposicion un ejercito de 17,000 hombres!

Se replego hacia la provincia de Tinta, donde no tardo en alcanzarlo Valle al frente de 16,000 hombres. Le aguardo Tupac-Amaru con 10,000, que fueron arrollados en las inmediaciones de Tungasuca. Hecho prisionero con toda su familia, fue llevado al Cuzco, donde expio de un modo atroz el deseo de restablecer la dominacion de los Incas, o mas bien de sustraer a los indios de la baja e intolerable tirania de los corregidores.

No por esto cesaron los males del Peru. Diego, y Andres, el uno hermano, y el otro sobrino de Tupac-Amaru, segundados por Julian Apasa, sucesor de Tomas Catari, continuaron hostilizando a las tropas y a los pueblos. Los sitios que pusieron a Puno, a Sorata y a la Paz, forman los episodios mas interesantes de este drama. La ultima de estas ciudades sostuvo dos cercos, que duraron 109 dias, a pesar de hallarse la ciudad embestida por 12,000 indios, duenos de las avenidas, y de todas las alturas que la dominan. En este teatro de desolacion brillo el genio activo de D. Sebastian Segurola, sobre el cual gravitaba la responsabilidad de conservar un numeroso vecindario, reducido a perecer de hambre, o a entregarse al cuchillo de una horda feroz. Solo la firmeza de este gefe pudo librarlo de tan grande infortunio.

Ni fue menos honrosa la conducta de Valle, Flores, y del mas esforzado de todos, Resequin. Cuando paso la frontera de Salta, se hallo este oficial en el centro de una gran insurreccion que devoraba la provincia de Chichas. Suipacha, Cotagaita, Tupiza, estaban en manos de los insurgentes, que en esta ultima ciudad habian imitado el ejemplo de Tupac-Amaru, ahorcando a su corregidor. Resequin, con un punado de bravos, restablece el orden, escarmienta a los indios, y los pone en la

imposibilidad de volverse a lanzar contra la autoridad pública. Su marcha hasta el Cuzco fue una serie continuada de combates y triunfos. Llegó en circunstancias que el sitio de Sorata había tenido un horrible desenlace. Irritado Andrés Tupac-Amaru de la obstinada resistencia que le hacían sus habitantes, a quienes amagaba con un ejército de 14,000 hombres, recoge las aguas del cerro nevado de Tipuani, y cuando las vio crecer en el estanque que había formado en un nivel superior a la ciudad, rompe los diques, e inunda la población, destruyendo de un modo irresistible todos sus medios de defensa.

Quedaba la Paz, cercada por segunda vez por la famosa *Bartolina*, mujer, o concubina de Catari. Valiéndose del arbitrio empleado contra Sorata, los sitiadores hacen represas en el río que pasa por la ciudad, y forman una inundación que rompe sus puentes, y causa los mayores estragos. Tal vez hubiera tenido que ceder su intrepido defensor Seguro, sino hubiese aparecido Resequin, que venía a socorrerle con 5,000 hombres, llenos de entusiasmo por un triunfo que acababan de reportar en Yaco.

Tantos trabajos habían postrado a este incansable oficial, que por primera vez desde su salida de Montevideo, se veía forzado a interrumpir sus tareas. Aun no había convalecido de una grave enfermedad que le había asaltado, cuando llega a la Paz la noticia de una fuerza que Tupac-Catari organizaba en las Penas. Débil, y extenuado por sus padecimientos, Resequin halla en su alma vigor bastante para reanimar sus fuerzas abatidas. Empuña su espada, alcanza a los rebeldes, los derrota, y cual otro Mariscal de Sajonia en la batalla de Fontenoi, entra al pueblo de las Penas, cargado en hombros de sus soldados.

Tan leal como valiente, respetaba las personas de los que se habían amparado del perdón ofrecido por el Virrey de Lima. Pero un oidor de Chile, que le acompañaba en calidad de *consultor*, complicando a los indultados en el proceso que seguía de oficio contra Tupac-Catari, mandó prender a todos, e hizo destrozarse vivo en la Paz a este caudillo.

De todas las cabezas principales de esta revolución no quedaba más que Diego Cristóbal Tupac-Amaru, a quien estos rasgos de perfidia hacían desconfiar de las promesas de los españoles. Pero, arrastrado de su destino, se dejó persuadir a entregarse voluntariamente al General Valle en su campamento de Sicuani; y no tardó en arrepentirse de esta confianza. Vivía retirado y tranquilo en el seno de su familia, cuando se le asecho y prendió para someterle a un juicio, en que, por crímenes imaginarios, se le condenó a perecer barbaramente en un cadalso.

Areche, Medina y Mata-Linares, autores de tantas atrocidades, recibieron honores y aplausos: pero el aspecto de las víctimas, sus últimos lamentos, sus miembros palpitantes, sus cuerpos destrozados por la

fuerza de los tormentos, son recuerdos que no se borran tan facilmente de la memoria de los hombres;[5] y debe perpetuarlos la historia para entregar estos nombres a la execracion de los siglos.

[Nota 5: Areche, que miraba la egecucion de Tupac-Amaru desde una ventana del Colegio de los ex-Jesuitas del Cuzco, cuando vio que los caballos no podian despedazar el cuerpo de este desgraciado, mando que le cortasen la cabeza: y a la muger de Tupac-Amaru la acabaron de matar "dandole patadas en el estomago." _iHorrcaco referens!_]

Pocos ejemplos ofrecen los anales de las naciones de una carniceria tan espantosa. No solo se atormento, y sacrifico a Tupac-Amaru, su muger, su hijo, sus hermanos, tios, cunados, y confidentes, sino que se proscribio en masa a todo su parentezco, por mas remotos que fuesen los grados de consanguineidad que los unian. Solo se perdono la vida a un nino de once anos, hijo de Tupac-Amaru, que despues de haber presenciado el suplicio de sus padres y deudos, fue remitido a Espana, donde fallecio poco despues. Asi es que debe tenerse por apocrifo el titulo de _Quinto nieto del ultimo Emperador del Peru,_ que asumio _Juan Bautista Tupamaru_, para conseguir del Gobierno de Buenos Aires una pension vitalicia.[6]

[Nota 6: El titulo del folleto que este impostor publico en Buenos Aires, es: _El dilatado cautiverio bajo el gobierno espanol de Juan Bautista Tupamaru, quinto nieto del ultimo Emperador del Peru._

Buenos-Aires, 2 de Setiembre de 1837.

PEDRO DE ANGELIS]

El unico resultado util de este gran sacudimiento fue la nueva organizacion que la Corte de Espana dio a la administracion de sus provincias de ultramar, y la abolicion de los repartimientos. De este modo quedo legitimado el principio que invoco Tupac-Amaru para mejorar la suerte de los indios, que hallaron despues en sus Delegados, administradores mas responsables, y por consiguiente mas integros que los Corregidores.

RELACION HISTORICA &

* * * * *

Aunque las crueles y sangrientas turbaciones, que han excitado y promovido los indios en la provincias de esta America Meridional, han sido la causa total de tantas lamentables desdichas, como se han seguido a sus habitantes, es no obstante preciso confesar que el verdadero y

formal origen de ellas no es otro que la general corrupcion de costumbres, y la suma confianza o descuido con que hasta ahora se ha vivido en este continente. Asi parece se deduce de los propios hechos, y lo persuaden todas sus circunstancias.

De algunos anos a esta parte se reconocian en esta misma America muchos de aquellos vicios y desordenes que son capaces de acarrear la mas grande revolucion a un estado, pues ya no se hallaba entre sus habitadores otra union que la de los bandos y partidos. El bien publico era sacrificado a los intereses particulares: la virtud y el respeto a las leyes, no era mas que un nombre vano: la opresion y la inhumanidad no inspiraban ya horror a los mas de los hombres acostumbrados a ver triunfar el delito. Los odios, las perfidias, la usura y la incontinencia representaban en sus correspondientes teatros la mas tragica escena, y perdido el pudor se transgredian las leyes sagradas y civiles con escandalo reprehensible.

Tal era el infeliz estado de estas provincias en punto a disciplina, y no mejor el que se manifestaba en orden a la seguridad y defensa de ellas; pues no se encontraban armas, municiones ni otros pertrechos para la guerra, carecian de oficiales y soldados que entendiesen el arte militar: porque, aunque en las capitales de este vasto reino, como son Lima y Buenos Aires, se hallasen buenos e inteligentes, como el fuego de la rebelion se encendio en el centro de las mismas provincias y casi a un mismo tiempo en todas, y la distancia de una a otra capital es mil leguas, cuando menos, no dio lugar a otra cosa que a hacer inevitables los estragos, pues aunque tenian nombrados regimientos de milicias, cuya fuerza se hizo crecer en los estados remitidos a la Corte, se conocio despues que solo existian en la imaginacion del que los formo, tal vez con miras poco decorosas a su alto caracter, por la utilidad que producian los derechos de patentes y otras gabelas.

Los corregidores, poseidos de una ambicion insaciable con cuantiosos e inutiles repartos, cuyo cobro exigian por medio de las mas tiranas egecuciones, con perjuicio de las leyes y de la justicia, se les habia visto en algunas provincias hacer reparto de anteojos, polvos azules, barajas, libritos para la instruccion del egercicio de infanteria, y otros generos, que lejos de servirles de utilidad, eran gravosos y perjudiciales. Por otra parte se veian tambien hostigados de los curas, no menos crueles que los corregidores para la cobranza de sus obvenciones que aumentaban a lo infinito, inventando nuevas fiestas de santos y costosos guiones con que hacian crecer excesivamente la ganancia temporal: pues si el indio no satisfacía los derechos que adeudaba, se le prendía cuando asistía a la doctrina y a la explicacion del evangelio, y llegaba a tanto la iniquidad, que se le embargaban sus propios hijos, reteniendolos hasta que se verificaba la entera satisfaccion de la deuda, que regularmente se la habia hecho contraer

por fuerza el mismo parroco.

En algunas ocasiones habian manifestado anteriormente los indios estos justos resentimientos, que ocasionaron la alteracion de varias provincias, resistiendo y matando a sus corregidores, como sucedio en la de Yungas de Chulumani, gobernandola el Marques de Villa-hermosa, que se vio precisado, despues de haberle muerto a su dependiente Solascasas, a contenerlos con las armas, a cuyo acto le provocaron. Asi tambien en la de Pacajes y Chumbilvicas, en donde quitaron las vidas a sus corregidores, Castillo y Sugastegui, cometiendo otros excesos, que indicaban el vasto proyecto, que con mucho tiempo y precaucion iban meditando, para sacudir el yugo.

Ya fuese fatigados y oprimidos de las extorsiones y violencias que toleraban, o insultados y conmovidos con un espiritu de sedicion que sembró el reo Tomas Catari, con el especioso pretesto de haber conseguido rebaja de tributos, se alzaron con tan furioso impetu, que en breve espacio de tiempo el incendio abraso todas las provincias. En el pueblo de Pocoata, provincia de Chayanta, se declaro la sedicion, y dando los indios muerte a muchos espanoles, prendieron a su corregidor, D. Joaquin de Alos, que retuvieron en el pueblo de Macha, como en rehenes, para solicitar insolentes la libertad de su caudillo Catari; y como presentandose la necesidad armada en toda la fuerza del poder, es irreparable el dano de la resistencia, fue forzoso que por salvar aquella vida, se libertase del castigo el delincuente Catari, logrando prontamente soltura de la prision en que se hallaba: ya fuese porque en tiempo que el peligro aprieta, la prudencia induce a no detenerse en formalidades, ni aventurar la quietud publica por los escrúpulos de autoridad, o ya porque, poco acostumbrados los Oidores de Charcas al perdimiento del respeto tenido a sus personas, recelaban pasase adelante el atrevimiento, y se viese disminuida la sumision fastidiosa y excesiva que siempre han pretendido.

Por otra parte, desde los principios del año de 1780 se vieron en todas las ciudades, villas y lugares del Peru, pasquines sediciosos contra los ministros, oficiales y dependientes de rentas, con el pretesto de la aduana y estancos de tabaco. De modo que el vulgo, a quien se atribuyo esta insolencia, se despecho tanto en algunas partes, que hicieron victima de su furor a algunos inocentes: como en Arequipa, donde perdiendo el respecto a la justicia, saquearon la casa del corregidor D. Baltazar Semanat, le precisaron a ocultarse para salvar su vida, atropellaron las casas destinadas a la recaudacion de estos derechos reales, persiguieron a los administradores, y estuvo la ciudad a pique de perderse: trascendiendo hasta los muchachos el espiritu sedicioso, con juegos tan parecidos a las veras, que habiendo nombrado entre ellos a uno, con el titulo de aduanero, se enfurecieron despues tanto contra el, que a pedradas acabo su vida, costandole no menos precio el fingido

empleo con que le habian condecorado.

Como suelen las enfermedades de la naturaleza, originadas de pequenos principios, llegar al ultimo termino, asi en las dolencias politicas sucede muchas veces, que nacidas de leves causas, suben a tan alto punto, que es costoso su remedio. Esperimentose esta verdad en Macha; pues logrando en aquel enganado pueblo, Tomas Catari, todos aquellos rendimientos que son gages de la autoridad, y olvidado del no esperado beneficio de su libertad, dio agigantado vuelto a sus ideas, por la desconcertada fantasia de los indios, graduando la soltura de su caudillo por efecto del temor que habia infundido con sus insolencias; y persuadidos por el nuevo metodo que se seguia con ellos, no era la piedad la que obraba, para atraerlos suavemente a sus deberes, se creyeron autorizados para egecutar las mas sangrientas crueldades, siendo como consecuencia, se vean estas sinrazones donde no se conoce ni domina la razon.

La Real Audiencia de Charcas, al paso que sentia la conmocion de tantas poblaciones, deseaba con ansia el remedio, pero no acertaba con el oportuno, porque sus miembros, poco acostumbrados a este genero de acontecimientos, se mantenian timidos e irresolutos, sin atreverse a tomar providencia, que cortase en sus principios el peligroso cancer que amenazaba al reino, haciendo algun castigo que escarmentase a los sediciosos, y arrancase en su nacimiento la raiz de rebelion, que comenzaba a sembrarse: unico remedio, cuando ya de nada servia la luchazon de sus personas, que con servil acatamiento se habia venerado hasta entonces. Y desenganados de que eran inutilis en estos casos las formulas del derecho y preeminencias de la toga, descendieron con tanto exceso a contemporizar con los rebeldes, franqueandoles el perdon de sus excesos y otras gracias, que no les fue dificultoso conocer que la suma condescendencia de unos ministros, que en las felicidades de su absoluto gobierno habian sido tan engreidos, nacia del terror y confusion en que se hallaban.

Bien convencidos los indios de esta verdad, apenas habia poblaciones de ellos, que no se abrasase en la tragica llama del tumulto, porque a poco despues alborotose la provincia de Paria, dando en el pueblo de Challapata cruel muerte al corregidor D. Manuel Bodega, egecutandose lo mismo en la de Chichas, Lipes y Carangas, siguiendo el mal ejemplo la de Sicasica, parte de las de Cochabamba, Porco y Pilaya, siendo en todas iguales los excesos, y parecidos los insultos de muertes, robos, ruinas de haciendas, sacrilegas profanaciones de los templos. Y como era uno el principio del desasosiego, reglaban sus movimientos por el teatro de la de Chayanta, donde, despues de muchos tormentos y ultrajes, quitaron la vida a D. Florencio Lupa, cacique del pueblo de Moscani, falleciendo victima de la lealtad a manos de una plebeya indignacion, la que no satisfaciendose con juntar la muerte a la ignominia, le cortaron la

cabeza, y tuvieron el arrojo de fijarla en las inmediaciones de la Plata, en una cruz, que se nombra Quispichaca, tremolando con esta audacia la bandera de la sedicion.

Este suceso cubrio a la Plata de horror y de susto, temiendo con razon, que estos principios tuviesen consecuencias muy tristes. Fue este dia el 10 de Setiembre de 1780, y como se esparcio en la ciudad, que en sus extramuros se hallaba una multitud crecida de indios para invadirla y saquearla, fue notable la confusion que se origino. Presentaronse en la plaza mayor los Ministros de la Real Audiencia, en compania de su Regente, para dar algunas disposiciones, que en aquella necesidad pudieron graduarse oportunas, para rechazar la invasion del enemigo, y desde aquel momento se empezaron a reglar companias, alistandose la gente sin excepcion de clases: pero con tal desorden y confusion, que si hubiese sido cierta la noticia, indefectiblemente perece la ciudad a manos de los rebeldes: llegando la turbacion de aquellos togados a tales terminos, que uno de ellos pregonaba en persona el ridiculo bando de pena de muerte, y 10 anos de presidio al que no acudiese a la defensa, y no hallandose el pregonero para hacer igual diligencia con otra providencia, se ofrecio el mismo Regente a egecutarlo, anadiendo la circunstancia de que tenia buena voz. ¡O temor de la muerte, cuanto puedes con las almas bajas! pues unos hombres, que poco antes se consideraban poco menos que deidades, les obligas a egercer los oficios mas viles de la republica, haciendose irrisibles de los mismos que los tenian por sagrados.

Aunque el rebelde Catari, desde el pueblo de Macha, aparentaba sumision y respeto a la autoridad de la Real Audiencia, no se ignoraba que secretamente escribia cartas, convocando las provincias para una general sublevacion, coligado con el principal rebelde Jose Gabriel Tupac-Amaru, indio cacique del pueblo de Tongasuca en la provincia de Tinta, del vireynato de Lima, quien pretendia ser legitimo descendiente de los Incas del Peru.

Este, pues, dio principio a sus barbaras egecuciones el 4 de Noviembre de 1780, prendiendo a su corregidor, D. Antonio de Arriaga, en un convite que le dio, con el pretexto de que queria celebrar el dia de nuestro Augusto Soberano. Asegurado el tirano de su propio juez, que sorprendio inopinadamente cuando estaba comiendo, publico se hallaba autorizado con una real Cedula para proceder de aquel modo, y substanciandole la causa en pocos dias, el 10 del propio mes le quito la vida en una horca, en la plaza publica de su pueblo, y apoderandose de todos sus bienes, paso a hacer la misma egecucion con el de la provincia de Quispicanchi, que no tuvo efecto por haber huido a la ciudad del Cuzco, a donde llevo la noticia del suceso de Tinta. A contener este alboroto, salieron de aquella ciudad 600 hombres tumultuariamente dispuestos, los mas del pais, y entre ellos algunos europeos y a pocas

leguas que anduvieron, avistaron al rebelde en el paraje llamado Sangarara, con un considerable trozo de indios y mestizos de aquella comarca: y como al mismo tiempo experimentasen una cruel nevada, se refugiaron en la iglesia; y mas poseidos del miedo, que resueltos a acometer al enemigo, le despacharon un emisario que le preguntase cual era su intento, y el motivo que habla tenido para levantar gente y turbar la tierra: y la respuesta fue, que todos los americanos pasasen luego a su campo, donde serian tratados como patriotas, pues solo queria castigar a los europeos o chapetones, corregidores y aduaneros.

Esta orden, que mando notificar Jose Gabriel Tupac-Amaru a los que le habian hecho el mensaje, con apercibimiento de no reservar a ninguno de los que la contradigesen, excito entre ellos una especie de tumulto, y tratando sobre lo que se habia de resolver, fueron unos de parecer que se embistiese al enemigo, y otros que no; de modo que, divididos en los dictámenes, sintieron bien presto los efectos de la discordia, que paro en herirse reciprocamente. A esta fatalidad sobrevinieron otras, cuales fueron la de haberlos cargado el enemigo, haberse pegado fuego a la polvora que tenian, y caidoles un lienzo del edificio en que se alojaban: y muertos unos, otros abrasados, y no pocos envueltos en la ruina de la pared, fueron todos consumidos y disipados, y el rebelde se aprovecho de las armas de fuego y blancas, reforzandose con los despojos de sus mismos enemigos.

Tanto quanto este suceso desgraciado pudo ofrecer de turbacion a la ciudad del Cuzco, tuvo de feliz y ventajoso para Tupac-Amaru, con el cual, dueno de la campana, la corrio y saqueo, haciendo destrozos en los pueblos, haciendas y obrages de los espanoles, y avanzandose hasta la provincia de Lampa, entro en Ayabiri sin oposicion: porque aunque en este pueblo se habian juntado algunos vecinos espanoles de aquella y otras provincias comarcanas, conducidos de sus corregidores, al aproximarse al enemigo, tomaron la fuga: con lo que, difundiendo la confusion, el sobresalto y el temor, y profugos los curas y corregidores, quedaron abandonados, y a discrecion de los indios, los pueblos y provincias, excepto la de Pancarcolla, en que su corregidor, D. Joaquin Antonio de Orellana, lleno de heroicis sentimientos, formo poco despues el proyecto de mantenerla a costa de su vida, y buscando por asilo la villa de Puno, se fortifico en ella con pocos de los suyos. La desenfrenada codicia de los barbaros usurpadores los empenaba en pillarlo todo, sin respetar los templos; en ellos derramaban la sangre humana sin distincion de sexos, ni edades. Pocas veces se habra visto desolacion tan terrible, ni fuego que con mas rapidez se comunicase a tantas distancias, siendo digno de notar, que en 300 leguas que se cuentan de longitud, desde el Cuzco hasta las fronteras del Tucuman, en que se contienen 24 provincias, en todas prendio casi a un mismo tiempo el fuego de la rebelion, bien que con alguna diferencia en el exceso de las crueldades.

Siguio Jose Gabriel Tupac-Amaru las huellas de todos los tiranos, y conociendo cuan facilmente se deja arrastrar el populacho de las apariencias con que se le galantea, porque no penetra los arcanos del usurpador, comenzo publicando edictos de las insufribles extorsiones que padecia la nacion, las abultadas pensiones que injustamente toleraba, los agravios que se repetian en las aduanas, y estancos establecidos: que los indios eran victima de la codicia de los corregidores, quienes buscaban todos los medios de enriquecer, sin reparar en las injusticias y vejaciones que originaban, cuyas modestas quejas, con que muchas veces les representaron sus excesos, no sirviesen de otra cosa que de incitar la ira y la venganza; y en fin que todo era injusticia, tirania y ambicion: que su intento estaba unicamente reducido a buscar el bien de la Patria, con esterminio de los inicuos y ladrones. Asi se esplicaba este rebelde, para seducir a los pueblos, engrosando su partido, y con mano armada pasando a los filos de su colera a cuantos se le oponian, invadio las provincias de Azangaro, Carabaya, Tinta, Calca y Quispicanchi, que por fuerza o de grado se declararon sus partidarias, a cuyo ejemplo siguieron el mismo rumbo las de Chucuito, Pacajes, Omasuyos, Larecaja, Yungas y parte de las de Misque, Cochabamba y Atacama. Siendo ya general la sublevacion, se experimentaron tragicos o inauditos sucesos, para cuya descripcion era necesario sudase sangre la pluma, y fuesen los caracteres nuestras lagrimas.

Con los muchos indios que se habian juntado a Tupac-Amaru, y las armas de que ya se habia apoderado, resolvió ir sobre el Cuzco, con el fin de posesionarse de esta ciudad, y logrado su intento, coronarse en ella, por ser la antigua capital del imperio peruano, con todas las solemnidades que imitasen la costumbre de sus antiguos poderes. Se habian acogido a esta poblacion muchos fugitivos de las provincias inmediatas, que atemorizados de los estragos que ocasionaba el tirano, no pensaban sino en salvar sus vidas por aquel medio: y cuando estaban imaginando abandonar la ciudad, y que era en vano intentar resistir al rebelde, lo impidio D. Manuel Villalta, corregidor de Abancay, que habia servido en el real ejercito con el grado de Teniente Coronel. Este animoso oficial, despreciando los temores, y con la experiencia de su profesion, levanto aquellos espíritus abatidos, echo mano de las milicias, y ordeno las cosas de manera que dificultasen el proyecto del rebelde: a que contribuyeron mucho los caciques de Tinta y Chicheros, Rozas y Pumacagua, cuya lealtad y la de los Chuquiguancas, brillo como un astro luminoso en medio de la negra oscuridad de la rebelion, ofreciendo en obsequio de su fidelidad el digno sacrificio de algunas vidas de los de sus familias y todas las haciendas que poseian.

Conocido por el tirano lo dificil que le era tomar el Cuzco, desistio del empeño, despues de algunos ataques, en que fue rechazado gloriosamente por sus vecinos, dirigidos y gobernados por Villalta,

quien le quito de las manos una presa con que ya contaba, y perdida aquella esperanza, se contrajo a continuar las correrias y robos contra los espanoles. Declarada ya en todas partes la guerra, y las poblaciones y campana sin resistencia, los que pudieron escapar de los primeros insultos, se refugiaron a las ciudades y villas que les fueron mas inmediatas. En la de Cochabamba solo, de las partes de Yungas (con quienes confina por los valles de Ayopaya), entraron mas de 5,000 personas de ambos sexos y de todas edades, que condujo su corregidor, D. Jose Albisuri. No porque en los pueblos de espanoles faltase la alteracion y recelo que ofrecia el numeroso vulgo, sino porque el riesgo parecia menos egecutivo, aunque diariamente se fijaban pasquines y se oian canciones a favor de Tupac-Amaru, contra los europeos y el gobierno. Agitado el cuidado de los vireyes de Lima y Buenos Aires, los Exmos. Senores, D. Agustin de Jauregui y D. Juan Jose de Vertiz, pensaron seriamente al remedio de tantos males. El primero dispuso pasase al Cuzco el Visitador General, D. Jose Antonio Areche, con el mando absoluto de hacienda y guerra, nombrando tambien al Mariscal de Campo, D. Jose del Valle, Inspector de las tropas de aquel vireinato, al Coronel de Dragones, D. Gabriel de Aviles, y otros oficiales, para que tomasen el mando y direccion de las armas que habian de obrar contra los rebeldes; y el segundo confirmo la eleccion que habia hecho el Presidente de Charcas, del Teniente Coronel D. Ignacio Flores, Gobernador que era de Moxos, declarandole Comandante General de aquellas provincias, y demas que estuviesen alteradas en la jurisdiccion de su mando, con inhibicion de la Real Audiencia de la Plata, concediendole muchas y amplias facultades, para obrar libremente. Los Oidores, poco conformes con esta disposicion, manifestaron su resentimiento en distintas ocasiones, dificultando las providencias del Comandante, oponiendo obstaculos a sus determinaciones, criticando su conducta de morosa, calumniandole de pusilanime e irresoluto, fundandose en que no tomaba partido con prontitud, y suponiendo que si hubiese obrado con actividad ofensivamente contra los rebeldes, hubiera podido sofocarse con el escarmiento de pocos el atrevimiento de los demas. En cuyas alteraciones y etiquetas, suscitadas indebidamente en tan criticas circunstancias, pasaron algun tiempo: hasta que fue creciendo el cuidado, con motivo de haber mandado la Audiencia secretamente, y sin el conocimiento que le correspondia a Flores, prender al reo Tomas Catari, lo que egecuto D. Manuel Alvarez en el Asiento de Ahullagas, en virtud del auto proveido en acuerdo reservado que se celebro con todo sigilo, atropellando las prudentes disposiciones del Virey, y desairandole cruelmente, porque tal proceder era opuesto a sus providencias y a las facultades que tenia concedidas a aquel Comandante.

Este suceso lleno de regocijo a la ciudad de la Plata, y no fue de poca satisfaccion a sus ministros, porque todos creian que cortada aquella cabeza, pasase la inquietud, y que un hecho de esta naturaleza podia servirles de escudo para cubrirse de sus primeros yerros y desacreditar

la conducta del Comandante militar: porque no solo habia concurrido a el, sino que tenia significado, no era conveniente en aquella ocasion, antes bien proponia se empleasen los medios politicos que eran mas oportunos en tan criticas circunstancias, en que se debia sacar todo el partido posible de la autoridad y fuerzas que ya habia adquirido el delincuente, en tanto se acopiaban armas y municiones para resistirle, motivos porque ocultaron su determinacion. Pero a poco tiempo se desaparecio aquella alegria, desvaneciendose sus concebidas esperanzas con las desgraciadas muertes del dicho D. Manuel, y del Justicia Mayor, D. Juan Antonio Acuna, que con una corta escolta conducian preso a aquel rebelde: quienes, viendose inopinadamente atacados en la cuesta de Chataquilay, y que era muy dificultoso conservar su persona con seguridad, determinaron matarle antes de intentar la resistencia, sin que bastase despues el esfuerzo a salvar ninguno de los que le conducian; creciendo el espanto y susto con haberse acercado inmediatamente los indios agresores a la ciudad para cercarla, campando dos leguas de ella, en los cerros de la Punilla, mas de 7,000, capitaneados por Damaso y Nicolas Catari, hermanos del difunto Santos Achu, Simon Castillo y otros caudillos. Con cuyo hecho desgraciado vario el modo de pensar de la Audiencia, que empleo todos los recursos imaginables para ocultar habia sido suya aquella providencia, significando que Alvarez habia egecutado la prision de motupropio: pero Flores, que no se descuidaba en cubrirse de sus resultas, tuvo modo de conseguir copia de todo lo acordado sobre aquel hecho. Asi perpetuamente se eslabonan los fracasos con las dichas, teniendo en continua duda nuestros afectos, para que busquen en su centro la verdadera y estable felicidad.

Aun no bien se supo estaban acampados los indios en aquel cerro, proyectando el asalto de la ciudad, se infundio en todos sus vecinos la generosa resolucion de defenderse, hasta derramar la ultima gota de sangre: y porque fuesen iguales el valor y la precaucion, ganando los instantes, se colocaron puestos avanzados para observar desde mas cerca los movimientos del enemigo, y cortando las calles con tapias de adobes, que impropriamente han llamado trincheras, se destacaron algunas companias de milicianos para que guarnecieran sus extramuros. El Regente en una continua agitacion expedia providencia sobre providencia, y los Ministros, disimulando el miedo que los dominaba con el celo y amor al Soberano, se hicieron cargo con las companias formadas del gremio de abogados, de rondar y patrullar todas las noches, reconociendo las centinelas avanzadas. Pero como todos carecian de los principios del arte de la guerra, servian de confusion mas que de seguridad sus diligencias, que tambien contribuyeren no poco a suscitar nuevas disputas sobre sus pretendidas facultades, y las que tenia el Comandante de las armas. Sin embargo de todo esto, se notaba en los vecinos buena disposicion, por mas que se haya querido disminuir despues, abultando desconfianzas para cubrir la negligencia, y el error de no haber acudido

con resolucion y actividad a cegar el manantial de donde nacia estas alteraciones: siendo facil comprender, que si en sus principios se hubiese obrado con el valor y determinacion que piden semejantes casos, se hubieran evitado tantos estragos, como siguieron, y la muerte de mas de 40,000 personas espanolas, y mucho mayor numero de indios, que han sido victimas de estas civiles disenciones.

Insolentes los rebeldes en su campamento, dirigieron a la Real Audiencia algunas cartas llenas de audaces amenazas, pidiendo las cabezas de algunos individuos, y asegurando hacer el uso mas torpe de las mugeres del Regente y algunos Ministros, ofreciendo emplearlas despues en las tareas mas humildes del servicio de sus casas. En esta ocasion fue sospechado complice en las turbaciones el cura de la doctrina de Macha, el Dr. D. Jose Gregorio Merlos, eclesiastico de corrompida y escandalosa conducta, de genio atrevido y desvergonzado, que fue arrestado por el Oidor D. Pedro Cernadas en su misma casa, y depositado en la Recoleta con un par de grillos, y despues en la carcel publica con todas las precauciones que requerian el delito que se le imputaba, y las continuas instancias que hacian los rebeldes por su libertad, quienes aseguraban entrarian a sacarle de su prision a viva fuerza: cuyo hecho se egecuto tambien sin consentimiento del Comandante militar, aprovechando la Audiencia, para proceder a su captura, del pretexto de hallarse ausente, para un reconocimiento en las inmediaciones de la ciudad. El cuidado se iba aumentando con continuos sobresaltos que ocasionaba la inmedicacion de los sediciosos, y aunque no llegaron nunca a formalizar el cerco, se empezaba asentir alguna escasez de viveres, que fue tambien causa de aumentarse las discordias, por la libertad de pareceres para el remedio.

Solicitaron los abogados, unidos con los vecinos, se les diese licencia para acometer al enemigo, pero luego que entendieron que se disgustaba el Comandante por esta proposicion, se apartaron de su intento. El Director de tabacos, D. Francisco de Paula Sanz, sugeto adornado de las mejores circunstancias y calidades, se hallaba en la ciudad casualmente, y de resultas de la comision que estaba a su cargo para el establecimiento de este ramo, movido de su espiritu bizarro, y cansado de las contemplaciones que se usaban con los rebeldes, quizo atacarlos con sus dependientes y algunos vecinos que se le agregaron, y saliendo de la ciudad con este intento, el dia 16 de Febrero de 1781 llego a las faldas de los cerros de la Punilla, en que estaban alojados los indios, que descendieron inmediatamente a buscarle para presentar el combate, persuadidos de que el poco numero que se les oponia, aseguraba de su parte el vencimiento. Cargaron con tanta violencia y multitud aquel pequeno trozo, que se componia de solos 40 hombres, que no basto el valor para la resistencia, y cediendo al mayor numero y a la fuerza, fue preciso pensar en la retirada, en que hubieran perecido todos por el desorden con que la egecutaron, a no haber salido a sostenerlos la compania de granaderos milicianos, no pudiendo evitar perdiere la vida

en la refriega D. Francisco Revilla, y dos granaderos que le acompañaron en su desgraciada suerte: pues aunque después salió Flores con mayor número de gente, sirvió poco su diligencia, por haber entrado la noche.

El genio docil y el natural agrado del Director Sanz, acompañados de su generosidad, le hacían muy estimado de todos, menos de Flores, con quien había tenido algunos disgustos por el diverso modo de pensar. Sanz, todo era fuego para castigar la insolencia de los sediciosos, y Flores, todo circunspección y flema en contemplarlos, cuya conducta, mormurada generalmente, ocasionó pasquines denigrantes a su honor, tildándole de cobarde, atreviéndose a decir, era afecto al partido de la rebelión: y llegó a tanto la osadía del público, que expresó sus sentimientos con satíricos versos y groseras significaciones, enviándole a su casa, la misma noche del ataque del 16, una porción de gallinas, sin saber quien había sido el autor de este intempestivo regalo. Al siguiente día se presentaron los vecinos por escrito, manifestando estaban prontos y dispuestos a ir en busca del enemigo. Todos clamaban se anticipaba su última ruina, gritaban descaradamente, que si no se les conducía al ataque, saldrían sin el Comandante: y ya obligado de tantas y tan repetidas eficaces insinuaciones que se aumentaron con el desgraciado suceso del Director, determinó para el 20 del mismo Febrero atacar a los indios de la Punilla. Serían las 12 de aquel día, cuando se pusieron en marcha nuestras tropas, y llegando al campo se presentó al Comandante un espectáculo agradable, que le anunciaba la victoria, y fue reconocer que un crecido número de mugeres, mezcladas y confundidas entre la tropa, deseaba con ansia entrar en función: este raro fenómeno, cuanto lisonjeaba el gusto, arrancó lágrimas de aquel jefe, que ejerció toda su habilidad para disuadirlas se apartasen de tan peligroso empeño, con el cual únicamente habían conseguido ya una gloria inmortal: y aunque se les mitigó el ardor, nunca se pudo lograr se retirasen, y permanecieron en el campo de batalla, o bien para que su presencia inspirase aliento a los soldados, o para que sirviesen de socorro en cualquiera infortunio.

Las dos de la tarde serían cuando se tocó a embestir al enemigo, que se hallaba apostado en las alturas de tres montañas ásperas y fragosas, cuya ventaja hacía peligrosa la subida: pero esta dificultad empeñó el valor de los nuestros, que estaban tan deseosos de venir a las manos, y acometiendo con heroico denuedo, sufrieron los indios poco tiempo el asalto, ganando airoosamente las cumbres de aquellos empinados cerros, llevándose con los filos de la espada a todos los que no retiró la fuga; dejando en el campo de batalla 400 cadáveres, con poca o ninguna pérdida de nuestra parte, y de sus resultas libre la ciudad del bloqueo en tan breve espacio de tiempo, que pudo el Comandante General exclamar con Julio César:--_Veni, vidi, vinci_. Celebrosé esta victoria con festivas aclamaciones de _Viva el Rey_; e iluminándose la ciudad por tres noches, se rindieron al Todo-Poderoso las debidas gracias, manifestándose la alegría con todas aquellas señas con que acredita el amor, la sinceridad

del afecto. Este destrozo de los enemigos trajo las mas favorables consecuencias, y hubieran sido mayores si se hubiese adelantado la accion: pues asustada la provincia de Chayanta, depuso toda inquietud, y para comprobar su arrepentimiento, entrego a los principales autores, que fueron Damaso y Nicolas Catari, Santos Hachu, Simon Castillo y otros varios, que todos murieron en tres palos: que asi burla la Divina Providencia las esperanzas de los delincuentes, disponiendo caigan a manos de la justicia, cuando se creen mas exentos de su rigor.

Este hecho acredita cuan conveniente era ganar los instantes, y obrar con actividad contra los insurgentes, aprovechando la consternacion en que se hallaban por el dichoso suceso de la Punilla, antes que depusieran su espunto: pues los recelos y desconfianzas del Comandante, y su caracter mas politico que militar, le hacian observar una lentitud perjudicial a la causa publica. Y como vacilaba en un mar de dudas, paso el tiempo en hacer prevenciones, con que disimulaba su manejo, que pudiera haber variado con las repetidas pruebas de fidelidad y bizzarria que le tenian dadas los vecinos de la Plata, que justamente se han quejado del concepto que le merecieron, porque consideraba no eran capaces de sostener operaciones ofensivas en campo abierto sin el auxilio de los veteranos que se esperaban: lo que debiera haber tentado sin esta circunstancia, pues algo se ha de aventurar en los casos extremos, en que no se presenta otro recurso. Estas detenciones ocasionaron no pocos males, particularmente en las provincias de Chichas y Lipes, que se sublevaron despues de aquel suceso, porque conocieron la superioridad que tenian, y les manifestaba semejante conducta, y que no eran muy temibles el Comandante y armas que se hallaban en la ciudad de la Plata, cuando aun despues de vencedoras se contentaban con volver a encerrarse en los terminos de su recinto, sin pensar al remedio de las calamidades ajenas: a que contribuyo tambien el haber seguido el mismo sistema la imperial villa de Potosi, que creyo llenaba so obligacion con poner a cubierto sus preciosas minas.

Cuando estaba para celebrarse en casa del Comandante, D. Ignacio Flores, con un banquete, el buen exito que tuvo la accion de la Punilla, se recibio la infausta noticia del horroroso hecho acaecido en la villa de Oruro, con lo que se consternaron los animos de todos los convidados, y se llenaron de amargura, convirtiendose en pesar el placer que tenian prevenido. Y como es uno de los acaecimientos mas notables de esta general sublevacion, no podra ser desagradable se refiera con extension, y con todas las circunstancias que requiere un hecho de esta naturaleza.

El origen, pues, y las causas de esta funestisima tragedia, fueron haberse divulgado en aquella villa las fatalidades acaecidas en las provincias de Chayanta y Tinta, con un edicto que expidio Jose Gabriel Tupac-Amaru, en que espresaba todas sus crueles y ambiciosas intenciones: lo que, llegado a noticia del corregidor, D. Ramon de

Urrutia, juntamente con los extragos que causaba en las provincias de Lampa y Carabaya, le determinaron a prevenirse para cualquier acontecimiento. Formo companias de los _cholos_ y vecinos, para disciplinarlas en el manejo de las armas, destinando diferentes sitios para la ensenanza, donde concurrían semanalmente dos veces, y aprendían con gusto la doctrina de sus maestros: algunos desde luego no aprobaron esta diligencia, o porque eran adictos al principal rebelde Tupac-Amaru, cuya venida deseaban con ansia, o lo mas cierto, porque eran sus confidentes. Estos tales solamente concurrían a aquel acto para emular a los que ensenaban, que eran europeos, y a formar diferentes criticas sobre sus operaciones, al mismo tiempo que con insolencia fijaban pasquines opuestos a la corona, censurando el gobierno del corregidor y demas jueces. Entre ellos amanecio uno el dia 25 de Diciembre de 1780, en que se anunciaba el asesinato, que despues egecutaron con los europeos, y zaherian la conducta de D. Fernando Gurruchaga, Alcalde ordinario, que acababa aquel ano, con dicterios denigrativos a su persona, y de la justicia. Tambien prevenian en el a los individuos del Cabildo, se abstuviesen de elegir Alcaldes europeos, porque si tal sucedia, no durarian ocho dias, porque se sublevarian y serian victima de su enojo, por ser ladrones: y que para evitar tan funesto suceso, habian de nombrar precisamente de Alcaldes a D. Juan de Dios y a D. Jacinto Rodriguez.

El Corregidor, cuidadoso con estas publicas amenazas, e insolentes pretensiones: obraba vigilante en la averiguacion y pesquisa de los autores, pero por mas exactas diligencias, asi judiciales como extrajudiciales que practico, nunca pudo saber la verdad para castigar a los delincuentes, a fin de mantener a todos con la quietud y buena armonia, a que siempre propendio desde el ingreso a su corregimiento.

Llegado el dia de la eleccion, para el ano de 1781, propuso a los vocales nombrasen a sugetos benemeritos y honrados, de buenas costumbres y amantes de la justicia, para que asi pudiesen desempeñar con acierto los cargos, con la madurez y juicio que previenen las leyes, y requerian las criticas circunstancias, en que se hallaba el reino. Para este efecto les propuso a D. Jose Miguel Llano y Valdez, patricio, a D. Joaquin Rubis de Celis, y D. Manuel de Mgrusa, europeos, con la mira de que saliese la vara de la casa de los Rodriguez, que pretendia hacerla hereditaria, y que ni ellos ni ninguno de sus parciales y domesticos, fuese elegido, pues hacian 18 anos que estos sugetos estaban posesionados de aquellos empleos, sin permitir jamas que fuesen nombrados otros, por la desmedida ambicion de gobernar que los dominaba: y tambien para evitar las injusticias, estorsiones y violencias, que con titulo de jueces egecutaban con toda clase de gentes, validos del depotismo sin limite que habian adquirido, con el cual protegian todo genero de vicios, de que adolecian sus dependientes y criados.

Trascendida por los Rodriguez esta idea, previnieron algunas alteraciones y diferencias para el dia de la eleccion: no obstante prevalecieron los votos a favor de la justicia, y salieron electos los propuestos por el Corregidor, que aborrecian cruelmente los Rodriguez, por la semejanza de costumbres y nacimiento: y no pudiendo ocultar la ponzoña que encerraban sus corazones, al ver se les habia quitado el mando, que tantos años tenian como usurpado, se quitaron la máscara, para dejarse ver a todas luces sentidos contra el. D. Jacinto estuvo para morir con los vomitos que le ocasiono la colera del desaire, y D. Juan salio de la villa para su ingenio a toda prisa, dejando prevenido en su casa, que ninguno de sus clientes saliese a las corridas de toros, que regularmente celebran los nuevos Alcaldes para festejar al publico, ni que a estos se les prestase cosa alguna que pidiesen para los refrescos acostumbrados. En este mismo dia empezó a descubrirse la liga que habia formado con ellos el cura de la iglesia matriz. Sucedió pues, que siendo costumbre de tiempo inmemorial, que acabadas las elecciones, y confirmadas por el corregidor en la casa capitular, pasaba todo el Cabildo a la iglesia mayor a oír la misa de gracias, se dirigieron los Cabildantes a esta pia demostracion, pero estando ya a las puertas de la iglesia, salio al encuentro el sacristan para decirles que no habia misa, porque ninguno habia dado la limosna.

Estaban las cosas en este critico estado, cuando llegó la noticia de la muerte de Tomas Catari; y creyendo el corregidor de Paria, D. Manuel Bodega, que quitado este sedicioso perturbador de la quietud publica, le seria facil sugetar la provincia, cobrar los reales tributos y su reparto, determino ir a ella con armas y gente. Pidió para esto a Urrutia le auxiliase con soldados, que le nego, previniendo no podian resultar buenas consecuencias: pero Bodega mal aconsejado, junto 50 hombres, pagados a su costa, y emprendió la marcha al pueblo de Challapata, donde él y los mas que le acompañaban, pagaron con la vida su lijera determinacion.

Con este hecho, persuadidos quedaron los indios de Challapata, Condo, Popo y demas pueblos inmediatos, que el corregidor de Oruro habia auxiliado al de Paria con armas y gente para castigarlos, desde aquel dia amenazaban la villa y el corregidor, protestando asolarla, y dar muerte a todos sus habitantes. Agregose a esto, que un religioso franciscano, llamado Fray Bernardino Gallegos, que a la sazón se hallaba de capellan en los ingenios de D. Juan de Dios Rodriguez, solapando su malicioso designio, decia habia oido, que los indios de Challapata estaban prevenidos para invadir a Oruro, y que el principal motivo que los impelia, era saber que se hacia diariamente ejercicio, por lo que consideraba conveniente se suspendiese; pues sin mas diligencia que esta, se sosegarían los animos de aquellos rebeldes, porque su resentimiento nacia unicamente de aquella disposicion. El corregidor, ya fue que no dio asenso a los avisos de aquel religioso, o porque

penetrase su interior, no altero sus providencias, de que nacieron continuos sobresaltos y cuidados: porque, resentido de esto, no ceso de esparcir en adelante funestas noticias, que amenazaban por instantes el insulto ofrecido por los indios circunvecinos. En este conflicto se dudaba el medio que debia elegirse: no habia armas, ni pertrechos; hacianse cabildos publicos y secretos; nada se resolvia por falta de dinero en la caja de propios, o por decirlo con mas propiedad, por no haber tal caja, porque hacia muchos anos se habia apoderado de su fondo D. Jacinto Rodriguez. Tampoco podia acudirse a las cajas reales, porque lo resistian sus oficiales, alegando no serles facultativo extraer cantidad alguna, sin orden expresa de la superioridad; y por ultimo recurso, se penso en que los vecinos contribuyesen con algun donativo, que tampoco tuvo efecto, por la suma pobreza en que se hallaban. En estos apuros se manifesto el celo del tesorero D. Salvador Parrilla, dando de contado 2.000 pesos de sus propios intereses, para que se acuartelasen las milicias, y se previniesen municiones de guerra, entre tanto se daba parte a la Audiencia, para que deliberase lo que tuviese por conveniente. Con esta cantidad se dio principio a los preparativos; pusieronse a sueldo 300 hombres: se nombraron capitanes y demas oficiales, para hacer el servicio: D. Manuel Serrano, formo una compania de la mas infame chusma del pueblo, y nombro por su teniente a D. Nicolas de Herrera, de genio caviloso, que despues fue uno de los que mas sobresalieron en esta tragica escena.

Acuartelada asi la tropa, se suscitaron muchas disenciones por la poca subordinacion de los soldados, la ninguna legalidad en los oficiales para la suministracion del prest senalado, y otros motivos, que se originaban, mas por la disposicion de los animos, que por, las fundadas quejas.

El dia 9, a las diez de la noche, salieron del cuartel algunos soldados de la compania de Serrano, pidiendo a gritos socorro a los demas; y preguntada la causa, respondio en voz alta Sebastian Pagador:--"Amigos, paisanos y companeros, estad ciertos que se intenta la mas aleva traicion contra nosotros por los chapetones: esta noticia acaba de comunicarseme por mi hija; en ninguna ocasion podemos mejor dar evidentes pruebas de nuestro amor a la patria, sino en esta: no estimemos en nada nuestras vidas, sacrifiquemoslas gustosos en defensa de la libertad, convirtiendo toda la humildad y rendimiento, que hemos tenido con los espanoles europeos, en ira y furor, y acabemos de una vez con esta maldita raza." Se esparcio inmediatamente por todo el pueblo este razonamiento, y la mocion en que estaban las companias milicianas, no descuidandose D. Nicolas Herrera en atizar el fuego, contando en todas partes con los colores mas vivos, que su malicioso intento pudo sugerirle, la conjuracion de los europeos.

Sebastian Pagador habia sido muchos anos sirviente en las minas de ambos

Rodriguez, y en aquella actualidad concurría a ellas por las tardes con D. Jacinto, donde este se ponía ebrio, mal de que adolecía comunmente. Entre otras producciones de la borrachera, salió con el disparate que el corregidor le quería ahorcar, juntamente con sus hermanos, a D. Manuel Herrera y otros vecinos. El calor de la chicha, que tenía alterado a Pagador, le hizo facilitar el asesinato que después ejecutaron, tratándolo con D. Nicolás de Herrera, sujeto muchas veces procesado por ladrón público y salteador de caminos. A este no sola le constaba que muchos de los europeos estaban acaudalados, sino que él y algunos de sus inicuos compañeros vieron depositar muchas barras y zurrónes de plata sellada en cara de D. José Endeiza, a quien se le consideraba más de 50,000 pesos efectivos. Como este sujeto era tan amable, concurrían a su mesa muchos de sus amigos, también acaudalados, y acordaron que en tanto se les proporcionaba trasladarse a Potosí, se juntasen todos con sus caudales a vivir en la casa donde se hallaba hospedado. La presa de tan crecido caudal fue el principal origen de este desgraciado suceso. D. Nicolás Herrera, que deseaba más que todos llegase el caso de ejecutar el saqueo, publicaba en todas partes el razonamiento de Pagador, y continuando sus diligencias, entró en casa de D. Casimiro Delgado, que a la sazón estaba jugando con D. Manuel Amezaga, cura de Challacollo, y con Fray Antonio Lazo, del Orden de San Agustín. Alborotaronse todos con la novedad, y resolvieron ir a avisar a los milicianos la desgracia que los amenazaba: determinación, a la verdad, impropia de aquellos sujetos, y que tiene muchos visos de sediciosa; porque sin reflexionar en consecuencias pasaron al cuartel, llamaron al capitán D. Bartolomé Menacho y a otros, y les dieron noticia de lo que sabían, haciéndoles la prevención de que se guardasen. Con esto, y la voz de traición de parte de los europeos que Herrera había esparcido por toda la villa, acudían en crecidas tropas al cuartel, las madres, mugeres y hermanas de los que estaban acuartelados: unas llevaban armas para que se defendiesen, y otras con las más tiernas voces, pedían con lágrimas dejasen aquel recinto. A esto añaden los soldados, incitados por Pagador, se persuadiesen era cierta la conjuración: los unos afirmaban que el corregidor tenía prevenida una mina para volarlos repentinamente, otros gritaban que no había que dudar, porque tenía arrimadas escaleras para asaltarlos de improviso por el corral de su casa. Todo era confusión, desorden y alboroto, sin el menor fundamento; porque la malicia de los seductores inventaba estas y otras especies sediciosas para conmover los ánimos. De esta conformidad pasaron aquella noche en continuo sobresalto, y luego que aclaró el día 10, desampararon el cuartel: unos se dirigieron a sus casas, y otros reunidos por Pagador, se presentaron a D. Jacinto Rodríguez, protestando que como a su Teniente Coronel debían comunicarle lo que se premeditaba contra ellos; que estaban prontos a obedecerle ciegamente, con lo que daban unas pruebas nada equivocadas de la subordinación que le tenían: quien, al oír las quejas, les dijo que no volviesen al cuartel, y quedándose con algunos de mayor confianza, les previno sigilosamente se amotinasen aquella noche, y les

advirtió el modo con que lo habían de practicar.

Había marchado días antes al pueblo de Challapata Fray Bernardino Gallegos, del Orden de San Francisco, con el pretexto de libertar algunos soldados que llevo D. Manuel de la Bodega, los que se hallaban escondidos en casa del cura; pero su verdadero designio fue el de convocar a los indios para aquel día. En el mismo distribuyó D. Jacinto a sus negros, y algunos de sus criados por las estancias y pueblos inmediatos, para con la ayuda de estos, doblar sus fuerzas y lograr su intento; montó a caballo, se dirigió al Cerro de las Minas, donde junto a todos los indios, mulatos y mestizos, que trabajaban en ellas, y les dio la orden de que precisamente bajasen por el Cerro de Conchopata a la villa, luego que anocheciese. Todo se ejecutó como estaba prevenido, empezando la bulla de los peones mineros en aquel lugar, a la hora señalada. Para asegurar mejor la acción premeditada, andaba por las calles y plazas un oficial de la compañía de Menacho, llamado D. José Asurduí, publicando era cierta la traición del corregidor y europeos, con tanto descaro, que, obligó a uno de ellos a reconvenirle, diciéndoles: "Solamente un hombre de poco entendimiento podría proferir este disparate: Vd. se persuade que el corregidor, acompañado únicamente de 30 a 40 europeos, se consideren capaces de resistir y matar a más de 5,000 hombres que tiene la villa; esto fuera lo mismo que intentar una hormiga hacer frente a un león." Pero como eran otros los principios de aquel motín, de nada sirvieron estas sólidas razones para contenerle, antes bien se aumentaron los corrillos en las esquinas de las calles y plaza pública, creciendo el cuidado, por haber encontrado un pedazo de carta de Fray Bernardino Gallego, en que avisaba a su hermano, Fray Feliciano, que indefectiblemente la noche del 10 sería invadida la villa por los indios Challapatas, pero que no tuviesen cuidado, que el fin era quitar la vida al corregidor y oficiales reales. Tales indios no parecieron aquella noche, y averiguada la verdad, muchos días después se supo no pensaron en venir por entonces, y que solo había sido ardid para aumentar el temor y la confusión.

A las 4 de la tarde mandó el corregidor tocar llamada, para que las milicias se juntasen; en efecto obedecieron, siendo muy pocos los que hicieron falta; pero con la circunstancia de no querer entrar en el cuartel, y si mantenerse divididos en trozos por las esquinas de la plaza, hablando entre ellos de la supuesta traición, y lo que habían de practicar; y no descuidándose Pagador en su comisión, recuerdo los hechos de José Gabriel Tupac-Amaru, apoyando su conducta contra el Soberano, las vejaciones que sufrían por el mal gobierno de sus ministros, los insoportables pechos, que con motivo de la guerra con los ingleses, imponían a los pueblos, y otras razones eficaces para conducir los ánimos al fin que se había propuesto. El corregidor, procuraba reducirlos, ya con suavidad, ya con amenazas; pero nada bastaba, y solo pudo conseguir le ofreciesen, se mantendrían en la plaza, esperando a

los indios que amenazaban invadir la villa aquella noche: y para que no quedase medio que emplear, se convido a dormir con ellos, y que cuando se verificase la conjuracion de los europeos, sacrificarian primero su vida antes que permitir pereziese ninguno de los soldados. Pero como faltaba ya la razon, y empezaban a descubrir su mala intencion, lejos de producir los buenos efectos que se prometia de esta sumisa oferta, solo sirvio para que se insolentasen mas. Rogabales humildemente, y procuraba disuadirlos de las supuestas quejas con los europeos: deciales que todo era falso e inventado por la malicia de los que les persuadian lo contrario; pero mas irritados con estos medios de suavidad, empezaron a manejar sus hondas, ensayando el modo con que habian de usar de ellas.

Estas son las causas de donde se origino tan cruel rebelion contra la Magestad y los europeos; pero anadire otra que a mi ver es el principal fundamento de este sangriento suceso. Hacian 10 anos, que se experimentaba un total atraso en las labores de minas; de modo que en la actualidad no habia una sola que llevase formal trabajo, ni pudiese rendir a su dueno lo necesario para su conservacion y giro, siendo lo unico que sostenia el vecindario: cuya total decadencia puso a sus mineros en tan lamentable constitucion, que los que se contaban por principales, y en otros tiempos poseian agigantados caudales, como eran los Rodriguez, Herrera, Galleguillos y otros, se hallaban en un estado de inopia, descubiertos en muchos miles, asi al Rey, como con otros particulares, sin poderlos pagar, ni seguir el trabajo de sus labores, por falta de medios. Los europeos, que eran los unicos habilitadores, ya no querian suplirles cantidad alguna, y desesperados por no hallar remedio para socorrerse, y cancelar sus deudas, maquinaron esta rebelion, que se hara dudosa a los tiempos venideros, por el conjunto de muertes, robos, sacrilegios, profanaciones y demas crueldades que se egecutaron.

Obligados los milicianos, de las muchas suplicas y persuaciones que se emplearon por varios sugetos, entraron en el cuartel, despues de la oracion del citado dia 10 de Febrero, no para permanecer en el como otras noches, sino solo para enganar a sus capitanes con aquella aparente obediencia, y con la mira de que se les diese el prest que se les tenia asignado. Mientras se les pagaba, se oyeron por las calles y plazas, muchas voces y alaridos de muchachos y demas chusma, quienes despidiendo piedras con las hondas, pusieron al pueblo en bastante consternacion. A este tiempo tocaron entredicho con la campana de la matriz, segun se habia prevenido, para que todos se juntasen al puesto senalado. Practicaronlo asi, pero sin poder averiguar quien hubiese tocado, ni con que orden, lo que obligo al corregidor mandase apostar una compania en cada esquina de la plaza, por si hubiese algun inopinado asalto. Cuando se estaban tomando estas y otras disposiciones para precaverse, se oyo el sonido de diferentes cornetas, que de uno a otro o extremo se correspondian, para confirmar la entrada de los indios; por

lo que se dispuso que algunos saliesen para hacer un reconocimiento, quienes volvieron con la noticia, de que no habia nadie en aquellas inmediaciones, y averiguado el caso, se hallo que los que tocaban las cornetas, eran dos negros de D. Jacinto Rodriguez, D. Nicolas de Herrera, e Isidoro Quevedo, para que reunidos con esta novedad los europeos, les fuese mas facil conseguir su desesperado intento. Asegurados estos, que nada habia que recelar de parte de los indios, se tranquilizaron algo, y entraron a cenar juntos en casa de Endeiza. Pero al primer plato que se puso en la mesa, entro D. Jose Cayetano de Casas, derramando mucha sangre, de una peligrosa estocada, que le habian dado los criollos, por haber resistido que entrasen por la esquina de la matriz, que estaba guardando con su compania, y al tiempo que referia su desgracia y aseguraba era cierta la conjuracion de los criollos contra ellos, oyeron que despedian desde la plaza millares de piedras hacia la casa y balcones, y determinados a defenderse hasta el ultimo extremo, tomaron las armas de fuego que tenian, para dispararlas contra los amotinados, y resistir su insulto: pero detuvolos el mismo dueno, D. Jose de Endeiza, sugeto de vida ejemplar, quien conociendo era inevitable la muerte de todos, les hizo el siguiente razonamiento, lleno del celo cristiano que le animaba. "Ea, amigos y companeros, no hay remedio, todos morimos, pues se ha verificado ser la sedicion contra nosotros: no tenemos mas delito que el ser europeos, y haber juntado nuestros caudales, para asegurarlos, a vista de los criollos. Cumplase en todo la voluntad de Dios, no nos falte la confianza de su misericordia, y en ella esperemos el perdon de nuestras culpas: y pues vamos a dar cuenta a tan justo tribunal, no hagamos ninguna muerte, ni llevemos este delito a la presencia de Dios, y así procuren Uds. disparar sus escopetas al aire, y sin pensar en herir a ninguno: quiza conseguiremos con solo el estruendo atemorizarlos, y hacer que huyan." De esta suerte con lagrimas en los ojos, tiraban de la conformidad prevenida, lo que comprueba no haber herido a ninguno de los criollos con mas 200 tiros que dispararon, y aunque despues se quizo asegurar lo contrario, fue una invencion de los autores del motin.

Enfurecidos los tumultuantes, y llenos de rabiosa colera, unos despedian hondazos contra los balcones, y otros procuraban incendiar la casa. Las mugeres se empleaban en acarrear piedras las mas solidas y fuertes que encontraban en las minas, cuidando no faltase a los hombres esta provision. Pasaban ya de 4,000 los amotinados, crecia el peligro de los europeos, encerrados en la casa de Endeiza, y se aguardaba por instantes fuesen victima del populacho. Para evitarlo, salio de la iglesia de la Merced el Senor Sacramentado, cuya diligencia no sirvio de otra cosa que a aumentar el delito de aquellos barbaros con el mayor sacrilegio: porque desprendidos de toda humanidad, faltaron tambien a la veneracion y respeto debido al Dios de los cielos y tierra, pues no hicieron caso de su presencia real, y continuaron el asalto de la casa. El corregidor, antes que oyese tiro alguno, paso a casa de D. Manuel de Herrera, y le

rogo encarecidamente saliese con el por las calles a apaciguar el tumulto, para ver si con su respeto conseguia lo que no habia podido lograr despues de haber empleado muchos medios; a que le respondio no era ya tiempo, y siguió jugando tranquilamente con el cura de Sorasora, D. Isidoro Velasco, y otros, a quienes interesaba poco la consternacion en que estaba el pueblo. Viendose el corregidor desengañado, y cerciorado que procuraban quitarle la vida, se vio precisado a emprender la fuga para salvarla, y desde la misma casa de Herrera salio al campo, sin llevar prevencion alguna para el camino, y tomando el de Cochabamba, logro asilarse en la villa, capital de aquella provincia.

Continuaron los amotinados sus diligencias, y para que no desmayasen de la empresa, gritaban algunos por las calles:--"Ea, criollos y criollas, acarreen piedras para matar a los chapetones, pues ellos han sido nuestros enemigos:" y para irritar y conmover los animos, decian unas veces "ya le quitaron la cabeza a D. Jacinto Rodriguez:" otros, "han muerto 30 paisanos nuestros." Pero entre ellos quien sobresalia mas que todos era D. Juan Montesinos, que decia a grandes voces:--"Vayan hombres y mugeres a mi casa, y saquen lena y paja para pegar fuego, y acabar con estos traidores chapetones:" lo que practicaran inmediatamente, incendiando los balcones y tienda principal, con lo que, obligados a salir por los tejados aquellos infelices europeos, se pasaron a las casas inmediatas. Luego que lo advirtieron, tomaron todas las avenidas, y no hallando otro recurso que el de salir huyendo por la puerta de la calle: se resolvieron a egecutarlo, pero acometidos de un furioso tropel de criollos, los iban matando asi como iban saliendo, hasta dejarlos despedazados e inconocibles. Mientras los unos se ocupaban en estas crueldades, y en quemar la casa, otros juntamente con las mugeres, saqueaban las tiendas y viviendas altas, donde se atesoraron hasta 700,000 pesos de los mismos europeos, y otros que, persuadidos los tendrian seguros, los depositaron en su poder, en las especies de oro, plata sellada, barras, pinas, efectos de Castilla y de la tierra: habiendo ya saqueado antes la tienda de un criollo, llamado Pantaleon Martinez, con el pretexto de que era complice en el supuesto intento de los europeos, por cuyo motivo debia perder todos sus haberes, y morir con ellos.

A las cinco de la manana del dia 11 se veia ya el lamentable espectaculo de muchos muertos, tendidos por las calles, desnudos y tan despedazados, que era preciso examinarlos con gran proligidad para conocerlos. No contentos con esta venganza, los mandaron llevar al sitio afrentoso del rollo, y de alli los pasaron a los umbrales de la carcel, donde los mantuvieron dos dias, siendo los mas de ellos pasto de los perros. Se comprendieron en esta desgracia, D. Jose Endeiza, D. Juan Blanco, D. Miguel Salinas, D. Juan Pedro Ximenez, D. Juan Vicente Larran, D. Domingo Pavia, D. Ramon Llano, D. Jose Cayetano Casas, D. Antonio Sanchez, D. Francisco Palazuelos, otros que no se conocieron, y

cinco negros. Siguieron los asesinos llevandose en dia claro los robos que egecutaban, diciendo publicamente lo habian ganado en buena guerra, y que por derecho les tocaba: y dirigiendose despues a la carcel, abrieron las puertas, echaron fuera todos los presos, y luego salieron diciendo en altas voces: _Viva nuestro Justicia Mayor, D. Jacinto Rodriguez:_ caminando juntos con grande algazara y alegria, tocando cajas y clarines, lo sacaron de su casa, le hicieron dar vuelta por la plaza mayor, y repitiendo las aclamaciones, lo volvieron a ella, y habiendo subido el cura vicario a los balcones de la casa capitular, a preguntarles que era lo que solicitaban para sosegarse, respondieron todos a una voz:--Queremos por Justicia Mayor a D. Jacinto Rodriguez, y que el corregidor y demas chapetones salgan luego del lugar, desterrados a vista nuestra.

A las doce del dia empezaron a entrar algunos trozos de indios, tocando sus ruidosas cornetas, y armados de hondas y palos. Con horror de la naturaleza se veia, que despues de rendir la obediencia a D. Jacinto, para asegurarle con sus acostumbradas demostraciones de rendimiento, que eran venidos a defender su vida, cuyas expresiones gratificaba con generosidad, salian corriendo unidos con los criollos a ver los muertos, encarnizandose de modo que descargaban nuevamente su furia contra los cadaveres despedazados, dandoles palos, procurando todos ensangrentar sus manos, y banarlas en aquella sangre inocente. De alli pasaron a las casas de D. Manuel Herrera, del capitan Menacho, y de su cunado D. Antonio Quiros, a quienes distinguian con iguales honores. El resto de la tarde lo emplearon en examinar las casas donde presumian habia algun caudal para saquearlas, y en reconocer los lugares mas ocultos, donde sospechaban se hubiese escondido algun europeo, de los que se habian libertado la noche antecedente. Continuaban entrando en tropas los indios, que estaban convocados en las inmediaciones. Venian con banderas blancas, y salian los criollos a recibirlos, dandoles muchos abrazos, y les instaban para que entrasen a la iglesia matriz en busca de los europeos fugitivos, y cuando no pudiesen haberlos a las manos, a lo menos se hiciesen entregar las armas que habian escondido en ella. Consiguieron esto, porque el cura, a fin de que no violasen el sagrado, les entrego varias pistolas y sables; mas no contentos con ellas, pedian otras con insolencia, y no teniendo el cura modo de contentarles, determino subirse a la cima del rollo a predicar, y darse una disciplina en publico: cuyo acto, lejos de enternecerlos, les provoco la risa, e insolentandose mas, le despidieron algunos hondazos, con cuya eficaz insinuacion le hicieron bajar bien a prisa. A este tiempo habia sacado en procesion el Prior de San Agustin, acompanado de las comunidades de San Francisco y de la Merced, la devota efigie del Santo-Cristo de Burgos, llevandole en procesion por las calles, plazas y extramuros de la villa, pero solo le acompanaban las viejas: y sin hacer aprecio ni respetar tan sagrada imagen, se ocupaban los criollos, unidos con los indios, en saquear la casa del corregidor. Y habiendole suplicada al

Padre Prior se dirigiese por la calle del Tambo de Jerusalem, por ver si contenia a los indios que estaban derribando la puerta de la tienda de D. Francisco Resa, lo egecuta, pero nada pudo conseguir, antes si ocasiono que los indios empezasen a declarar su apostasia a la religion catolica, que hasta entonces se juzgaba habian profesado: pues dijeron en alta voz, que dicha imagen no suponía mas que cualquiera pedazo de maguey o pasta, y que como de estos y otros enganos padecian por los pintores.

Ya empezaba a sentirse la consternacion que causaban los indios, que habian entrado en la villa en el espacio de 6 horas, cuyo numero pasaba de 4,000, convocados por D. Jacinto Rodriguez y sus parciales: uno de ellos dijo al tiempo de entrar los de Paria, que venian de paz, pues el dia antes habian salido 25 sugetos para detenerlos y estorbar su venida, porque no eran ya necesarios, cuando se habia conseguido el triunfo deseado. Pero la noticia que tuvieron del saqueo y caudal que todavia existia, fue incentivo para que no obedeciesen la orden de retirarse, y se multiplicaron tanto, que se hace increíble el excesivo numero que andaba por las calles, divididos en tropas, tocando sus cornetas, y despidiendo piedras con las hondas: de suerte que toda la gente de cristiandad y distincion estaba refugiada en los templos, implorando la clemencia del Altisimo, y esperando la muerte por instantes. Durante la noche se ocuparon en saquear las casas y tiendas de los europeos. D. Francisco Rodriguez, el Alcalde, el cura parroco y otros sacerdotes, intentaron el 12 por la manana contener los robos, que estaban egecutando en la tienda y casa de D. Manuel Bustamante, pero nada pudieron conseguir, porque prorrumpieron en estas voces: "muera el Alcalde, pues supo afrentar a sus paisanos:" a esto siguieron los indios gritando, _comuna, comuna_, palabra de que usaban cuando querian matar o robar, como si dijeran _todos a una_. No se verifico este estrago, porque el Alcalde logro ponerse en salvo por medio del mismo tumulto.

El dia 13 mando abrir Cabildo D. Jacinto Rodriguez, y cuando se presumia fuese para tomar alguna providencia, solo se dirigió a que lo recibiesen de Justicia Mayor, empleo de que se habia posesionado con solo la autoridad de los sublevados. Antes de entrar en la casa capitular, se acerco a las puertas de la iglesia matriz, e hizo algunas demostraciones de querer contener a los indios, que intentaban entrar y profanar el templo, buscando a los europeos, lo que el cura habia resistido hasta entonces: pero persuadido por Rodriguez y por D. Manuel de Herrera, consintio que entrasen doce de los mas principales. El pretexto era sacar solo al corregidor, que creian estaba en la bobeda. El parroco les aseguraba que no habia tal, pero simple o maliciosamente anadio, que habia cuatro europeos ya confesados. Los indios que no deseaban otra cosa, se encendieron en ira, y llenos de furor entraron en la iglesia por fuerza, abrieron las bobedas, y las indias mas atrevidas que los hombres, penetraron lo mas oculto. No encontraron a ninguno,

pero como era tanto el deseo de venganza contra el corregidor, sacaron el ataúd, en que se había depositado el cadáver de D. Francisco Mollinedos, administrador de correos, que pocos días antes había fallecido; mandaronlo desclavar, creyendo estuviese dentro el corregidor, pero no encontrándolo, sacaron los cuchillos y descargaron sobre aquel cadáver, sus furias, dándole muchas punaladas. Pasaron después a reconocer segunda vez la iglesia, y encontraron a D. Miguel Estada, que mataron en el mismo cementerio: también hallaron a D. Miguel Bustamante, y llevándole a los portales de Cabildo, le presentaron vivo a D. Jacinto Rodríguez, le preguntaron si lo habían de matar, y habiendo dispuesto lo entrasen en la cárcel, para cargarlo de prisiones, no hicieron caso de la orden, y le dijeron a gritos: "Vos nos habeis llamado para matar chapetones, y ahora quereis que solamente entren en la cárcel; pues no ha de ser así"; y usando la voz _comuna, comuna_, dieron muerte a aquel infeliz. Prosiguieron profanando el templo, escudrinando con luces los lugares más ocultos de él, cercaronle, y sacaron a D. Vicente Fierro y D. Francisco Resa de un casa inmediata, a quienes también mataron.

Cebados ya los indios en profanar los templos y matar europeos, entraron en la iglesia y convento de San Agustín, encontraron en la calle con D. Agustín Arregui, criollo, y queriéndolo matar, porque les pareció europeo, a fin de escapar, les dijo: "Yo no soy chapeton, sino criollo: entrad al convento, donde están cinco chapetones con sus armas." Pero para asegurarse, le llevaron con ellos, y después de haber buscado los lugares más ocultos, le dieron cruel muerte, porque no habiéndolos encontrado, se persuadieron quería escaparse con este engaño. No faltó quien poco después les avisase el lugar donde se escondían los que buscaban, y volviendo a entrar con doblada furia, hallaron a D. Ventura Ayarra, D. Pedro Martínez, D. Francisco Antonio Cacho y a un francés, que una hora antes había tomado el hábito de religioso: los que perecieron también a mano de aquellos bárbaros.

El día 14 amaneció cercado de una multitud de indios el convento de la Merced, y para asegurar la presa se subieron a los techos, y entrando con el mayor desacato en la iglesia, la reconocieron toda, y hallando debajo del manto de Nuestra Señora de Dolores, a D. José Bullain, lo sacaron a empellones, y le dieron muerte. Volvieron en tropel a la iglesia, y hallaron que los que habían quedado sacaban a D. José Ibarguen, vestido de mujer, trage que tomó para confundirse con el sexo, y estando rezando con las demás, lo acusó un criollo. Acometieronle furiosos, conocido por los zapatos, y arrancándole de los brazos de su propia consorte, a quien el dolor obligó a salir en seguimiento de su marido, y a quien consolaban los homicidas, con decirle: "no llores, que nosotros no tenemos la culpa, porque esto lo ejecutamos por orden de D. Jacinto Rodríguez." Corrió en busca del indulto, pero cuando volvió, halló a su marido desnudo, despedazado. En aquel instante encontraron

debajo de una anda a un negro esclavo de D. Diego Azero, y le dieron la misma muerte. Siguieron estas y otras crueldades, que se aumentaron con la venida de 6,000 indios de la parte de Sorasora, quienes unidos a los demas, buscaban con igual furor y cuidado a los europeos: hallaron en un desvan a D. Pedro Lagraba, que habia libertado su vida la primera noche del tumulto, y le condujeron a la plaza, donde acabo de la misma suerte que los demas. De este modo se vio atropellada por la ambicion y codicia de cuatro o seis sugetos, la grandeza del Todo-Poderoso, profanados sus templos, despreciadas sus sagradas imagenes, usurpada la inmunidad de las iglesias por las casas de los Rodriguez, pues estas eran el mejor asilo para escapar de la muerte; como lo consiguieron varios europeos, ya fuese por las alianzas de una antigua amistad, o ya para cohonestar sus atroces delitos, con algunos hechos piadosos: pero la casa del Senor, sus altares y tabernaculos se vieron polutos, despreciados y ultrajados por esta vil canalla.

Llegada la noche, desamparan los indios el convento de la Merced, se libraron en el D. Jose Caballero, D. Jose Lorzano, y D. Manuel Puch, por la diligencia de un religioso: pero creyendo el comendador que los sediciosos incendiarian la iglesia, por esta causa les obligo a salir a una casa que les tenia destinada, disfrazados en traje ordinario. El desgraciado D. Jose Caballero con la confusion se separo de los demas, y se vio precisado a mantenerse entre los tumultuados, hasta la media noche, que siendo descubierto le llevaron a D. Jacinto Rodriguez, quien habiendoles dicho no lo conocia, acabo a manos de los traidores, con la mas cruel muerte que puede idear la impiedad. Tambien fueron victimas de su furor 14 negros de los europeos, sin mas delito que ser sus esclavos. Siguieron saquando consecutivamente 20 casas, y segun una prudente regulacion, ascendjeron los robos hasta dos millones de pesos, habiendo perecido no solo los europeos que contenia la villa, sino tambien los de todas las inmediaciones, cuyas cabezas traian los indios, para presentarlas al nuevo Justicia Mayor, quien las hacia enterrar clandestinamente.

Vacilaba ya la confianza de D. Jacinto Rodriguez, y empezaba a temer a los mismos que habia llamado: junto a los indios, y despues de prevenirles se mantuviesen solo un dia en la villa, ofrecio les daria de las cajas reales un peso a cada uno, cuyo hecho se egecuto al siguiente dia 15, sin mas autoridad que su antojo: y convenido con los oficiales reales, abrieron las puertas del tesoro del Rey, y extrageron cuatro zurrone, y mandandolos juntar de nuevo, se les cumplio lo prometido, y se les hizo entender por medio del cura, que no habia necesidad se mantuviesen dentro de la poblacion, y que recibido cada uno el peso, se retirasen a sus estancias. "Hijos mios, les decia, yo como cura y vicario vuestro, y en nombre de todo este vecindario, os doy las debidas gracias por la fidelidad con que habeis venido a defendernos, matando a estos chapetones picaros, que nos querian quitar la vida a traicion a

todos los criollos: una y mil veces os agradecemos, y os suplicamos os retireis a vuestras casas, pues ya como lo habeis visto, quedan muertos, y por si hubieseis incurrido en alguna excomunion o censura, haced todos un acto de contricion, para recibir la absolucion." Y luego siguió con el *_misereatur vestri_*; hecho que se hara dudoso a cuantos no estuvieron presentes, pero así es, y así sucedió. Instaban después los indios, para que se les declarase por el Justicia Mayor las reglas que debían observar en adelante: preguntaban si las tierras de los españoles serían todas pertenecientes al común de los indios: se les respondía que sí. Añadían que en adelante no pagarían tributos, diezmos, ni primicias; a todo condescendían el cura, los prelados y los vocales del Cabildo, llenos de temor, viéndose en medio de 15,000 indios, todos armados de palos, piedras y hondas.

Se emplearon en aquella distribución 25,000 pesos, que se extrajeron del erario, previniendo D. Jacinto a los indios que el restante se reservaba en cajas, para cuando se verificase la venida de su Rey, José Gabriel Tupac-Amaru, a quien se le aguardaba por instantes. Cuando se estaba practicando esta inicua diligencia, llegó un indio que venía de la provincia de Tinta, y dirigiéndose a D. Jacinto, le dijo, era enviado por el Inca Tupac-Amaru, y que este encargaba mirasen con mucho respeto y veneración a los templos y sacerdote; que no hiciesen daño alguno a los criollos, y que solo persiguiesen y acabasen a los chapetones. Y habiéndole preguntado por las cartas, respondió que el día antes había llegado su compañero con un pliego para D. Jacinto: de que resultaron repetidas aclamaciones del infame nombre del tirano, que se oía repetir en las plazas y calles públicas por toda clase de gente; con el mayor regocijo, corriendo todos con banderas y otras demostraciones de júbilo, que imitó D. Manuel de Herrera desde el balcón de su casa, tremolando un pañuelo blanco, y acompañando esta acción con las mismas palabras que los demás, que eran decir: "viva Tupac-Amaru;" las que volvía a pronunciar el pueblo, lleno de alegría. La chusma de criollos, que oía estas noticias tan favorables a sus ideas, manifestaba el gozo que le causaban, y algunos intentaron salir a encontrarle, porque aseguraba el indio, que muy breve se hallaría en la ciudad de la Paz.

D. Jacinto Rodríguez, convenido con la mujer del capitán de aquellas milicias, D. Clemente Menacho, intentaron que todos los españoles usasen el traje de los indios. Salio de esta conformidad por las calles, vestido de terciopelo negro con ricos sobrepuestos de oro; amenazaba a todos serían víctimas de los rebeldes, sino le imitaban, porque se persuadirían eran europeos, a que se convinieron por librarse de la muerte, y en un momento logró la transformación que deseaba, adoptando los hombres prontamente la *_camiseta_* o *_unco_* de los indios, y las Señoras dejando sus cortos faldellines aseados, vistieron los burdos y largos *_acsos_* de las indias. Cuando estaban ocupados en estas y otras providencias, llegó la noticia de que se acercaban los indios

Challapatas. Salieron a recibirlos al campo como a los otros; pero solo venian 40 de los mas principales, y a la cabeza de ellos D. Juan de Dios Rodriguez, y luego que entraron en la plaza, se mando repicasen las campanas, pasando despues a hospedarse en la casa del que los conducia, donde fueron bien regalados y asistidos. Al pasar por la Calle del Correo, quitaron las armas del Rey, que estaban fijadas sobre la puerta de la administracion, pisandolas y ultrajandolas, con cuyas atrevidas demostraciones querian dar a entender habia fenecido el reinado de Nuestro Augusto Soberano, D. Carlos III. Estos indios habian venido con el especioso pretexto de socorrer la villa, quienes aseguraban que para defenderla tenian prontos 40,000 hombres: pero se conocio que todo era invencion de la malicia, pues el tiempo que existieron se ocuparon en pedir a los hacendados cesiones y renunciaciones de sus haciendas para su comunidad, lo que egecutaron los duenos de ellas con escrituras publicas, para evitar la muerte, queriendo primero perder sus bienes que sus vidas. Y como hasta aqui estuviesen los indios hechos duenos de aquella poblacion, ensoberbecidos por el dinero que les habian pagado, y por las gratificaciones de los Rodriguez y sus parciales, contemplandose ya superiores, negaron la obediencia, y no quisieron egecutar la orden que se les habia dado para retirarse: antes con mayor insolencia volvieron por la noche al saqueo, acometieron la casa y tienda de D. Francisco Polo, que no le sirvio ser de un criollo para libertarla, y como amaneciesen en esta operacion, fueron vistos por el dueno, quien fue a pedir a D. Jacinto remediara aquel exceso: lo que oido por el indio, Gobernador de Challata, D. Lope Chungara, compadecido de tantos estragos, resolvió se juntasen los vecinos, y unidos echasen a los indios, y con la orden que dio, de que el que se resistiese lo matasen, habiendola egecutado en dos o tres de los mas atrevidos, se logro el intento, saliendo los demas sin la menor resistencia.

Este fue el cruel y sangriento acontecimiento de la villa de Oruro, donde no solo se experimentaron tiranias de parte de los indios y cholos sublevados, sino tambien de algunos sacerdotes y prelados de las religiones. Uno de ellos europeo, y tal vez el mas beneficiado de sus paisanos, companero diario de sus mesas, cerro las puertas para que ninguno pudiese acogerse a su clausura, despidiendo inhumanamente y con la mayor violencia, a D. Francisco Duran y D. Jose Arijon, de respetable ancianidad que lo intentaron. Pero mucho mas tirano se mostro, viendo dentro del convento a D. Jose Isasa, que por huir de la persecucion, habia saltado por las tapias del corral, al que tambien hizo salir en medio del dia, exponiendole con barbaridad a que fuese recibido entre los garrotes, lanzas y hondas de sus enemigos. No menos indigno de su ministerio se mostro otro, que aunque permitio que sus religiosos amparasen algunos perseguidos, se apropió una cantidad crecida de alhajas de oro, perlas y diamantes, que en confianza puso en su celda un religioso, por recelar fuese saqueada la suya por los amotinados, a causa de haber encontrado en ella a un europeo: de suerte que segun una

prudente regulacion, usurpo mas de 70,000 pesos fuertes. El cura de la villa, continuando su errada doctrina, recibio de D. Jacinto Rodriguez una barra de plata, cuyo valor ascendia a cerca de 2,000 pesos, y una _mancerina_ de oro que le remitio de las robadas, para que celebrase los sufragios a los europeos asesinados en el tumulto, contentandose con enterrarlos a todos juntos en un hoyo, y aplicarles algunas misas. Ninguno de estos ni otros superiores eclesiasticos hizo la menor demostracion para impedir a los indios violentasen las iglesias: todos consintieron en ello, poseidos del espanto, y lo que canso mayor dolor, fue ver que, despues de polutas las iglesias, permitiesen celebrar el santo y tremendo sacrificio de la misa, enterrando el cura, en el lugar que se hallaba violado, los cadaveres de los vecinos que morian de enfermedad.

Satisfecha ya la tirania de los complicés, con tantos y tan tragicos sucesos, procuraban cohonestar sus maldades con algun especifico pretexto, por si quedaban sometidos a la obediencia del Rey. Suponian era efectiva la mina, construida por el corregidor desde su casa al cuartel: formaron autos, cuyos testigos fueron los mismos asesinos y algunos muchachos, a quienes de propia autoridad dispensaba las edades el Justicia Mayor, D. Jacinto Rodriguez, haciendoles firmar declaraciones, que con anticipacion tenia hechas por direccion de los abogados Caro y Megia. Quizo probar el hecho de la mina con vista de ojos, persuadido se habia construido secretamente, como lo habia mandado: pero le salio el pensamiento errado, porque los encargados de esta maldad abandonaron la obra con la consideracion del delito, y habiendo pasado el examen el escribano real, D. Jose de Montesinos, hallo solamente un agujero, que no se dirigia a parte alguna, pero sin embargo se siguio el proceso lleno de maldades y defectos, y se tuvo la audacia de remitirlo a la Audiencia de Charcas, para alucinar a sus Ministros. Se inventaban tambien diariamente continuas infaustas noticias, a fin de que los pocos vecinos fieles no levantasen el grito; unas veces aseguraban que habian arrasado la ciudad de la Plata, otras que en Potosi los criollos, unidos y confederados con los indios de la mita, habian muerto a todos los europeos, y que en la ciudad de la Paz se habia querido egecutar la misma traicion que en aquella villa, y que habian muerto 200 europeos y 300 criollos; con otras novedades de esta naturaleza, que discurría la malicia para infundir terror y sumision a los leales.

Disfrutaban los Rodriguez todas las distinciones del usurpado mando con la mayor satisfaccion, fiados en la ciega subordinacion que les tenian los indios: pero se desvanecieron todas sus esperanzas la manana del día 9 de Marzo, en que improvisamente fue asaltada su casa, de los mismos que tanto confiaban, y nada menos intentaban que quitarles las cabezas y destruir toda la villa. Tocaron inmediatamente a entredicho: se juntaron las milicias, y fueron rechazados los indios con perdida de 60. Este

hecho les hizo variar de conducta, abandonando desde entonces la excesiva contemplacion con que les trataban, en especial D. Jacinto, que estaba persuadido vendrian en su ayuda luego que los llamase, como lo habian egecutado anteriormente: pero ya desenganados, mando fundir algunos pedreros, arreglar las milicias, y acopiar municiones para la defensa.

Retirados los indios con este escarmiento a sus pueblos; estancias, empezaron a convocar desde ellas a los de las demas provincias inmediatas, atrayendolos con la plata robada en el saqueo de Oruro. Ocuparon los caminos para impedir la internacion de viveres, quitando la vida a los conductores, y aprovechandose de cuanto conducian: de suerte que aquellos vecinos se vieron reducidos a sufrir las mayores necesidades. Todas las noches se tocaba entredicho, por los repetidos avisos de que entraban los indios a destruir la villa, ocasion que aprovechaban los cholos para continuar robando cuanto podian, hasta el 18 de Marzo, en que se verifico; amaneciendo en las cimas de los Cerros de San Felipe y la Tetilla de 6,000 a 7,000. Salieron a combatirlos, mataron a pocos, y hubo algunos heridos de parte de los Orurenos que bajaron, perdida la esperanza de superar las alturas que estaban ocupadas, aumentandose la consternacion, asi como iba reforzandose el partido de los indios, con varias partidas que llegaban por instantes, y se colocaban en el Cerro de San Pedro. Presentaron de nuevo la batalla, que admitieron los vecinos: pero apenas se empezo el ataque, volvieron a ocupar las eminencias, excepto 14, que fueron muertos con unos de sus capitanes, cuya cabeza se enarbolo en la punta de una lanza. A este espectaculo cobraron nuevo esfuerzo, y olvidados del rencor contra los europeos, por su propia conveniencia, pensaron en buscar los que habian escapado, y estaban escondidos, para que ayudasen a la defensa, de cuya comision se encargo D. Clemente Menacho, con toda su compania, quien aseguro a un religioso mercedario, podia sacar libremente a algunos que sabia tenia en su celda, porque habia indulto general para ellos. En efecto salieron del convento D. Antonio Goiburu, y D. Manuel Puche, que fueron recibidos con brazos y demostraciones de buena fe, y sucesivamente se determinaron a hacer lo mismo los que quedaban, juntandose hasta 18 que tuvieron la felicidad de salvar sus vidas del furor de la pasada conjuracion. Unidos con los criollos, y sabiendo que los indios que habian ocupado los cerros inmediatos a Oruro, se mantenian en el de Chosequiri, distante dos leguas, determinaron seguirlos y atacarlos: en cuya accion, que duro todo el dia 19, consiguieron matar 120, y derrotarlos enteramente: sintiendo desde aquel dia los ventajosos efectos de este triunfo, porque los indios empezaron a implorar el perdon, y ofrecieron entregar las cabezas que los habian conmovido, como lo egecutaron despues, conduciendo a los caudillos de los pueblos de Sorasora, Challacocho y Popo. D. Jacinto Rodriguez y demas gefes de la milicia, acordaron con ellos un convenio, con la condicion de que asistiesen a la villa con los viveres necesarios a la

subsistencia de su vecindario.

No causa menos dolor el estrago que la rebelion hizo en el pueblo de San Pedro de Buena Vista, de la provincia de Chayanta, que, aunque tuvo la fortuna de escarmentar el atrevimiento de los indios cuando altivos y soberbios, lo asaltaron en los meses de Noviembre y Diciembre de 1780. Impacientes de que resistiese su furor tan pequena poblacion, mal asistida de municiones de guerra y boca, volvieron con mayores fuerzas por el mes de Febrero de 1781 a redoblar los ataques y los asaltos. El cura, Dr. D. Isidoro Jose de Herrera, en quien en competencia se admiraban con un gran juicio, una profunda sabiduria, y una acrisolada fidelidad, exhortaba a sus feligreses a la mayor constancia, y a que no manchasen su honor con el feo tizne de la deslealtad. Pudo este ejemplar parroco evadir el riesgo con la fuga: pero hizo escrupulo de conciencia desamparar aquella afligida grey, que en ocasion tan apretada necesitaba de su auxilio, y con una lijera esperanza de que su respeto y autoridad podrian apagar aquella voraz llama, permanecio en el pueblo.

Con esta heroica resolucion enarbolo por estandarte un Santo-Cristo, y con tan sagrada efigie exhortaba a los espanoles y reprendia a los rebeldes: mas estos, despreciando aquellos divinos auxilios que les franqueaba el Todo-Poderoso por mano de su ministro, repetian los golpes con un diluvio de piedras; y aunque los nuestros por siete dias continuos hicieron prodigios de valor y de constancia, no solo rechazando los furiosos esfuerzos con que eran acometidos por aquella canalla, sino hiriendo y matando a muchos, cediendo ya las fuerzas a la obstinada porfia y numero desigual de los contrarios, y hallandose fatigados de la hambre y de la sed, con total falta de polvora y balas, y sin llegar el auxilio que repetidas veces habian pedido al Comandante Militar y Audiencia de la Plata, distante solas 30 leguas, determinaron por ultimo remedio retirarse al templo, creyendo que el respeto debido a la casa de Dios fuese la mas inespugnable fortaleza, que les salvase las vidas. Pero io barbaridad inaudita! no fue asi, pues con oprobio de la misma racionalidad, y menosprecio del adorable Sacramento, de las sagradas imagenes, y de toda la corte celestial, se convirtio el templo en cueva de facinerosos, que con sacrilegas manos quitaron la vida al cura y a cinco sacerdotes, pasando a cuchillo mas de 1,000 personas, entre hombres, mugeres y criaturas, quedando el santuario convertido en pielago de sangre inocente, y salpicados con ella los altares.

Esperimentose la misma tragedia en el pueblo de Caracoto, provincia de Sicasica, donde la sangre de los espanoles, derramada en la iglesia, llego a cubrir los tobillos de los sacrilegos agresores: en el de Tapacari provincia de Cochabamba tuvieron igual suerte los que la habitaban: llegando la crueldad de los rebeldes a tanto exceso, que quisieron enterrar vivas a las mugeres espanolas, para lo que tenian ya abierto un hoyo en la plaza, capaz de enterrarlas a todas. Ejercitaron

en este pueblo la crueldad hasta el estremo. Sacaron de la iglesia a un espanol, que se habia acogido al altar mayor con seis hijos varones, le arrastraron hasta su casa, le pusieron el cuchillo en las manos, precisandole con crueles azotes, a que fuese verdugo de su propia sangre, en presencia de la muger que se hallaba adelantada de su embarazo. Resistiose el infeliz a esta barbara egecucion, asi por los carinosos ruegos de la madre, como por los tiernos sollozos de los hijos, sin que bastase tan compasivo espectaculo a enternecer los corazones empedernidos de aquellos tiranos, que se resolvieron degollar al padre, y a los hijos a vista de la madre, por mas diligencias y lagrimas que empleo para libertarlos, y habiendo abortado con el dolor y susto, acudieron rabiosos a examinar el feto, y hallando que era varon, le quitaron la vida, antes que espirase naturalmente.

En el de Palca, de la misma provincia de Cochabamba, cometieron las mismas tiranias y sacrilegios, dando muerte a muchas personas de todos sexos y edades, y al cura D. Gabriel Arnau, que acabo a golpes y empellones al pie de la sagradas aras, teniendo en las manos el Santisimo Sacramento del Altar, que quedo espuesto a la mas sacrilega profanacion: y tomando una india la hostia consagrada, corria con ella en las manos, diciendo: "mirad el engano, que padecemos por estos picaros; esta torta la hizo el sacristan con la harina que yo conduje del valle, y despues nos fingen que en ella esta Dios sacramentado." Asi tambien en el pueblo de Arque fueron victima de la sedicion todos los vecinos espanoles, establecidos en el y su quebrada. En ella asaltaron al pueblo de Colcha, y egercitaron iguales crueldades, prendiendo a su cura, el Dr. D. Martin Martinez de Tineo, que maneado le condujeron en medio del tumulto, donde fue herido de un garrotazo en la cabeza, porque no quiso asentir a sus proposiciones, de que no les daria azotes, para que aprendiesen la doctrina. Este eclesiastico se mantuvo con la mayor entereza, a vista del peligro que le amenazaba: preguntandole si los azotaria, les respondia, que si, cuando diesen motivo, por no quererse instruir en las obligaciones cristianas. Reproducianle los indios, que solo les daria 20 o 25 azotes: a que replicaba, que si cometian aquella falta, los castigaria con los 50, como lo habia acostumbrado hasta entonces, manteniendose inflexible a estas y otras proposiciones que le hacian, opuestas a su ministerio. Pero como su celo y arreglada conducta, con las muchas limosnas que hacia, y los infinitos intereses de obvenciones que continuamente los perdonaba, le hubiesen hecho muy amado de todos, salvo la vida; y libre ya de sus opresores, paso sin perdida de tiempo a la capital de la provincia, dondo entro banado en su propia sangre, y presentandose en la plaza mayor, sin haber hecho otra diligencia, que ponerse en la herida una medida de Nuestra Senora de Copacabana, rodeado de un numeroso concurso, exorto a los circunstantes, diciendo: "Donde esta la lealtad y religion de los Cochabambinos, que no evita tantos danos y sacrilegios? Y enseñando la herida, decia: "Mirad como se trata a los sacerdotes y ministros del santuario: no

creais en las vanas ofertas del traidor Tupac-Amaru, todos sereis victima de su tirana ambicion, porque su intento es derramar toda la sangre espanola; buenos testigos son las crueldades egecutadas en Arque, Tapacari, Palca y otros pueblos." Y repitiendo las mismas razones, dio muchas vueltas por la plaza y calles de la villa, con lo que conmovio los animos de aquellos cholos, que estaban vacilando en la fidelidad, y anunciaban con pasquines y canciones, les faltaba poco para abrazar el partido del rebelde, lo que daba fundados motivos para temer una tragedia tan sangrienta, como semejante a la de Oruro, de que hubiera resultado la perdida inevitable de todo el reino; porque aquella provincia tiene mas de 20,000 hombres de todas castas, que pasan por espanoles, capaces de manejar las armas, y tan valientes como determinados.

Este celoso parroco fue el principal movil para que los Cochabambinos se arraigasen en la fidelidad, vinculando Dios por este medio en aquella provincia el remedio de tan detestable sublevacion: porque no bien comprendieron el altivo pensamiento de los rebeldes, de pasar a los filos del cuchillo a todos los que no fuesen legitimamente indios, cuando armados con solas lanzas y palos, salieron con denuedo, y les hicieron conocer su esfuerzo. Estos valerosos provincianos se hicieron el terror de los sediciosos, porque en los repetidos encuentros que tuvieron, dejaron regadas las campanas con la sangre del enemigo, debiendose a su bizzaria el haberlos contenido para que no repitiesen de nuevo las inauditas crueldades que se experimentaron al principio de la conmocion. Estos varones fuertes han dado a conocer que, disciplinados y armados como corresponde, no tenian que envidiar a las tropas veteranas mas aguerridas. Es verdad que se les ha notado poca obediencia y demasiada inclinacion al pillage, pero estos defectos dimanaron por la falta de disciplina y del mal egemplo que les dieron sus comandantes y oficiales.

Conocida por el corregidor, D. Felix Jose de Villalobos, la buena disposicion de los Cochabambinos, y asegurado de su fidelidad, dispuso 600 hombres, que a las ordenes de D. Jose de Ayarza, saliesen a conocer los estragos que se experimentaban en su provincia. Se encamino este comandante por las quebradas de Arque en busca de los enemigos, que le esperaron en las inmediaciones del pueblo de Colcha, fiados en su mayor numero, y en las ventajosas situaciones que ocupaban. Presentoles la batalla, que admitieron audaces, haciendoles una larga y obstinada resistencia, hasta que derrotados y puestos en una vergonzosa desordenada fuga, dejaron sembrados de cadaveres y despojos, a disposicion del vencedor, los eminentes cerros que tenian por inespugnables. Subido despues de la victoria el tragico suceso de Oruro, dirigio sus marchas hasta aquella villa, donde entro, despreciando la repugnancia que manifestaron los Rodriguez y sus parciales, haciendo fijar en su puesto el escudo de armas del Soberano, que pocos dias antes

habia sido hollado, y tremolar las reales banderas por las calles y plazas mas principales: y despues de haber permanecido tres dias en aquel destino, dejo algunos viveres para alivio del vecindario, y se retiro a Cochabamba; pero en Oruro se tuvo el atrevimiento de quitar segunda vez las armas de S.M., luego que verifiqu su salida. A evitar las crueldades de Tapacari se destino otro cuerpo de tropas de igual fuerza, que despues de haber combatido a los rebeldes, salvo oportunamente a las mugeres espanolas, que tenian ya recogidas y encerradas para hacer con ellas el cruel atentado de enterrarlas vivas. Por la parte de Tarata se tuvieron los mismos fundados recelos, que no llegaron a verificarse por la actividad de su cura D. Mariano Moscoso, cuyo celo y conocida fidelidad supieron aplicar eficaces remedios, sacrificando mucha parte de sus intereses para costear bastantes soldados de aquellas milicias, que sirviesen a contener la osadia de los malcontentos. Con estos estragos no quedaban por el Rey, desde el Tucuman hasta el Cuzco, mas que las ciudades de la Plata y la Paz, que las villas de Potosi, Cochabamba y Puno; porque en la provincia de Chucuito habian sido semejantes los robos y muertes de los espanoles y sacerdotes, habiendo sentido tambien en la de Mizque algunas turbaciones que dieron no poco cuidado.

Los continuos y repetidos avisos que sucesivamente recibia de estos graves acontecimientos el Exmo. Senor D. Juan Jose de Vertiz, Virey de Buenos Aires, le determinaron a desprenderse de algunas tropas, sin embargo de las pocas fuerzas con que se hallaba para atender a las necesidades y recelos que ocasionaba en todas aquellas costas la guerra con los ingleses. Primeramente dispuso marchase un destacamento de 200 veteranos, a cargo del capitan de infanteria D. Sebastian Sanchez; y a pocos dias nombro otro de igual numero, inclusa en el la compania de granaderos del batallon de infanteria de Savoya, a las ordenes de su capitan, el Teniente Coronel D. Cristoval Lopez: y no contento aquel celoso y acreditado General con estas diligencias, envio tambien algunos oficiales sueltos para que pudiesen contribuir al arreglo y ensenanza de las milicias, y mandar las operaciones militares que ocurriesen en aquellas provincias para sugetarlas y mantenerlas en la debida obediencia al Soberano. Uno de ellos fue el Comandante en gefe del cuerpo de Dragones de la expedicion, D. Jose Reseguín, que salio de Montevideo con la mayor aceleracion; y recibida la instruccion del Virey se puso en camino por la posta, el 19 de Febrero de 1781, con la mira de alcanzar el destacamento que habia salido primeramente, y que llevaba ya dos meses de marcha: y aunque hizo presente a aquel Exmo. no le era nada airoso ir a servir bajo las ordenes de un Teniente Coronel mas moderno, y que solo era graduado, no fue obstaculo para que este oficial practicase cuantos esfuerzos le fueron posibles, a fin de lograr la idea que se habia propuesto, y que consiguio a costa de sus diligencias; habiendose incorporado en aquellas tropas el 13 de Marzo en el Puesto de los Colorados, que dista 460 leguas de la capital del vireinato, sin que

lograsen detenerle los eficaces esfuerzos y ruegos que emplearon los vecinos de Jujuy, y los de muchos espanoles fugitivos, que por todo el camino encontraba, quienes le aseguraban estaban ya del todo sublevadas las provincias de Chichas, Ciuti, Lipes y Porco, que median hasta la villa de Potosi y ciudad de la Plata, cuya noticia confirmaba el corregidor de Chayanta, D. Joaquin de Alos, que disfrazado de religioso franciscano, iba huyendo por no caer segunda vez en manos de los sediciosos.

Recibido por este oficial el mando del departamento, le hallo disminuido de 50 hombres, que habian desertado en el transito de la provincia del Tucuman, seducidos por sus habitantes, que ponderaban los riesgos a que iban a exponerse, y las comodidades y libertad que ellos disfrutaban, ofreciendoles casamientos y otras ventajas; cuyo dulce atractivo fue muy perjudicial a todas las tropas que se destinaron al Peru; pero se hallaba reemplazada aquella falta con una compania de las milicias de Salta, aunque muy inferior en la calidad, asi por su poca disciplina y subordinacion, como por el ningun conocimiento que tenian en el manejo de las armas de fuego. Con estas cortas fuerzas, y con solos 5,000 cartuchos de fusil y algunas armas de repuesto, siguió Resequin las marchas, forzandolas cuanto le permitia la debilidad de las caballerias, y el crecido numero de cargas de equipaje que habian multiplicado algunos oficiales, poseidos de miras lucrativas, faltando expresamente a las rigurosas ordenes del Virey, dirigidas a evitar todo comercio. Estos y otros embarazos que le ocurrieron, no lo fueron para que el dia 16 llegase a las inmediaciones del pueblo de Moxo, correspondiente ya a la provincia de Chichas, desde donde se adelanto a encontrarle el cura de Talina, el Dr. D. Antonio Jose de Iribarren, eclesiastico de recomendables circunstancias; de acrisolada fidelidad al Soberano, quien le impuso igualmente de la fermentacion en que estaban aquellas inmediatas provincias, los riesgos que habia padecido por mantener en la debida subordinacion a sus feligreses, y el terror panico de que estaban poseidos los vecinos espanoles, a vista de los estragos que cometian los rebeldes, habiendo sacrificado a su ira, la noche del 6 al 7 de aquel mes en la villa de Tupiza, al corregidor D. Francisco Garcia de Prado y algunos de sus dependientes; y que igual suerte habia tenido D. Francisco Revilla, corregidor de la de Lipes, hallandose fugitivos de las suyas, D. Martin de Asco, que lo era de la de Cinti, y D. Martin Boneo, de la de Porco. Persuadiale tambien a que se colocase y detuviese en su pueblo, a esperar el segundo destacamento que le seguia, porque el terreno que habia de transitar en adelante era muy quebrado; los caminos, a mas de ser asperos, estaban llenos de angosturas, y que era excesivo el numero de indios que se reunia para embarazar el paso a las tropas. Que si se perdian, era segura la ruina de la ciudad de la Plata, villa de Potosi, y demas poblaciones que aun se mantenian con alguna esperanza de salvarse, y que tambien quedaria cortada enteramente la comunicacion de ellas con el Tucuman y Buenos Aires, de que podia

seguirse la perdida de todo el reino, pues de este modo les seria facil interceptar los socorros y demas auxilios que se remitiesen para contener a los sediciosos en los limites de la debida obediencia.

Vacilaba Resequin, combatido de la fuerza de estas razones, y del deseo que tenia de emprender alguna accion que acreditase su conducta, e impusiese respeto a los rebeldes. Conocia el inmediato peligro de todo el Peru, si se malograba aquel corto refuerzo de veteranos, lo arduo de la empresa que iba a emprender, los obstaculos insuperables que se le oponian, y el ningun recurso que le quedaba en caso de ser batido. Por otra parte consideraba, que buscar el abrigo de las trincheras indicaba temor, que su detencion era peligrosa, porque animaria a los sediciosos, les daria tiempo para adquirir mayores fuerzas, y concebir fundadas esperanzas de arraigarse en el dominio que tenian usurpado. Ignoraba la suerte de la Plata y Potosi, y el exito que habia tenido el ataque de la Punilla, que meditaba el Gobernador de armas, D. Ignacio Flores. Por instantes llegaban de todas partes espanoles fugitivos, que ponderaban los extragos, las muertes y los robos que cometian los indios: nadie se consideraba seguro, y todos creian perecer irremediabilmente a manos de la tirania. Nada fue bastante para hacer decaer su animo. Oia con serenidad las tragicas relaciones de los que se le unian: hacia concebir a los timidos nuevos pensamientos y esperanzas, ponderandoles cuanto valia aquel corto numero de hombres, por su disciplina y por sus armas, y reflexionando importaba poco se sacrificase el y todos los suyos, cuando se trataba de evitar la perdida de todo el reino, y tal vez podria cortar los progresos de la rebelion que estaba en sus principios en aquellas provincias, con algunos movimientos y maniobras del arte militar que supliesen el numero y debilidad de sus fuerzas, echo la suerte, y resolvio vencer o morir, y dirigirse a evitar el riesgo inmediato y cierto, abandonando a la fortuna el que estaba mas distante y dudoso.

Resuelto a poner en practica esta determinacion, desprecio las instancias de cuantos le persuadian lo contrario, y superadas en su interior todas las dificultades que le representaban, oculto las ideas que tenia determinadas, y trato solo de dar algunas horas de descanso a sus tropas, con el fin de conferir con el cura Iribarren el modo y medios que podrian emplearse para sorprender a Tupiza, residencia de Luis Laso de la Vega, cabeza principal del motin de aquella villa, y de todas las provincias inmediatas. Despues de reflexionado todo, con la madurez y resolucion que pedian las criticas circunstancias en que se hallaba, facilitole aquel parroco 200 mulas que le pidio, e hizo apostar en el puesto de Morara, distante tres leguas de Moxo, camino real de Potosi, y al propio tiempo significo a todos no podia alterar las ordenes de seguir su marcha, para incorporarse con Flores y salvar la ciudad de la Plata que tanto cuidado daba por el bloqueo que le hacian sufrir los indios, acaudillados por los dos hermanos Cataris, de cuya

perdida se haria responsable por su detencion: y sin el menor retardo destaco algunas partidas, para que ocupasen los caminos y embarazasen el paso a cuantos se dirigiesen hacia adelante, con la orden de observar los movimientos de los enemigos, que con alguna distancia y disimulo, procuraban certificarse de la verdadera intencion de aquellas tropas. Lleno de confianza y algo reforzado con aquellos, que poco antes creian no les quedaba mas recurso que la fuga, se puso en marcha la misma tarde del citado dia 16 de Marzo, y campo en Moraja con todas las apariencias de pasar la noche en aquel campamento, tomando las precauciones necesarias a evitar el grave riesgo que le amenazaba por todas partes. Hizo poner las tiendas, encender fogatas, y cenar la tropa con brevedad, y al acabar el dia mando de nuevo tomar las mulas de refresco que tenia anticipadas, y dejando el campamento con solo 20 hombres veteranos a cargo de un oficial, se puso en movimiento con mucha precaucion y silencio; y dejando a la derecha en el pueblo de Suipacha el camino de la Plata, tomo el de la izquierda, que dirigia a Tupiza, previniendo al oficial que quedaba en el campo, cuidase con exactitud y vigilancia, permaneciesen encendidos los fuegos, y se pasase la palabra toda la noche: dejandole tambien la orden, para que antes de amanecer el nuevo dia, levantase el campamento, y siguiese sus pasos con el equipage y bagajes que le quedaban.

Se practico este movimiento con tanto orden y destreza militar, que logro eludir la cuidadosa vigilancia con que le observaban los rebeldes, los cuales quedaron sorprendidos a las primeras luces del dia siguiente, por no saber el como, y por donde se habia desaparecido Reseguín. Dista Moraya de Tupiza 10 leguas de camino muy fragoso, la mitad cuevas y barrancos, y la otra mitad de profunda quebrada, por donde descende un rio que se vadea muchas veces, y como a dos leguas de aquella villa, es inevitable una angostura de medio cuarto de legua, en que no pueden ir mas que dos hombres de frente, y a los lados tiene unos penascos escarpados, de altura extraordinaria, que forman un callejon tortuoso, muy a proposito para que un corto numero de hombres contenga y resista al mas numeroso ejercito. No ignoraban los indios las excelencias de aquel puesto, como que ha demostrado la experiencia su conocimiento y acierto para la eleccion de situaciones ventajosas, razon porque le habian escogido, para oponer la primera resistencia a las tropas del Rey, considerando, que cuando llegasen a el, estarian cansadas de superar los obstaculos, que por grados iban creciendo, asi como se iban acercando: porque a los naturales del camino, agregabase en aquella ocasion lo caudaloso del rio, que en algunos vados se pasaba con mucho trabajo y no poco peligro, aumentado por la oscuridad de la noche. Superados con diligencia y constancia todos los inconvenientes, llego la tropa a la natural fortaleza a que el arte no podia anadir circunstancia, la que reconocida por algunas partidas que se formaron de los espanoles fugitivos que eran practicos del terreno, la hallaron desocupada, y se siguió la marcha, no sin algun sobresalto, porque

cuando se estaba en la mitad del peligro, se oyo un chasquido de honda, y que algunas piedras se precipitaban de lo mas alto. Todos se suspendieron, creyendo habian sido sentidos de los enemigos, pero el Comandante, animado de su resolucion, se volvio, y les dijo: "ya el peligro es inevitable, lo que importa es salir de el cuanto antes." Y avivando el paso, mando a todos le siguiesen: en efecto, logro atravesar aquel estrecho sin resistencia, y salir a otra quebrada mas espaciosa, donde tuvo ya lugar la imaginacion para concebir fundadas esperanzas de un exito feliz. No malogro instante Reseguín; y haciendo alto, reunio su formacion dilatada por los regularos efectos del desfiladero, estendio su frente cuanto le permitia la mayor anchura del camino; dividió los 200 hombres que llevaba en cinco divisiones, las cuatro iguales, a las ordenes de los oficiales veteranos, y la mayor quedo a las suyas. A cada una senalo un vecino del pueblo, que se dirigiese y apostase al paraje senalado, y despues de haber hablado con entereza a sus soldados, representandoles su obligacion, el orden que debian observar, la obediencia y resolucion en el obrar, doblo el cuidado y el silencio para seguir a Tupiza. Llego a esta villa a las 4 de la manana del dia 17, y la mando rodear inmediatamente por las partidas, que ocuparon toda su circunferencia, para que nadie saliese de ella, y con la suya entro por la calle principal, y se dirigió a la plaza mayor, sin que hasta entonces le hubiesen sentido sus vecinos ni los rebeldes que estaban entregados al sueño con la mayor confianza, asi por el desprecio que hicieron del corto numero de tropas que los amenazaba, como por la distancia en que se hallaban el dia antecedente.

Su primer cuidado fue asegurarse del caudillo principal Luis Laso de la Vega, que prendio por si mismo en la casa que habitaba, llamandole por su nombre, a que contesto agriamente, porque se le incomodaba: pero reproduciendole desde afuera que se hallaba en gran peligro, porque estaban ya muy cerca las armas del Rey, se levanto, y medio vestido salio en persona a la puerta con un trabuco en la mano. Pero ganandole la accion, quedo inmóvil al ver una visita que no esperaba, faltandole el movimiento, aun para dar impulso al gatillo, regulares efectos que ocasiona en los traidores la magnitud de su delito; a presencia del Juez, de quien aguardan el castigo. Siguiéronse sin intermision las prisiones de su secretario, Fermin Aguirre, sugeto espanol y no de comun nacimiento, quien por la ambiciosa fantasia de haberle nombrado Virey de aquella provincia, abrazo el partido sedicioso; y la de otros que se hallaban condecorados con varios titulos, para dividirse el marido de las cuatro que se habian propuesto dominar: y como una exhalacion mando recorriesen sus tropas todas las inmediaciones de la villa, a dos leguas de distancia, que lograron asegurar a los demas complices del tumulto. De modo que, por la tarde se hallaban en las carceles 100 reos de los principales y que mas se habian distinguido en aquella conspiracion. Se tomaron despues por el comandante todas las precauciones y providencias convenientes para asegurarse de una sorpresa, y las que se requerian para

resistir a los rebeldes, si intentaban invadir la villa, como se afirmaba, para libertar a sus caudillos. Coloco dobles guardias avanzadas, eligio la iglesia para hacer la ultima resistencia, dispuso rondas, nombro patrullas, encargo la exactitud del servicio, y aumentaron su vigilancia y cuidado a proporcion que aumentaba el peligro. Llamo las milicias del pueblo de Suipacha, que estaban por el Rey, y las de Tarija, reforzandose con las pocas reliquias de fidelidad que habian quedado, y antes que pudieran recobrase los desleales del terror infundido por las armas del Soberano, la resolucion de aquella operacion, la inopinada prision de sus caudillos, y del conjunto de circunstancias que ocurrieron en accion tan determinada, nombro partidas para evitar los danos que seguian en todos los limites de la provincia que estaban conmovidos, y en que cometian los sediciosos atroces crueldades, obligando a los habitantes espanoles a venir fugitivos, para acogerse a la sombra de las tropas recién llegadas. Diariamente se presentaban viudas desamparadas y huerfanos afligidos, que abandonando sus haciendas, comodidades y domicilio, se reunian en Tupiza, para esponer al Comandante sus padecimientos, con la perdida de sus padres, maridos y bienes, que les habia quitado el rigor de los tiranos agresores; quienes egercitaron su barbarie, con mas exceso que en otras partes, en los minerales de Tomabe, Ubina, Tatasi, Portugaleta y la Gran Chocalla, ultrajando a los sacerdotes, profanando los templos, y cometiendo las mas sacrilegas muertes en ellos, con cuantiosos robos, despedazando los ingenios, y destruyendo las labores de las minas. Oiales Resequin con afabilidad, consolaba a todos con ternura, y ofreciales mirar por ellos, como un padre benefico por sus hijos; prometia hacerles restituir sus bienes, y derramar hasta la ultima gota de sangre en su defensa, y por tan justa causa.

La sedicion de esta provincia tuvo algunas circunstancias, por las cuales se hacia mas temible que la general que se espermentaba en el Peru, y pudiera haber dado muchos cuidados, a no haberse cortado tan oportunamente sus progresos. El autor y cabeza principal de ella, Luis Laso de la Vega, era de casta de los cholos, mas espanol que indio, y se hallaba sirviendo en calidad de sargento de aquellas milicias, a quien acompanaba un genio audaz y algunas particularidades que le hacian distinguir entre los suyos. Este inicuo, favorecido del corregidor, D. Francisco Garcia de Prado, correspondio a su benefactor con la mayor ingratitude, fraguando aquella trama, para usurpar el mando de las provincias de Chichas, Lipes, Cinti y Porco, aprovechandose de la fermentacion que habian causado los edictos y las diligencias de los comisionados del principal rebelde Tupac-Amaru, y los movimientos de las demas, que tambien obligaron al corregidor al acopio de algunas municiones, y a reunir en Tupiza el regimiento de milicias de este nombre, compuesto de cholos y mestizos, en que servia Laso, quien dio principio a sus ambiciosos y atrevidos pensamientos, el 6 de Marzo, aprovechando el acto de la revista, para conmover los animos de sus

soldados y companeros, que no tardaron en dejarse seducir, y sacudiendo las riendas de la obediencia, principiaron cuantos excesos les dictaba su antojo y sugeria el caudillo cuyo ejemplo siguieron los indios circunvecinos y de la villa, creciendo el tumulto en tanta aceleracion, que desengañado Prado del ningun fruto que producian sus persuasiones y autoridad, no le quedo otro recurso que buscar el asilo de su casa con algunos de los suyos. Cercole en ella Laso con una crecida multitud, que inutilmente intento romper a caballo en algunas ocasiones favorables que se le presentaron, para ponerse en fuga y huir del riesgo que por instantes iba creciendo: pero viendo eran inutil sus esfuerzos para encontrar la salida, resolvió defenderse hasta el ultimo extremo, favorecido de las puertas y ventanas de su casa, desde donde empezo a hacer fuego a la multitud que le tenia cercado, que correspondieron del mismo modo; durando la confusion hasta la media noche, en que muertos ya algunos, otros fatigados y sin fuerzas para continuar la defensa, lograron los rebeldes incendiar la casa, y volar el repuesto de polvora que tenia acopiada para municionar aquella tropa, y caído un lienzo de pared, penetro al corral el indio Nicolas Martinez, y hallando a su corregidor aturrido en un rincon, se acerco a el y le degollo prontamente, y le bebio mucha parte de su sangre. Pudiera haberse salvado si con anticipacion hubiera emprendido la fuga, como se lo aconsejaban algunos sugetos bien intencionados, pero le fue menos sensible perder la vida que abandonar sus intereses, adquiridos a costa de un descontento general, que le puso en aquel estado y situacion.

Luego que el agresor publico la muerte de su corregidor y demas que le acompanaban, entraron los sediciosos en su casa, saquearon cuanto en ella habia, y durante la noche cometieron muchos excesos y desordenes en la poblacion y sus inmediaciones, como en la hacienda de Salo, donde, alentados los indios con el ejemplo de Tupiza, conspiraron contra su dueno, D. Salvador Paxsi, a quien cortaron la cabeza y se apoderaron de los cuantiosos bienes que poseia: por cuyo medio y otros de igual naturaleza, se desembarazo Laso de los sugetos que podian causarle sujecion, y libre ya de este obstaculo, penso solo en asegurarse el dominio que se habia propuesto. Se intitulo Gobernador y Capitan General de aquella provincia por Tupac-Amaru, haciendo expedir sin perdida de tiempo, por su secretario Aguirre, cartas circulares y convocatorias para toda la jurisdiccion, en que mandaba, bajo de graves penas, se le uniesen para contribuir a la defensa comun, sacudir el mal gobierno y la opresion en que los habian puesto los corregidores, las aduanas, alcabalas y demas ramos de hacienda, nuevamente establecidos. El cura parroco de la villa, el Dr. D. Jose Davalos, procuro desde los principios disuadirlos y aquietarlos, empleando las mas humildes suplicas y eficaces oficios; pero no consiguio mas que el permiso para dar sepultura a los cadaveres, cuya diligencia practicada con la mayor piedad, no fue bastante a contener aquellos animos, que perdida la obediencia y el respeto a la justicia, no tardaron en perderla tambien a

la casa del Señor, pues entrando en ella tumultuariamente una porción de indios llenos de furor, desenterraron el cadáver de Prado, y le cortaron la cabeza, para llevarla a la Audiencia de la Plata, según declararon algunos, o a su Inca, según depusieron otros. Lo cierto es, que el Gobernador indio, del pueblo de Santiago de Cotagaita, que se había mantenido leal en el centro de la rebelión, la recogió y le dio sepultura en la iglesia de su pueblo con toda la solemnidad debida, y prendió a los indios que la conducían para que sufriesen el castigo justamente merecido a tan criminal delito: pero este ejemplo, ni las repetidas diligencias que practicaron algunos vecinos honrados, impidieron que de todas partes se presentasen a rendir la obediencia al usurpador, los caciques, gobernadores, _segundas_ y _curacas_, asegurándole sostener sus ideas hasta sacrificar sus vidas y haciendas por la libertad.

Tal era el estado en que se hallaban aquellas provincias, cuando el comandante D. José Resequín llegó a ellas con su corto número de tropas. El peso de tan graves cuidados, y la multitud de obstáculos que encontraba y que por momentos se aumentaban, no fueron bastantes a detenerle ni a intimidarle, antes bien, conociendo cuán conveniente era no perder un instante en semejantes ocasiones, se dedicó inmediatamente y con la mayor actividad al remedio de tantos y tan crecidos males, buscando incesantemente los recursos más oportunos y eficaces para evitarlos. Su obrar activo, su espíritu y determinación fueron sin duda los diques que contuvieron la velocidad con que corrían los progresos de la sedición, y los que sofocaron las voraces llamas que habían comenzado a arder con demasiada violencia, agitadas por las dulces lisongeras ofertas de la libertad que prometían los edictos de Tupac-Amaru, esparcidos por sus comisionados en todas partes, los que no dejaron de penetrar hasta los corazones de los habitantes de la provincia del Tucumán, cuyos naturales empezaban ya a disponerse para admitir con gusto las turbaciones suscitadas en Chayanta y Tungasuca, no teniendo reparo en expresar públicamente lo muy grato que les sería el dominio de un dueño que aseguraba libertarlos de la opresión en que se consideraban. El 18 de Marzo recibió los primeros pliegos del comandante D. Ignacio Flores, en que comunicaba el feliz éxito que había tenido el ataque de la Punilla, cuya noticia había adquirido Resequín pocas horas antes por algunas voces vagas: pero no tardó mucho el turbarse el regocijo de tan importante aviso, porque la misma tarde supo por D. Juan Domingo de Reguera, que se le presentó vestido de clérigo, fugitivo del ingenio del Oro, se hallaba en el Pedro de la Cruz Condori, indio principal del pueblo de Challapata, provincia de Chayante, y Gobernador de los Cerrillos, intitulado General de Tupac-Amaru, con más de 4,000 rebeldes de quienes era tratado y obedecido con la mayor veneración. Que representaba con mucha autoridad, adornado de las insignias correspondientes, el carácter que suponía; que hablaba con entereza, manifestaba tener espíritu y resolución, con alguna habilidad

para desempeñar el mando que obtenia, y que premeditaba atacar a Tupiza, para libertar a los delincuentes que estaban aprisionados en sus carceles. Anadio tambien, que tres indios hermanos, tomando los nombres, el uno de Tupac-Amaru, y los dos restantes el de Damaso y Nicolas Catari, habian entrado en algunos pueblos, asegurando eran los personajes que fingian; y que los naturales sin mas examen, los seguian y obedecian ciegamente: con lo que habian juntado un cuerpo considerable, capaz de superar los esfuerzos de los pocos vecinos leales, que se habian mantenido por el Rey hasta entonces en algunas poblaciones; las que ya abandonaban apresuradamente, temerosos de la muerte y obligados del terror que infundian por todas partes aquellos tiranos, con muertes, robos y escandalosos excesos. Impuesto el Comandante de esta serie de calamidades, y que era muy conveniente atajarlas en sus principios, bien persuadido que con el retardo o circunspeccion tomarian mas incremento y autoridad los nuevos caudillos, haciendose en cada momento de mayores fuerzas, dispuso saliesen a su encuentro tres destacamentos, compuestos de tropa veterana y de milicias, que por distintos caminos llegasen a un tiempo al paraje donde se hallaba acampado Pedro de la Cruz Condori, le atacasen de acuerdo, y procurasen su captura. Llegaron en efecto a su vista, como se les habia prevenido, y reconociendo el corto numero de hombres que se les presentaba, los miro con gran desprecio; y adelantandose con pocos de los suyos, para poder hablar con el comandante D. Jose Vila, teniente de dragones de la expedicion, le propuso con la mas audaz confianza que se volviese, o se le incorporase, porque de lo contrario, seria victima del furor de su gente; pues era conocida temeridad intentar otra cosa a vista de las fuerzas que tenia presentes. Lejos de intimidarse este oficial, cuyo bizarro espiritu acredito despues repetidas veces en toda el tiempo de la rebelion, le reprodujo que se entregase, y no diese lugar a que se derramase la sangre de aquellos infelices que traia enganados. Cuyas espresiones, oidas por uno de los indios que le acompanaban, dispuso la honda en accion de despedir la piedra contra el; lo que advertido por Alonso Mesias, cabo de su propio cuerpo, arranco una pistola, y con la bala atraveso el pecho del agresor, antes que acabase de poner en practica su comenzado intento. Este no esperado accidente atemorizo a los demas que acompanaban a Condori, y aturridos emprendieron una fuga precipitada, para incorporarse con los mas distantes, entre quienes llevaron el desorden: e introduciendose entre todos la confusion, que regularmente causa la diversidad de pareceres, no pensaron mas que en la fuga, dejando en manos de los nuestros a su venerado general, que llevandole bien asegurado, siguieron a la Gran Chocalla en busca de los tres hermanos, que tuvieron igual suerte, y al sexto dia de su salida, regresaron a Tupiza con todos estos reos, llenos de satisfaccion gloriosa, y con no poco contento de algunos espanoles, porque veian recuperada mucha parte de las riquezas que les habia usurpado. Tambien fue arrestado al propio tiempo el teniente de cura de aquel pueblo, el Licenciado D. Jose Vasquez de Velazco, a causa de

habersele justificado acompaño a Condori en las aclamaciones que se hicieron de Tupac-Amaru, en las plazas públicas de su doctrina, habiendo hecho después la demostración de bendecir las tropas de aquel rebelde, implorando el favor del Altísimo por la felicidad de sus armas, y convidándose a seguirle hasta el ataque de Tupiza que premeditaba, contribuyendo con la autoridad de su carácter a promulgar los edictos, y esparcir las cartas sediciosas de que se valían para conmover los ánimos, en que se expresaba de esta manera:--

Carta de los rebeldes.

SEÑORES PRINCIPALES, ASI ESPAÑOLES COMO NATURALES Y MESTIZOS
CRIOLLOS DE
LA DOCTRINA DE SANTIAGO DE COTAGAITA:--

Muy Señores míos.--"Con la mayor urbanidad y atención que se debe al trato humano, hago esta a Vds. como Gobernador electo para estas provincias, en nombre de S.M.D. José Gabriel Tupac-Amaru, Rey Inca de este vasto virreinato del Perú, y hablando con Vds. en calidad de embajador suyo, digo:--Que el fin a que he venido a esta provincia, y escribo esta, es, para saber el parecer y dictamen de sus voluntades en asunto a vasallaje, del que tomándoles el consentimiento, quisiera que Vds. deliberaran el partido a que se inclinan, y me avisaran su dictamen: esto es, si se conforman a ser vasallos debajo de las banderas de dicho Monarca, cuya piedad y clemencia no propende a otra cosa que a la conservación, pacífica tranquilidad y alivio de todos los paisanos, así naturales como españoles y mestizos criollos, y otros sujetos de cualquier calidad o condición, nacidos en nuestras tierras, sacándolos del gravamen y yugo pesado que hasta el día nos ha tenido debajo de su peso tan oprimidos, mediante el gobierno tirano de España, con sus pechos insostenibles, que no parecía otra cosa que una servidumbre de total esclavitud, a semejanza del cautiverio de Babilonia, en donde el pueblo de Dios Israelita, gemía. Por lo que habiéndose visto con maduro acuerdo todos estos motivos, en nombre de Dios, Nuestro Señor, y después de él, en el de nuestro referido Monarca, Inca, vengo a convidarles más bien con la paz y concordia, que a hacerles guerra. Pero, si despreciando este dulce llamamiento y convite, quisieren Vds. sorprenderme, experimentarían después el castigo rigoroso que previene nuestro Monarca en su edicto, del que remito un tanto, sacado a la letra, para que Vds. se impongan de los fines tan santos y rectas intenciones que lleva enderezadas en esta empresa. Y en el supuesto que Vds. y los demás individuos principales que componen este cuerpo, admitan este partido que se les propone, se fijara en los lugares públicos y convenientes, después que se lea en tono de bando y pregon, para que todos comúnmente entiendan y se impongan en su contenido.

"Tambien hago saber a Vds., para que no vivan recelosos, equivocados o confusos, como en esta doctrina de Tatasi o Chocalla tengo en prisiones, para aplicarles la pena de muerte, a ciertos bandoleros y facinerosos, que fingiendo ser comisionados de nuestro Monarca, Inca, y usurpando varios titulos furtivos, cometieron muchos delitos de alevosia y asesinato, y arrastraron muchos vecinos espanoles y mestizos de varios pueblos, como son, Tolapampa, Ubina, este de Chocalla y otros, solamente llevados del perverso fin de robar y de su desordenada codicia.

Contemplando lastimosamente la noticia que corre por aca, de que en ese pueblo de Santiago han muerto los naturales a su Gobernador, y no se a que espanol criollo; amonesto a dichos indios naturales se contengan en egecutar estas muertes, que sin tener facultades ni motivos las hayan cometido, que eso no manda nuestro piadoso Monarca, sino solo rebatir el mal gobierno con el exterminio o expulsion de los corregidores europeos, y que armados todos los indios y espanoles criollos, le defendamos, en caso de que por alguno de los puertos de este reino venga alguna armada de soldados contrarios, y opuestos a su corona.

"Y porque espero en su Divina Magestad, que por su infinita misericordia admitan Vds. esta propuesta, no soy mas, a quien ruego les guarde muchos anos. Chocalla, y Marzo 19 de 1781.--B.L.M. de Vds. su seguro servidor que su bien desea."

El Gobernador, D. PEDRO DE LA CRUZ CONDORI.

Edicto para la Provincia de Chichas.

D. Jose Gabriel Tupac-Amaru, Indio de la sangre real, y tronco principal:--"Hago saber a los paisanos criollos, moradores de la provincia de Chichas y sus inmediaciones, que viendo el yugo fuerte que nos oprime con tanto pecho, y la tirania de los que corren con este cargo, sin tener consideracion de nuestras desdichas, y exasperado de ellas y de su impiedad, he determinado sacudir este yugo insoportable, y contener el mal gobierno que experimentamos de los gefes que componen estos cuerpos: por cuyo motivo murio en publico cadalso el corregidor de esta provincia de Tinta, a cuya defensa vinieron a ella de la ciudad del Cuzco, una porcion de chapetones, arrastrando a mis amados criollos, quienes pagaron con sus vidas su audacia y atrevimiento. Solo siento de los paisanos criollos, a quienes ha sido mi animo no se les siga algun perjuicio, sino que vivamos como hermanos, y congregados en su un cuerpo, destruyendo a los europeos. Todo lo cual, mirado con el mas maduro acuerdo, y que esta pretension no se oponen en lo mas leve a nuestra sagrada religion catolica, sino solo a suprimir tanto desorden, despues de haber tomado por aca aquellas medidas que han sido

conducentes para el amparo, proteccion y conservacion de los espanoles criollos, de los mestizos, zambos e indios, y su tranquilidad, por ser todos paisanos y compatriotas, como nacidos en nuestras tierras, y de un mismo origen de los naturales, y haber padecido todos igualmente dichas opresiones y tiranias de los europeos,--ha tenido por conveniente hacerles saber a dichos paisanos criollos, que si eligen este dictamen, no se les seguira perjuicio ni en vidas ni en haciendas; pero si despreciando esta mi advertencia hicieren lo contrario, experimentaran su ruina, convirtiendo mi mansedumbre en sana y furia, reduciendo esta provincia en cenizas; y como se decirlo, tengo fuerzas, pesos, y a mi disposicion todas estas provincias comarcas, en union entre criollos y naturales, fuera de las demas provincias que igualmente estan a mis ordenes, y asi no estimen en poco esta mi advertencia, que es nacida de mi amor y clemencia, que propende al bien comun de nuestro reino, pues se termina a sacar a todos los paisanos espanoles y naturales de la injusta servidumbre que han padecido. Mirando al mismo tiempo como por principal objeto el que cesen las ofensas a Dios Nuestro Senor, cuyos ministros, los Senores sacerdotes, tendran el debido aprecio y veneracion a sus estados, y del mismo modo las religiones y monasterios, por cuya piadosa y recta intencion con que procedo, espero de la divina clemencia, como destinado por ella, para el efecto me alumbrara y gobernara para un negocio en que necesito toda su asistencia para su feliz exito.

"Y para que asi tengan entendido, se fijaran ejemplares de este edicto, en los lugares que se tengan por conveniente, en dicha provincia, en donde sabre quienes siguen este dictamen, premiando a los leales, y castigando a los rebeldes, que conoceréis vuestro beneficio, y despues no alegareis ignorancia. Es cuanto puedo deciros. Lampa, y Diciembre 23 de 1780."

D. JOSE GABRIEL TUPAC-AMARU, _Inca_.

Ya no quedaba en toda la provincia caudillo alguno que pudiese dar cuidado. Las partidas de tropa veterana que se habian dejado ver por toda su jurisdiccion, habian llenado de respeto a los indios que habitan los pueblos, y ya empezaban a distinguirse algunas senales de sumision en sus vecinos, porque con apresurada diligencia venian a Tupiza los Gobernadores indios, a implorar el perdon, manifestando su mayor cuidado en acreditar no habia llegado el caso de sublevarse formalmente, lo que dio lugar al comandante, para substanciar las causas a los reos que tenia aprendidos, lo que se verifico militarmente, y justificados los delitos sufrieron el ultimo suplicio 23 de los principales, y los restantes se condenaron a presidio y azotes: todo lo que se egecuto sin haber ocurrido la menor novedad, a pesar de las amenazas que se habian

publicado en algunos papeles satiricos, que prometian atacar la villa para libertar los opresores. Se continuaron por aquel celoso oficial las mas exactas y activas diligencias para recuperar los bienes robados, asi de los espanoles que habian muerto, como de los que estaban fugitivos. Consiguio juntar mas de 2,500 pesos, que devolvio a sus duenos, precedidas las diligencias precisas de justificacion de legitimidad, y entrego al juzgado de bienes de difuntos, sin mas cargo que el de rogar a los interesados mantuviesen a sueldo, por algunos dias a su costa, las milicias que tenia alistadas, con el fin de ahorrar a la real hacienda este gasto, a que se convinieron gustosos, en atencion a los muchos beneficios que les habia proporcionado.

Atento despues al establecimiento de la quietud publica, y considerando que para conseguirla era preciso asegurar enteramente el recelo del castigo, que susistia en algunos pueblos que habian contribuido en mucha parte a aquella conspiracion, determine hacer publicar en todas las iglesias, por sus respectivos curas, el edicto siguiente:--

D. Jose Reseguín, Teniente Coronel de Dragones, Comandante en Jefe del cuerpo de esta clase destinado a la plaza de Montevideo y comisionado por el Superior Gobierno de Buenos Aires a la pacificacion de las Provincias sublevadas del Peru.

"Hago saber, que habiendo llegado a esta villa de Tupiza con una porcion de gente, de la que ha dispuesto pase a la ciudad de la Plata, el Exmo. Senor D. Juan Jose de Vertiz y Salcedo, Virey Gobernador y Capitan General de las provincias del Rio de la Plata, &c., para establecer la quietud y sosiego de las que estuviesen conmovidas y sublevadas, siendo una de ellas esta de Tarija y Chichas, hallo conveniente hacer saber a los Gobernadores, curas, segundas y demas habitantes de los pueblos de su jurisdiccion, se mantengan sin la menor novedad en sus respectivos domicilios, continuando las tareas, faenas y trabajos, a que se dedicaban antes de los presentes alborotos, porque de lo contrario experimentarían el mas severo castigo. Asimismo mando, que a cualquiera individuo que se presente, aseguren y pongan a mi disposicion, a fin de evitar en adelante, que estos mal intencionados aprovechen la ocasion de sorprender y seducir los animos sencillos de los indios, robar las haciendas, y cometer muchos atentados atroces, dignos de la mayor pena. Asi tambien les hago saber, que las tropas y armas del Rey no vienen con otro objeto que el de disipar las presentes turbaciones, castigar a los culpados, y restablecer en todas partes el buen orden y administracion de justicia. Por lo que encargo a todos muy particularmente no tengan el menor recelo, ni abandonen sus habitaciones a la aproximacion de dichas tropas, y les exhorto por el presente, a que se mantengan leales vasallos de S. M., porque si asi no lo egecutaren, experimentarían los

mas terribles efectos de severidad, trasladandome inmediatamente con fuerzas competentes, para dar el merecido castigo a los que no diesen entero cumplimiento a cuanto en este se previene. Dado en la villa de Tupiza, a 20 de Marzo de 1781."

JOSE RESEGUIN.

Produjo esta diligencia, todos los favorables efectos que se esperaban, porque con indecible diligencia se presentaron muchos indios principales, representando sus pueblos, para asegurar al Comandante su mas constante resolucion de mantenerse leales: de modo que en tan corto tiempo quedo enteramente sosegada la provincia, y sin recelo las inmediatas, que esperaban impacientes la llegada de la tropa, para dar las mismas pruebas y demostraciones de fidelidad. Se volvieron a trabajar las minas, se transitaba ya por las calles y caminos sin cuidado, se despacho a la Plata y Potosi la balija de la correspondencia del publico, que estaba detenida en Mojo, y todo volvio a tomar el orden alterado por los sediciosos, y despues de algunas disposiciones gubernativas y de precaucion, se puso Reseguin otra vez en movimiento, el dia 5 de Abril de 1781, para el pueblo de Santiago de Cotagaita, a donde habia hecho adelantar al capitán de infanteria de Savoya, D. Joaquin Salgado, con 50 hombres, para sostener aquel vecindario, y animar a sus milicianos que tuvieron la gloriosa determinacion de mantenerse leales y contrarestar los esfuerzos y persuasiones de los rebeldes, cuya heroica accion se hace acreedora a una perpetua memoria.

Dos dias solamente empleo Reseguin en el camino, sin embargo de distar 18 leguas, y estar acometido de una fuerte terciana, de cuyo accidente adolecia mas de la tercera parte de los soldados, y casi todos los oficiales: lo que tampoco fue obstaculo para que dejase de substanciar inmediatamente las causas a mas de 80 reos que se hallaban en aquellas carceles, aprendidos en las salidas que habian hecho aquellas leales milicias, entre los cuales se hallaban algunas cabezas principales en la conjuracion de la provincia de Lipes, complices en la muerte de su corregidor, D. Francisco Revilla, a quienes examinados y justificados sus delitos, se condenaron once a pena capital, y a presidio los restantes. Entre los primeros ocurrio un suceo que tiene mucho de milagroso. Uno de ellos, reo de dos muertes, y que en el tumultuoso desorden de la doctrina de Tatasi habia tomado y maltratado a su cura dentro de la iglesia, con fuertes golpes, y por varias veces le habia puesto el cuchillo a la garganta para degollarle, amanecio muerto el dia que se habia de verificar en su persona el ultimo suplicio, de lo que inmediatamente se dio parte al Comandante, quien la tarde antes le habia tomado la declaracion, sin notarle indisposicion alguna: y creyendo que aquel accidente le nacia de algun efecto de desesperacion o de descuido,

mando se le reconociese; lo que egecutado, le hallaron el brazo y mano con que habia cometido el sacrilegio, enteramente descarnado el hueso, como si fuese de un esqueleto de muchos anos, y la manga de la chupa llena de gusanos: de todo lo que enterado Resequin, dispuso se colgase en la horca, y que el cura explicase al numeroso concurso que estaba presente, el origen y las causas de aquel portento.

Concluidos los asuntos criminales, cuido Resequin de significar a los leales moradores de Cotagaita, haria presente al Soberano su acrisolada fidelidad, y les exhorto a la continuacion de sus buenos propositos, dandoles las gracias en nombre del Rey por sus distinguidos servicios: a que correspondieron aquellos vecinos, juntamente con los de Tupiza y demas espanoles que habia librado en toda la provincia, con las mas expresivas demostraciones de respetuoso agradecimiento, aclamandole su libertador, y ofreciendo dirigir al Altisimo los mas solemnes votos por la felicidad de quien les habia restituido en la antigua pacifica posesion de sus casas y haciendas. Pero temiendo aun aquellos animos, que todavia no habian convaltecido del pavoroso espanto que ocasionaron en sus corazones los estragos y crueldades de los tiranos, le dirigieron una representacion, para que se detuviese, en que se expresaron de este modo:--

Representacion.

"Los Oficiales, vecinos y habitantes de esta provincia, ya consideramos a V.S. bastante impuesto del lamentable estado en que la tienen constituida los alborotos, muertes y latrocinios de algunos indios incognitos, que se han introducido en distintos curatos de esta jurisdiccion, derramando cartas sediciosas, publicando bandos y ordenes, en nombre del principal rebelde, Jose Gabriel Tupac-Amaru: llegando la avilantez de estos, hasta plantar horcas en el punto de Estarca, para ajusticiar en ellas a todos los que, como fieles vasallos y buenos servidores de nuestro legitimo Soberano, no adhiriesen a las ideas de aquel cabeza de rebelion, que se conoce a primera vista, no son otras que anhelar a la subversion de este reino, y colocarse violentamente en la posesion de el.

"Pero, aunque a la comprension de V.S. nada de esto se encubre, hallandonos noticiosos de la proxima marcha que resuelve egecutar a la ciudad de la Plata, dejando esta provincia, que es el antemural y precisa entrada del Peru, abandonada y espuesta a la discrecion del enemigo, que situado en los pueblos minerales de Ubina, Chocalla, Tatasi, Esmoraca, Santa Catalina, la Rinconada, Lipes y Atacama, despues de haber dado muerte a los jueces y principales vecinos de dichos pueblos, se mantienen vigilantes, esperando se retire V.S. con la tropa

de su mando, para entrar a fuego y sangre en esta villa y resto de la provincia, haciendonos victimas de su rigor; se nos hace preciso, como buenos servidores y fieles vasallos del Rey Nuestro Senor, representar a V.S., que es muy de su obligacion el amparar con las armas del Soberano esta provincia, pues de lo contrario, las reales rentas de tabacos, alcabalas y correos, se miraban abandonadas, sus administradores espuestos a perder la vida, o ponerse en fuga, como igualmente todos los leales, que hallandonos sin la menor defensa, por faltarnos las armas y pertrechos necesarios, para juntar ejercito y ponernos en campana, nos sera preciso abandonar nuestros domicilios y preciosos bienes, por conservar la vida, sin embargo de que el celo de la honra de Dios, y defensa de los dominios de S.M., nos precisa a mantenernos firmes conteniendo las irrupciones de los rebeldes, hasta perder la ultima gota de sangre. Pero el mirarnos indefensos, y el derecho natural de conservar la vida, nos conducira, no a separarnos del servicio de S.M., y si a abandonar la provincia, dejando el egercicio de azogueros y trabajo de minas, de que tanto beneficio le resulta al real erario; e incorporandonos en la tropa del mando de V.S., caminaremos a su destino, donde daremos las mas acrisoladas pruebas de nuestra fidelidad y amor al Soberano.

"El perjuicio que, de abandonar V.S. a esta provincia, resulta a S.M., por todo evento es bien conocido, pues por el ramo de tributos, se pierden anualmente mas de 20,000 pesos, y por los quintos y ramos correspondientes al trabajo de minas de oro y plata, arriba de 50,000 pesos: y por lo tocante al ramo de alcabalas, renta de tabacos y correos, bien considerable cantidad de pesos. De manera que, asi en el embolso de real hacienda, como en el de los particulares fieles, vendra S.M. a ser perjudicado en mas de un millon de pesos anualmente; y no es de menos consideracion, el que V.S. tenga presente, ser este el transito preciso, por donde pasa el correo de Buenos Aires al Peru, y por donde se conduce el situado para dicha ciudad de Buenos Aires, y todo el comercio de aquella con las provincias de la tierra: de modo que, esta es la unica y precisa puerta para internarse a todo el Peru, porque aqui igualmente se han de conducir los auxilios de viveres para las plazas de Potosi y Chuquisaca, las que, abandonada esta provincia, quedaron en asedio, expuestas totalmente a que por hambre se entreguen al enemigo.

"La mente del Exmo. Senor Virey no debemos persuadirnos que sea precisamente el que V.S. se presente en Chuquisaca, habiendo primero urgencia de mayor atencion que remediar: pues para estos casos, que son los no prevenidos, consideramos le de a V.S. las facultades necesarias para operar segun su sabio conocimiento y pericia militar tuviese por conveniente.

"El celo de la honra de Dios, y el culto de la sagrada religion que

profesamos, es uno de los puntos que V.S. debe fijar la atencion, pues es notorio que los indios rebeldes, sin reparo a lo sagrado de los templos y ministros de Jesu-Cristo, se arrojen intrepidos a la profanacion de ellos, como lo han egecutado en dicho pueblo de Chocalla, degollando dentro de la misma iglesia a D. Francisco Javier Carbonel, y en esta de Tupiza, sacando del sepulcro el cadaver del corregidor, y cortandole la cabeza; y en el de Tatasi prendieron al cura de aquella doctrina, y teniendolo de rodillas, amenazaron con el cuchillo su garganta, hasta que a fuerza de ruegos y clamores consiguio lo dejasen con vida, habiendole intimado salga de aquella doctrina a destierro formal, y no administrase el pasto espiritual a sus feligreses.

"Tenemos por infalible que inmediatamente a su partida, mas enconados los animos de los rebeldes, siguiendo sus politicas perniciosas de alzarse en el mando, avasallen esta provincia, y embarazen enteramente el transito de ella: pero no dudamos que hecho cargo V.S. de los graves motivos que le precisan a mantenerse en esta provincia, hasta nueva orden del Exmo. Senor Virey, suspenda la resolucion de su marcha, o a lo menos, caso de verificarla, deje un destacamento de tropa veterana para custodiar esta jurisdiccion, con cuyo respaldo no nos sera dificultoso, a los gefes de esta provincia, mantener la milicia en el mejor pie, obediencia y servicio del Soberano. Mas si despreciando nuestra representacion y las fuertes causas que le hacemos presentes, la abandonase, no seremos en ningun tiempo responsables al Rey ni a Dios de la perdida de esta provincia y abandono de la religion, quedandonos con un traslado para hacer presente, en caso necesario al Soberano y al Senor Virey, que de nuestra parte hemos cumplido lo que somos obligados, y protestamos hacer a V.S. responsable de todos los danos y perjuicios que a S. M. se le sigan por abandonarla, teniendola en el dia bajo de su proteccion.

"Nuestro Senor guarde a V.S. muchos anos. Tupiza, y Marzo 17 de 1781."

_Antolin de Chabbarri.--Manuel de Montellano.--Pedro Pizarro
Santander.--Jose Leon de los Rios.--Jose Davalos.--Pedro Julian Calvete.
--Ramon Ignacio Davalos.--Jose de Burgos.--Alberto Puch.--Jose
Martinez.--Felipe Aranibar._

Senor Comandante General D. Jose Reseguin.

Contestoles Reseguin verbalmente en los terminos mas benignos y eficaces para consolarlos, y no obstante su corto numero de tropas, determino dejarles a D. Joaquin de Soria, teniente del regimiento de infanteria de Savoya, oficial de acreditado espiritu y conducta, con 25 veteranos y saltenos: destacamento que le parecio suficiente, asi para

tranquilizarlos, como para sostener la expedicion, que de aquellas propias milicias habia dispuesto entrarse en la provincia de Lipes, con las miras de hacer presos a los cabezas principales de aquel levantamiento, libertar la muger del difunto corregidor, que aun mantenian prisionera, vestida a su uso, y en servicio de una de las indias principales, y tambien para acabar de afianzar la quietud de aquellos naturales, cuyas turbaciones se daban las manos con las de la provincia de Porco, que suscitaban en Yora, Tomabe y otros pueblos, algunos animos inquietos: las que dieron no pocos cuidados y desvelos a la imperial villa de Potosi, que se vio muchas veces amenazada de ser invadida por aquellos insurgentes, cuyos temores tomaban mayor incremento, por la impericia militar y natural en un Gobernador togado, que sobresaltaba y precavia mas de lo que era necesario, para las amenazas que diariamente le dirigian los rebeldes, con el fin de mantenerle en continuo subsidio, hasta que las acertadas operaciones de Reseguin hicieron calmar todos los recelos, como lo espresa el mismo Gobernador D. Jorge Escobedo, en carta de 9 de Abril de 1781, en que lo dice aquel Ministro: "Confio se restablezca la quietud de estos lugares, porque ya parece manifiestan el miedo, que los primeros pasos de Vd. les ha dado; pues ayer hubo carta, en que piden se interceda por ellos para el perdon, y en Tomabe podran a estas horas estar presos los principales." Estas y otras noticias, que adquirio el Comandante, le aseguraron el buen estado en que estaban aquella e inmediatas provincias, y considerandolas ya libres del contagio que habian introducido en ellas las diligencias de los sediciosos, determino ponerse en camino el dia 11 del citado mes de Abril, sin esperar la salida de la expedicion de Lipes, por los cuidados que mas adelante llamaban su atencion. Pero no tardo mucho tiempo en saber, habia tenido el exito mas feliz; cumpliendose exactamente quanto habia prevenido en las instrucciones que dejo a D. Antolin de Chabbarri, y a quien nombro Comandante de ella y de las milicias de Santiago de Cotagaita, que dirigio con acierto aquella operacion, desempeñando puntualmente todos los encargos que se le habian confiado.

Continuo Reseguin las marchas, forzandolas quanto le permitia su debilidad, y la de los muchos enfermos que tenia; esforzabase en superar las dificultades que le sobrevenian con este motivo, porque eran repetidas las instancias que en todas ocasiones le hacia D. Ignacio Flores, para que se acercase a la Plata. Los pueblos del transito se esmeraron en dar las mayores pruebas de fidelidad, recibiendo con las mas espresivas demostraciones que les permitia la infeliz constitucion en que habian estado poco antes. Tenian dispuestos alojamientos, prontos los viveres y bagajes necesarios: se excedia en el cuidado de los enfermos; salian al encuentro a larga distancia los indios gobernadores, acompañados de sus segundas y curacas, con danzas y musicas a su uso, para acreditar el gusto y complacencia con que le recibian: de modo que parecia no habia tenido aquel pais alteracion alguna. Estas

circunstancias le proporcionaron la satisfaccion de llegar a la Plata el dia 19 del propio mes, donde entro por medio de las aclamaciones de un numeroso pueblo, acompanado de aquel Comandante, y de toda la oficialidad de milicias y de muchas personas de la primera distincion, que habian salido a recibir aquel corto numero de hombres, cubiertos de laureles, y de una gloria inmortal, que no podia borrarla el transcurso del tiempo, ni obscurecerla las negras sombras de la envidia.

Los continuados repetidos avisos que recibia en el camino D. Cristoval Lopez, del agigantado cuerpo que tomaba la sedicion en las provincias de la Sierra, le hicieron apresurar las marchas cuanto pudo: y hallandose ya en las inmediaciones de Salta con la tropa de su mando, tuvo orden del Coronel D. Andres Mestre, Gobernador del Tucuman, para que con toda la aceleracion posible se acercase, en atencion a que 300 hombres de las milicias de aquel gobierno, destinados a servir en el Peru, habian perdido la obediencia a su comandante y oficiales, que maneados los hacian retroceder en busca del regalo de sus casas. Y tambien porque sabia que los indios Tobas, coligados con los de las inmediaciones de la ciudad de Jujuy, intentaban invadirla y saquearla. Se adelanto este comandante con sola su compania de granaderos, haciendo la extraordinaria diligencia de caminar en dos dias, 50 leguas y aunque llego en tiempo oportuno para contener a los atrevidos milicianos, algunas consideraciones prudentes detuvieron las providencias, y aquellos hombres feroces, dejando las armas, volvieron dispersos a sus idolatrados domicilios. Sin embargo se logro desvanecer el proyecto de los sediciosos, y escarmentar a los Tobas, de que se siguió la entrega de las cabezas principales del motin, que sufrieron el ultimo suplicio en la plaza publica de aquella ciudad, de cuyas resultas se consiguio algun sosiego, y que calmaron en parte los justos temores que ocasionaba un acontecimiento de esta naturaleza, temiendo con razon, que si tomaba cuerpo y trascendencia el alzamiento a toda la provincia, hubiera sido muy dificultoso y arriesgado el sugetarla, que por su estension pasaba de 300 leguas, sin mas poblaciones considerables que Cordoba, Santiago del Estero, San Miguel del Tucuman, Salta y Jujuy: pues aunque lo restante esta muy poblado, son pequenas aldeas y estancias, habitadas por hombres tan parecidos a las fieras y tan gigantes, que pueden considerarse los verdaderos Centauros que nos fingen los poetas. Su terreno montuoso, y lleno de inmensos bosques espesos, les proporcionaban unas ventajas, que si ellos las hubiesen conocido, puede presumirse se habrian detenido poco en admitir el partido de sedicion que tanto lisonjeaba sus corazones, con la esperanza de una absoluta libertad, de que son en extremo amantes. Cuyas circunstancias, reflexionadas por el Virey de Buenos Aires, le obligaron a enviar una compania de infanteria del regimiento de Savoya, para que ocupase la ciudad de Jujuy; puesto importante por la precision de transitar por el a las provincias internas del vireinato. Desvanecidos en algun modo los celos, y tomadas algunas providencias de precaucion por el Gobernador,

oficial de mucha experiencia y acreditada conducta, siguió López al destino señalado, viéndose en la precisión de dejar en aquella ciudad y por el camino, la tercera parte de su destacamento, que igualmente fue acometido por el accidente de la terciana, y con lo restante transitó las provincias pacificadas por Reseguín, sin ocurrirle novedad, y el día 20 de Abril llegó oportunamente a la ciudad de la Plata.

En tanto sucedían estos acontecimientos en los límites del virreinato de Buenos Aires, en el de Lima ocurrían otros de no menor consideración, y se disponían para contener los enemigos estragos y desolación que ocasionaba el principal rebelde, José Gabriel Tupac-Amaru, a la cabeza de sus secuaces que ya formaban un formidable ejército, no como los que encontraron Pizarro, Cortés y demás primeros conquistadores, sino armados con muchas armas de fuego, lanzas y algunos cañones de pequeño calibre, que había mandado fundir el tirano, asistido con exactitud de todo lo necesario, y pagado con puntualidad. Las disposiciones de este usurpador, más conformes con la humanidad, le hacían menos aborrecible que a sus capitanes, los cuales llenos de ferocidad, no conocían otra providencia que el cordel o el cuchillo. Tupac-Amaru, aunque en sus edictos proscribía todo europeo, perdonaba a cuantos se le presentaban, si conocía podía sacar algún partido de su habilidad u oficio, y particularmente lograban un seguro salvo-conducto los que tenían algún conocimiento del manejo de las armas y profesión militar. El haber seguido los estudios en uno de los colegios de Lima, le había hecho deponer aquella barbarie característica de su nación, y le pusieron en estado de manejar con algún acierto una transformación tan terrible: pero faltaron agentes con que poner en práctica las bien premeditadas medidas que tenía tomadas para ella. Uno de sus generales, llamado Cícenaro, pasó a cuchillo en el pueblo de Ayabiri a cuantos vivientes halló de todas castas, menos los de la suya, contra la expresa orden de su jefe. Reprendióle agriamente por su excesiva crueldad, y este le representaba que si no extinguía a todos los que no fuesen puramente indios, era consecuente quedarían dominados por cualquier clase que animase parte de sangre española. "No es tiempo aun, decía José Gabriel; pensemos por ahora solamente en posesionarnos en el dominio de estas vastas y dilatadas regiones, que luego se buscará modo para deshacernos de todos los embarazos y obstáculos que se nos presenten." Máxima, a la verdad, que si se hubiera seguido por sus subordinados, podía temerse con razón, y según la disposición en que se hallaban los ánimos de aquellos habitantes, hubiera dado al traves con las pocas reliquias de fidelidad que habían quedado: pudiéndose asegurar esto sin recelo de exceder los límites de una prudente conjetura, pues, aunque en las ciudades capitales y en algunos rincones de pocas provincias, se aparentaba mucho afecto al partido del Rey, estaban muy pocos corazones de parte del Soberano; y si el tirano hubiese tenido ocho o diez sujetos capaces de conformarse y ejecutar sus deliberaciones, se hubiera visto seguramente representar en el Perú la segunda parte de la catástrofe

acaecida en las colonias Anglo-Americanas, y el nombre de Tupac-Amaru y el de sus subalternos, en los siglos venideros seria tan admirado y respetado como el de Washington y de los demas generales de aquella nueva republica.

Es innegable, que la general sublevacion que acabamos de experimentar, se estaba premeditando hacia mucho tiempo. Acreditan esto mismo infinitos documentos, tomados a los capitanes indios, por los cuales consta, se trataba de ella 10 anos antes que llegase el dia fatal de verificarla: y aun se hubiera diferido algun tiempo, si Tomas Catari hubiese sido capaz de manejarse con mas prudencia y circunspeccion. Tenia tratado el principal rebelde con este y otros indios los medios de sacudir el dominio espanol, en distintos viages que hizo por todas las provincias, para lo que le daba proporcion el oficio de arriero que profesaba. Tuvo noticias en Tungasuca, de que se habian adelantado a sus miras los movimientos de Chayanta, y receloso de que se descubriese la trama que tenia urdida, paso inmediatamente a la egecucion del proyecto, creyendo que, aunque se habia anticipado el tiempo, podia ser oportuna la ocasion, atendido el descontento que generalmente se manifestaba por los reglamentos espedidos de la Corte para el nuevo establecimiento de algunos ramos de real hacienda, que en nada perjudicaban a los indios, porque los exceptuaban las soberanas deliberaciones, siempre atentas a su beneficio y comodidad. No obstante esto, se ha querido despues atribuir maliciosamente a este motivo el unico origen de tantos males, sin examinar que, si contribuyo en parte, fue dimanado de la poca conformidad e imprudencia de los que debian admitir y obedecer aquellas disposiciones con la resignacion debida a los buenos y leales vasallos. Esto supuesto, ¿con que razon podra disputarse la causa primaria del levantamiento, cuando es una opinion que se destruye con tanta facilidad, que basta saber que en nada comprendian a los indios aquellas providencias, y que estos trataban y disponian la sedicion antes de pensarlas el ministerio? Digan cuanto quieran los peruanos sobre este particular, lo cierto es, que en el interior de todos ellos se aplaudia la general conmocion: sentian si hubiese sido un indio el autor, porque se les hacia muy duro doblar la rodilla a un hombre de esta casta, mirada en aquellos paises con menos consideracion que la de los esclavos: y no obstante esta repugnancia, estuvieron indecisos, hasta que vieron no se les cumplia, como se les habia prometido, la libertad de sus vidas y haciendas. No por esto pretendo disminuir la constante fidelidad de muchos, que ligados por las obligaciones de su nacimiento, lo hubieran sacrificado todo por el Soberano: solo deseo dar una idea positiva del estado en que generalmente se hallaban aquellas provincias.

Ya dispuesto por Jose Gabriel Tupac-Amaru lo mas preciso para emprender su meditada usurpacion, no se detuvo en mas reflexiones. Se hizo cargo que nuestra Corte estaba empeñada en sostener una guerra contra los

Ingleses, que ocupaban toda su atencion: que los excesivos clamores de los mercaderes y comerciantes, contra los nuevos impuestos repetidos muchas veces a los compradores, desde sus almacenes y mostradores, sin otro motivo que el de ver disminuida su excesiva ganancia, habian penetrado no solo los corazones de los indios, sino los animos de todos: que se prestaban gratos los oidos a las voces de libertad e independenciam, y que su propio corregidor, D. Antonio de Arriaga, estaba excomulgado por el Obispo del Cuzco, cuya providencia espedida imprudentemente por aquel prelado, en ocasion tan peligrosa, habia atraido contra el los animos de sus provincianos, creyo no podia presentarsele coyuntura mas favorable para establecer su dominio: y persuadido por todos accidentes que reconocia, hallaria un apoyo general para realizar su temerario intento, lo puso en egecucion. No se alejaba mucho de lo cierto, y hubiera visto seguramente verificados sus designios si, como empezo, hubiese seguido el metodo de admitir bajo sus banderas a cuantos se les presentaban, providencia eficaz, pero que inutilizaron la feroz condicion de sus comandantes, y la barbarie de unas tropas que no supieron obedecer las muchas y repetidas ordenes que tenia dadas, para que se egecutase de este modo, y para que no se ofendiese ni perjudicase a los espanoles criollos, mestizos, cholos y zambos, en sus personas ni bienes.

Bien penetradas por el Visitador General, D. Jose Antonio de Areche, y el Mariscal de Campo, D. Jose del Valle, las calamitosas funestas consecuencias que podian esperarse de la critica situacion en que se hallaba el reino, no malograron instante, y eligiendo por cuartel general la ciudad del Cuzco, dedicaron toda su atencion a buscar los medios para contener con prontitud los progresos y autoridad del rebelde, que cada dia se aumentaban extraordinariamente. Se abrieron las arcas reales para el acopio de viveres, municiones y artilleria; se ofrecieron premios; se asignaron sueldos y gratificaciones, y se depusieron las ideas economicas que se habian adoptado, y procurado establecer hasta entonces, conociendo no era ya ocasion de pensar en ellas, y si solo en destruir los proyectos del tirano, que daban mas cuidados de los que se tuvieron al principio de la conjuracion: y avivadas las disposiciones, con la actividad que requeria el peligro, se hallo en muy poco tiempo reunido un ejercito considerable, capaz de competir y superar al de los insurgentes.

Fuerza del ejercito destinado a obrar contra Jose Gabriel Tupac-Amaru.

Gefe principal. El Mariscal de Campo, D. Jose del Valle.

Mayor General. El Capitan D. Francisco Cuellar.

Ayudantes de Campo.

Los Tenientes de caballeria: D. Antonio Donoso.
D. Isidro Rodriguez.

El Alferez de idem, D. Francisco Lopez.

Primera columna.

Comandante, el Sargento Mayor de caballeria, D. Joaquin Balcarcel.
Segundo, el Coronel de milicias, Marques de Rocafuerte.

Fuerza de ella.

REGIMIENTOS.	HOMBRES.
Dragones de Cotabamba	100
Idem de Calca	60
Idem de Urumbamba	100
Idem de Abambay	25
Idem de Andaguaillas	25
Indios fieles de Tambo y Quebrada de Calca	2,000
TOTAL.	2,310

Segunda columna.

Comandante, el Teniente Coronel, D. Manuel Campero.
Segundo, el Teniente de infanteria, D. Jose Varela.

Su fuerza

Caballeria lijera	200
Idem del Cuzco	150
Idem de Quispicanchi	200
Idem de Andaguaillas	200
Infanteria de Lima	900
Indios fieles de Maras, Gayabamba y Chincheros	2,000
TOTAL	2,950

Tercera columna.

Comandante, el Teniente Coronel, D. Manuel Villalta.
Segundo, El Coronel de milicias, D. Matias Baulen.

Su fuerza.

Infanteria de Lima	100
Idem de Andaguaillas	300
Idem de Abancay	200
Compania del cacique Rozas	200
Idem de Lebu	100
Indios fieles de Tinta, Guarocordo, Suritti y Altos	2,000
TOTAL.	2,900

Cuarta columna.

Comandante, el Corregidor de Paruro, D. Manuel Urruz de Castilla.
Segundo, el Coronel de milicias, D. Isidro Guizasola.

Su fuerza.

Infanteria del Cuzco	100
Espanoles e indios fieles	2,900
TOTAL.	3,000

Quinta columna.

Comandante, el Coronel de infanteria, D. Domingo Marnara.
Segundo, el Corregidor de Cotabambas, D. Jose Acuna.
Tercero, el Corregidor de Chumbivileas, D. Francisco Laisequilla.

Su fuerza.

Infanteria veterana	100
Espanoles e indios fieles	2,900

TOTAL. 3,000

Sexta columna.

Comandante, el Coronel D. Jose Cabero.

Segundo, el Justicia Mayor de Paucartambo, D. Francisco Zelerio.

Su fuerza.

Infanteria, espanoles e indios fieles 550

Cuerpo de reserva.

Comandante, el Coronel de Dragones, D. Gabriel de Aviles.

Segundo, el Capitan de ejercito, D. Jose Leon.

Tercero, el Coronel de milicias, D. Gabriel de Ugarte.

Su fuerza.

Infanteria veterana de Lima 300

Idem de Guananga 200

TOTAL. 500

TOTAL. 15,210

=====

A mas de la fuerza espresada, se destinaron dos destacamentos, compuestos de 1,846 hombres, para tomar los puestos de Urubamba, Calca y Lares, con la mira de cortar la retirada al rebelde por aquella parte: y despues de haber dispuesto lo conveniente y necesario para la subsistencia del ejercito, se puso en movimiento el dia 9 de Marzo de 1781, con 6 canones, pertrechos y municiones correspondientes; y con arreglo a lo que habian espuesto los patricios del pais, se dio la orden a los comandantes de las columnas, para que dirigiesen su marcha, en esta forma. La 1. por Paucartambo, Quispicanche y Tinta. La 2. por la Quebrada de Quispicanche. La 3. por los Altos de Orocoroco, Quispicanche hasta Tungasuca y Tinta. La 4. por Paruro a Livitaca, Chumbivilcas, Yauri, y Coporaque de Tinta. La 5. por Cotabamba,

Chumbivilcas hasta Livitaca. La 6. por Paucartambo, Altos de Ocongari y Puestos de Azorayaste, y el cuerpo de reserva por los Altos de Orocoroco.

Puestas en marcha todas las columnas y el cuerpo de reserva por las rutas indicadas, empezaron desde luego a experimentar las mayores incomodidades, así por los excesivos aguaceros, granizos y nieves, que son muy frecuentes en aquellas elevadas y asperas montañas, como por la falta de viveres, lena y otros auxilios, que ocasionaba haber cerrado los rebeldes las comunicaciones con los pueblos fieles de donde podían y debían conducirse: cuyos pasos guardaban con tanta vigilancia, que las tropas del Rey llegaron a experimentar las mayores necesidades, y estuvieron espuestas en algunas ocasiones a ser víctimas del frío y de la hambre. Pero sufrieron entonces con laudable constancia todos estos trabajos, animados por el ejemplo del Comandante General, y demás oficiales que se desvelaban en mantenerlas vigilantes, para rechazar a los insurgentes, que muchas veces intentaron sorprender los campamentos, aprovechándose de la hora de amanecer: en cuyas ocasiones consiguieron siempre gloriosas ventajas, y rechazaron los ataques con conocido escarmiento de los contrarios, que dejaron en todos cubiertos de cadáveres los campos inmediatos.

Estas repetidas victorias nada mejoraban las necesidades y situación del ejército: crecían los obstáculos, y las escaseces aumentaban; de tal suerte, que considerándose ya D. José del Valle en una situación crítica y delicada, determinó variar de ruta para encaminarse a Tinta, donde tenía el rebelde el cuartel general y repuestos de guerra: y bajando para este logro una cañada situada entre elevadas montañas, halló un benigno temperamento, y tanta abundancia de alimentos, que su tropa consiguió reponerse en pocos días de sus pasados quebrantos, y continuar comodamente las marchas: bien que con muchas dificultades que superar, así por los estrechos pasos, como por las grandes y profundas cortaduras que los enemigos no supieron defender, ni menos aprovecharse de estas ni otras infinitas ventajas que le proporcionaban aquellos asperos terrenos, que en muchos parajes la naturaleza ha hecho inaccesibles. Sin embargo hicieron obstinada resistencia en algunos parajes y apostaderos menos fuertes, persiguiendo diariamente, por derecha e izquierda del camino, las marchas de nuestro ejército, particularmente en los desfiladeros, sin descuidarse en aprovechar la obscuridad de la noche, para rodear los campamentos y fatigarlos, obligando a la tropa a estar continuamente sobre las armas, sufriendo el fuego de su fusilería y de canon, que con facilidad trasportaban y apostaban a todas partes, por ser de pequeño peso y de poco calibre.

Tolerando siempre los insultos de los rebeldes, y las repetidas amenazas de sorprender al ejército, llegó a las inmediaciones del pueblo de Quiquijana, después de haber sufrido en todo el camino algún fuego de su

artilleria y fusileria. Aquellos vecinos habian sido los mas tenaces en el fomento y apoyo de la sedicion, fiados sin duda en la situacion ventajosa que ocupaban; de manera que, reconocida por el Comandante General, D. Jose del Valle, estimo, que para reducirlos era menester emplear muchos dias, y que no lo conseguiria sino a costa de mucha sangre, no obstante la impericia de los sediciosos; graduando la espugnacion de aquel puesto, capaz de detener dos meses a un ejercito aguerrido y numeroso, si le hubiesen ocupado y defendido enemigos de otra naturaleza. Pero hecho cargo de todo, determino acampar en sus inmediaciones, y desde luego fue saludado con el fuego de la artilleria y fusileria, que no causo efecto alguno, por estar apostada demasiado distante. Al amanecer del siguiente dia, el cura del propio pueblo dio aviso que los rebeldes lo habian abandonado, con el designio de reunirse al ejercito de su principal Gefe, Jose Gabriel Tupac-Amaru, que se hallaba en Tinta, habiendo cortado antes el puente, para retardar por todos terminos la continuacion de la marcha a nuestras tropas, y tambien impedir se les persiguiese y picase la retaguardia. Con este aviso entro el ejercito del Rey en Quiquijana, donde solo habian quedado las mugeres y hombres, que por su ancianidad o achaques no habian podido seguir a los demas. Todos se acogieron al asilo del templo, en donde con muchas lagrimas y senales de arrepentimiento, imploraban el perdon de sus vidas y el indulto de sus casas y haciendas, para que no fuesen entregadas a las llamas, como merecian. Todo se les concedio, y solo experimentaron el rigor del castigo, Luis Poma, Inca, primo del usurpador Jose Gabriel, y Bernardo Zegarra, su confidente, que pagaron con la vida en una horca sus atroces delitos.

Dadas las disposiciones mas precisas en el pueblo de Quiquijana para su seguridad y arreglo, continuo nuestro ejercito las marchas sin intermision de dias, y al llegar al primer campamento se presentaron los enemigos ocupando las proximas montanas, en cuya falta habian colocado un canon, y prevenido en las cumbres muchas piedras grandes y pesadas, a que dan el nombre de _galgas_, con el fin de arrojarlas y despenarlas para ofender a los nuestros en un estrechisimo desfiladero inevitable, contiguo a un rio caudaloso, que se habia de vadear precisamente. Para evitar el peligro se nombraron 100 fusileros de tropas ligeras con todos los indios auxiliares de Anta y Chincheros, a quienes se dio la orden para desalojar a los rebeldes de tres puestos muy ventajosos que ocupaban en la cresta de la montana en que estaban alojados, cuyo ataque emprendieron valerosamente; y tuvieron la fortuna no solo de conseguir el intento, sino tambien derrotarlos enteramente, a vista del resto de las tropas que esperaban el exito del suceso.

Al siguiente dia se tuvo noticia por un desertor de los enemigos, que habian colocado una bateria en la falda de otra montana, inmediata al camino que debia seguir nuestro ejercito, y que la defendian 10,000 combatientes. Se nombro inmediatamente una columna muy reforzada, para

que, tomando otra direccion, rodease la montana y subiese a dominar por la espalda a los rebeldes, y el Comandante General con el resto del ejercito se puso en marcha por la llanura: pero a la media legua tuvo que dar vuelta para evitar otra montana, y bajar a un valle muy ancho y espacioso, donde con mas desembarazo pudiesen maniobrar sus tropas. Luego que avistaron los rebeldes unas cargas de los indios de Tinta y Chincheros que se habian adelantado sin orden, las atacaron con la mayor intrepidez y osadia. Unos caballeros aventureros y los dragones de Lima y Caravaillo, que llevaban la vanguardia del ejercito, salieron a la defensa, y este motivo fue empenando sucesivamente las demas tropas con el grueso de los sediciosos, y se trabo la accion, en que fueron derrotados completamente, dejando en el campo de batalla un crecido numero de cadaveres, sin contar infinitos heridos que retiraron o se hicieron prisioneros, y aun el mismo Jose Gabriel Tupac-Amaru lo hubiera quedado, a no haberse libertado por la lijereza de uno de sus caballos, en que emprendio una precipitada fuga, y con tanto aturdimiento, que olvidandose del vado del rio que debia atravesar para ir a Tinta, se arrojó a nado por lo mas profundo, donde estuvo muy cerca de ser sumergido en las aguas, y de acabar en ellas su vida. Este accidente consterno mas y mas el animo del tirano, y determino huirse sin pasar por Tinta, y antes de poner en practica esta resolucio, escribio a su muger en los terminos mas pateticos y melancolicos, diciendules: _vienen contra nosotros muchos soldados y muy valerosos, no nos queda otro remedio que morir_. Se ignoraban en el ejercito estas ultimas particularidades, sin saberlas se puso de nuevo en movimiento, para seguir la marcha, con la resolucio de alojarse aquella noche en Tinta: pero no pudo verificarse, a causa de que el rio inmediato detuvo el paso a las tropas, por estar tan crecido, que no obstante las precauciones y activas providencias que tomo el Comandante General, D. Jose del Valle, no pudo evitar se le ahogasen dos hombres. En esta maniobra, siempre lenta y peligrosa en los ejercitos, se empleo lo restante del dia, y ya proxima la noche fue preciso acampar en las cercanias del pueblo de Cambapata, que dista del de Tinta una legua, y al clavar nuestras tropas las primeras estacas de las tiendas, rompieron los enemigos el fuego con tres canones, de una bateria que tenian colocada, pero siempre con el ordinario defecto de situarlos demasiado distantes, haciendo con esto las mas veces inutil su efecto, porque las balas no alcanzaban a nuestras tiendas, ni a otros objetos que se proponian ofender.

A las 2 de la manana del siguiente dia se mandaron salir 150 fusileros de las tropas lijeras, con los indios auxiliares de Anta y de Chincheros, para que ocupasen una montana que dominaba la llanura, por donde debia pasar precisamente el ejercito para dirigirse a Cambapata, cuyo pueblo reconocido, se noto le habian cercado los insurgentes, con una muralla de adobes, coronada y cubierta de espinos, para embarazar la marcha, y retardar cuanto les fuese posible la llegada de las tropas a Tinta. A las 4 de la misma manana, mando el mismo General situar una

bateria de cinco canones, en un puesto que dominaba la de los enemigos cuyo fuego perfectamente dirigido, produjo la ventaja, que lo abandonaren en menos de una hora, y que poco despues se presentasen 30 vecinos de Tinta, que afirmaron haberse ausentado de aquel pueblo toda la familia de Jose Gabriel Tupac-Amaru, llevandose la plata sellada, labrada, alhajas y demas efectos de valor, de que se habian apoderado desde los principios del alzamiento.

Con esta novedad mando inmediatamente el General batir tiendas, para transportarse con todo el ejercito al pueblo de Tinta, donde hallo el retrato del principal rebelde pendiente de la horca, sin averiguar el autor de aquella accion. Dispuso desde luego cuanto estimo conveniente, para celebrar serio acto, de hacer respetar el nombre de nuestro augusto legitimo Soberano, y despues despacho muchos destacamentos por distintas direcciones, con las ordenes mas eficaces, para que por todos terminos procurasen la captura de los fugitivos: con la prevencion de que la primera diligencia habia de dirigirse a cerrar el paso a los Andes por la provincia de Carabaya, a fin de que el rebelde y su familia no tuviesen el seguro asilo que se presumia buscasen en aquellas impenetrables asperezas, o se confundiese entre los indios barbaros.

No siguieron este intento los rebeldes, antes bien tomaron el camino de Langui; y como se habia hecho publica su ultima derrota, se atrevio a perseguirlos D. Ventura Larda, unido a otros vecinos de aquella jurisdiccion, que lograron arrestar al mismo Jose Gabriel, a su muger Micaela Bastidas, y a dos hijos, Hipolito y Fernando, que entregaron para su segura conduccion y custodia a unos de los destacamentos que habian ido siguiendo su alcance, y fueron conducidos al campo espanol, donde aquel mismo dia habian sufrido ya la pena de horca 67 rebeldes, que se arrestaron en aquellas inmediaciones, cuyas cabezas se colgaron en los parajes publicos, para escarmiento de los demas sediciosos; a quienes se les tomaron ocho canones de diferentes calibres, siendo el mayor del de a cuatro, 20 fusiles y escopetas, dos pares de pistolas, cuatro quintales de balas de canon y de fusil, otros tantos de polvora, 30 lanzas, y mucha parte de los robos y saqueos que habian hecho. Quedaron tambien prisioneros, de resultas de estos favorables y prosperos sucesos, Antonio Bastidas, cunado de Jose Gabriel, a quien habia nombrado Capitan General; Cecilia Tupac-Amaru, su media hermana; su primo, Patricio Noguera; el Coronel Jose Mamani; los Comandantes, el de artilleria, Ramon Ronce; Diego Ponce; Diego Verdejo, pariente del tirano; Andres Castelo, Felipe Mendizabal, Isidro Puma, Mariano Castano, Sargento Mayor; Diego Ortigosa, Asesor; Manuel Gallegos, plumario; Melchor Arteaga mayordomo de ganados; Blas Quinones, mayordomo mayor; Tomasa Tito, cacica de Acos; Jose Venela, confidente; Estevan Vaca, fundidor de artilleria; Francisco Torres comisionado principal; Lucas Colque, Comisario y alcalde; cuatro capitanes, dos tenientes, algunos soldados y negros huidos de particulares, entre ellos Antonio Oblitas,

esclavo de D. Antonio Arriaga, y el mismo que fue su verdugo en Tinta.

Después de arrestado el principal rebelde, su mujer, sus hijos y la mayor parte de sus gefes principales, parece debía esperarse una crisis favorable, que restableciese en su antigua quietud los animos alterados de aquellos naturales: pero lejos de esto, se puede asegurar empezó de nuevo y con más ligereza la rebelión, porque habiendo logrado la fuga Diego Cristoval Tupac-Amaru, medio hermano de Jose Gabriel, Mariano Tupac-Amaru, su hijo, Andres Noguera, y Miguel Bastidas sus sobrinos, por haber seguido diferente camino que los demás, consiguieron felizmente libertarse y establecer su residencia en la provincia de Azangaro, que continuo ciegamente a su devocion, con las circunvecinas de la Paz, y las del Collao, formando considerable partido para sostener sus ideas. A este intento dispusieron con las más activas y eficaces diligencias, reunir todos sus inicuos parciales, y acopiar muchas armas y municiones, para apoderarse de los prisioneros, al tiempo que fuesen conducidos a la ciudad del Cuzco, donde habia determinado remitirlos el Comandante General, D. Jose del Valle, para que sufriesen el castigo que merecian por sus gravisimos delitos. Penetradas por este gefe las intenciones de los rebeldes, aunque considero remoto pudiesen verificar su proyecto, no dejo de tomar todas cuantas medidas le dictaban su practica y esperiencia militar, para frustrar sus esfuerzos, y no esponerse a que por algun inesperado accidente o casualidad, recobrasen la libertad unos reos de aquella naturaleza: y persuadiendose que para su entera seguridad se requeria la presencia de su persona, determino escoltarlos con una columna muy reforzada, dejando el resto del ejercito en los campos de Quiquijana, Tinta y Langui, para que ocurriesen a cuanto pudiese suceder en el poco tiempo que calculo podia emplear en el viage; y dispuesto todo en la forma espresada, custodio a los delincuentes, hasta la puente de Urcos, donde se los entrego todos a D. Jose Cabero, Coronel del regimiento de dragones provinciales de Armaraes, que guarnecia aquel importante puesto, para que siguiese con ellos hasta la ciudad del Cuzco, e hiciese formal entrega de sus personas al Visitador, D. Jose Antonio de Areche, que se mantenia en ella, esperando el exito de las operaciones del ejercito, y tambien para providenciar cuanto fuese necesario a su resistencia.

Hasta esta epoca las tropas de Lima no habian experimentado sino felicidades, y aunque siempre vencedoras, y en todas ocasiones gloriosas, no pudo conseguir su general, imprimir en ellas la generosa resolucion de acabar la obra comenzada. El demasiado amor a sus familias y hogares, y el ambicioso deseo de recoger sus cosechas, motivaron una considerable desercion, que desvanecio cuanto tenia proyectado, pues no pudo verificar su retroceso desde la puente de Urcos, tan pronto como se lo habia propuesto; porque improvisamente se desaparecieron todos los indios de Anta y Chincheros, y la mayor parte de las tropas milicianas, en que consistia la fuerza del ejercito, respecto al corto numero de

veteranos que en el tenia Sucesivamente fue recibiendo avisos de los gefes de las demas columnas, en que le comunicaban iguales incidentes, ocurridos con las tropas de sus respectivos mandos, y tambien que habia sido atacada la de Langui por los rebeldes, mandados y dirigidos ya por Diego Cristoval Tupac-Amaru, las noches del 18 y 20 de Abril, en que tuvieron dos acciones muy sangrientas, en las cuales fue considerable la perdida del enemigo, y muchos los heridos de nuestra parte, siendo comprendidos en este numero el Comandante, D. Manuel Castilla, y algunos oficiales principales. Atendidas estas criticas circunstancias, fue preciso disponer con activas providencias, el pronto reemplazo de los desertores, en que se emplearon 11 dias, y verificada esta diligencia, se puso de nuevo en movimiento, con el cuerpo de tropas de su mando, forzando cuanto pudo sus marchas para dirigirse al pueblo de Sicuani de Su provincia de Tinta, con el intento de hacer entrar todo su ejercito en las del Collao, para pacificarlas y sugetarlas a la debida obediencia del Soberano.

A este fin dispuso que la columna del cargo de D. Manuel de Castilla, corregidor de Paruro, siguiese el camino del pueblo de Macari, donde habia de hacer alto, para esperar las ordenes posteriores. Que la de Cotabamba, mandada por su corregidor, D. Jose Maria Acuna, se encaminase para Checa, Quequi, Yauri y Coporaque, con el objeto de reducir estos pueblos a la obediencia de S.M., y para su mejor exito se le incorporaron los mestizos e indios de los pueblos de la provincia de Quispicanche, que el celo del presbitero D. Felipe de Loaira, natural y residente del pueblo de Oropesa, recluto de su propia voluntad, anhelando patentizar las veras, con que se interesaba en los favorables sucesos de las armas del Rey, gobernandolos y sirviendo al frente de ellos. Que otra columna de 1,000 hombres, al cargo del Coronel de Dragones del ejercito, D. Gabriel de Aviles, pasase a las cercanias del pueblo de Munoz, con el fin de adquirir noticias de aquel pais, y de castigar aquellos rebeldes: y el Comandante General, con el resto del ejercito, paso la raya que divide el vireinato de Lima con el de Buenos Aires, donde hallo la rebellion con el mayor furor y crueldad, porque Diego Cristoval Tupac-Amaru, su nuevo caudillo temerario, recelando que los blancos y mestizos de aquellas provincias lo arrestesen con traicion, en fuerza de los premios ofrecidos por su captura, eligio y puso en egecucion el barbaro partido de inundar asesinar indistintamente a todos los que no fuesen de su casta, sin reparar en la edad ni en el sexo, castigando y persiguiendo tambien a los curas y sacerdotes de aquellos territorios, que su medio-hermano Jose Gabriel habia tratado con mucha consideracion, y con el debido respeto a su sagrado caracter. Unianse a estas desgracias otra mayor, que era la de haberse formado por el tiempo, o poco antes, en el pueblo de Ayoayo, provincia de Sicasica, otro monstruoso caudillo de rebellion, mas cruel y sanguinario que todos los de su clase. Este fue Julian Apasa, indio pobre y desconocido, que de sacristan paso a peon de un ingenio, y despues sabiendose aprovechar

de las turbaciones suscitadas por los Tupac-Amaru, ayudado de otro, llamado Marcelo Calle, adquirió una autoridad tan gigante, que puso a su devoción en pocos días las provincias de Carangas, Sicasica, Pacajes, Yungas, Omasoyos, Larecaja, Chucuito y otras: y para que los indios de ellas tuviesen más respeto y veneración a su persona, y diesen más ascenso a sus persuasiones, se apellidó Tupac-Catari, juntando el de Tupac de José Gabriel, y el apellido de Catari, propio de los tres hermanos que fomentaron los primeros movimientos en la provincia de Chayanta. De este horroroso caudillo tendremos repetidas ocasiones de acordarnos cuando sea tiempo de referir los sucesos lastimosos que originó a estos reinos. Volvamos ahora a las tropas del virreinato de Lima, y a seguir la serie de sus operaciones.

Continuó el Comandante General, D. José del Valle, las marchas, como lo había pensado, para entrar en la jurisdicción del virreinato de Buenos Aires: al acercarse a la Pampa de Quesque, donde pasó la noche, se avistaron como 100 rebeldes, que tuvieron la osadía de hacer fuego a la vanguardia del ejército, con solos tres fusiles, acompañando esta hostilidad de repetida y descompuesta gritaría, en que decían a los nuestros que no eran tan cobardes como los de la provincia de Tinta, que acababan de vencer, y que luego experimentarían que era muy diferente el brio y la constancia de los indios del Collao. Cuando acabaron de descubrir nuestro ejército, se subieron a la cima de un monte muy alto, cubierto de nieve, donde iban retirando todo su ganado. El Comandante General nombró a D. Antonio Ternero, Sargento Mayor del regimiento del Cuzco, para que con 80 fusileros subiese a castigar su atrevimiento: lo que ejecutó este oficial bizarramente, matando doce rebeldes, y quitándoles algunos caballos y mucho ganado lanar que condujo al campo; y poco después se supo por cuatro prisioneros, que los vecinos del pueblo de Santa Rosa eran los más afectuosos distinguidos parciales de las glorias de Tupac-Amaru, y que le habían acompañado en sus más arduas empresas, con lo que determinó el General castigarlos, y para este intento se puso en marcha para dicho pueblo. Entró el ejército en él sin resistencia, y cercando la plaza mayor improvisamente, se quitaron todos los que allí estaban, para que sufriesen la pena de muerte, cuyo castigo se verificó en 20, habiendo acaecido por justa providencia del Todo-Poderoso que recayese la suerte en los más famosos capitanes e inmediatos dependientes del rebelde, según se verificó después por los que quedaron vivos. Pero, sin embargo que de esta providencia resultó la mayor fidelidad en los vecinos de aquel pueblo, nunca puede aprobarse semejante procedimiento, por más que se haya apoyado con las ventajas que resultaron de haberse unido al ejército, y sufrido con extraordinaria constancia las persecuciones y subsidios que les hicieron padecer los que continuaron sublevados.

Continuó el ejército al pueblo de Orurillo, donde solo halló algunos ancianos y pocas mugeres, y preguntado su teniente de cura, D. Juan

Bautista Moran, cual era la causa porque aquellos vecinos habian abandonado su domicilio, espreso que no habian alcanzado sus suplicas y persuasiones, para convencerlos a que esperasen tranquilamente la llegada de las tropas del Rey, porque estaban empenados con la mayor obstinacion en negarle la obediencia, y seguir las sediciosas banderas de rebelion: procedimiento que obligo al Comandante General a procurar la captura de algunos: y habiendo conseguido hacer dos prisioneros, fueron pasados inmediatamente por las armas, y despues publicado que seria castigado aquel pueblo y sus vecinos con todo el rigor de la guerra, una vez que obstinadamente querian separarse de la debida obediencia de su legitimo dueno. Cuya providencia, entendida por algunos de los que se hallaban presentes, que observaron tambien las demostraciones cristianas que practicaron algunos individuos del ejercito, produjo el efecto de que pasasen en busca de sus parientes y amigos, y los persuadiesen a que se presentasen sumisos, como efectivamente lo consiguieron; y en breve tiempo se vieron venir en cuadrillas, ansiosos a porfia de prestar la obediencia al Rey, jurando ser en adelante sus fieles vasallos. Consecuente a las ordenes que tenia el Coronel D. Gabriel de Aviles, se hallaba ya acampado con su columna en las inmediaciones de Orurillo: el que en su transito por Munoa, mando atacar por un destamento de 90 hombres a un trozo de rebeldes que ocupaba aquellos altos, los que fueron derrotados con perdida de 150 hombres muertos, que ocasiono haber hecho una obstinada resistencia, no obstante que su total no ascendia mas que a 400; y que habiendo sabido el 6 de Mayo se hallaban mas de 100 rebeldes, ocupando unos murallones antiguos de un cerro, llamado Ceasiri, mando asaltarlos y rodearlos: pero a poco rato de un vivisimo fuego de nuestra parte, vieron venir como 500 enemigos, montados y armados con buenas lanzas, que embistieron a los nuestros por tres distintas partes, con la mayor resolucion y bizzarria; sin embargo de que el cuerpo que atacaba, se componia de 20 fusileros, 80 milicianos y 600 indios de Chincheros, que esperaron oportunamente, y a poco rato lograron la victoria, derrotando a los rebeldes, que dejaron en el campo de batalla mas de 100 muertos, y de nuestra parte solo lo fueron un sargento de caballeria y dos indios de Chincheros, quedando heridos el capitan y el teniente de la compania de Andaguallas. Reunida esta columna al ejercito, continuo la ruta hacia el pueblo de Asillo, que igualmente hallo del todo abandonado y desierto. Solo su cura, D. Jose Maruri, salio a recibir al Comandante General, sin mas acompanamiento que cuatro criados, y le manifesto que todos los vecinos habian desamparado sus habitaciones asi que descubrieron las tropas de la vanguardia: que unos opinaban se presentasen rendidos a implorar el indulto de sus delitos, y otros insistian en que fuesen a incorporarse con los de la provincia de Azangaro, para oponerse al paso de las tropas. Pero poco despues se averiguo que las razones de este eclesiastico eran disimuladas, producidas con la mas inicua malicia, y que era uno de los que habian concurrido mas al fomento de los principales rebeldes, induciendo a los

vecinos de su doctrina, para que se alistasen bajo sus banderas: y no contentandose con haber cometido esta maldad, les habia auxiliado tambien con sus caudales y efectos. Bien asegurado el Comandante General de tan inicuo procedimiento, mando secuestrar todos sus papeles, y con ellos se confirmo la perversa conducta que habia tenido porque se hallo una seguida y amigable correspondencia con Jose Gabriel Tupac-Amaru, y tambien con Diego, que continuaba los injustos designios de su hermano: y hallando confirmados sus atroces delitos por los documentos interceptados, se le mando aprisionar con un par de grillos, y se remitio a la ciudad del Cuzco, para que en vista de todo resolviese el Visitador General, D. Jose Antonio de Areche, se le formase causa, o le mandase imponer el castigo que considerase justo. Y para escarmiento de aquellos infieles vasallos se dispuso tambien que D. Gabriel de Aviles saliese la misma noche a la cabeza de un destacamento bien reforzado, con la orden de que al amanecer el siguiente dia, se hallase en la falda de una montana en que se habian situado para rodearla, y tratarlos con todo el rigor de las armas, como efectivamente lo egecuto, matando mas de 100 y quitandoles muchas mulas, caballos y lanzas, sin haber perdido un hombre de nuestra parte, ni haber sido posible acabar con ellos porque huyeron precipitadamente por caminos tan asperos y pantanosos, que era inutil seguirlos para alcanzarlos.

Al dia inmediato continuo la marcha nuestro ejercito, y a poco rato avisto el famoso monte nombrado _Condocuyo_, donde el ano de 1740 o de 41 hicieron una obstinada defensa los indios de la provincia de Azangaro, contra su corregidor, D. Alfonso Santa amotinados sobre quejas de crecidos repartos que les habia hecho a los que, no pudiendo reducir por la fuerza, se vio precisado a cercarlos y rendirlos por hambre. Estaba este monte coronado de enemigos con banderas, cajas y clarines, cuyo rumor acompanaban de repetidas y desentonadas voces, que formaban un conjunto ruidoso tan grande, que parecia estaba ocupado por 100,000 hombres; repitiendo incesantemente los gritos, todos dirigidos a injuriar e insultar nuestras tropas. Habia tambien en la llanura considerable numero de rebeldes, que a toda diligencia retiraban a las alturas sus tiendas, muebles y ganados. Los batidores acometieron a todo golpe, contraviniendo a las ordenes con que se hallaban, y lo egecutaron precipitadamente y con tanta desunion, que los rebeldes cayeron sobre ellos determinadamente, y no pudiendose defender ni libertar los prisioneros, ocasionaron tambien la muerte de quince dragones de las tropas de Lima que los seguian, sin que fuese dable evitar este sensible y desgraciado suceso la vanguardia, que a paso largo procuraba acercarse para el efecto.

Proximo ya todo el ejercito espanol al de los insurgentes, y ocupada la falda del citado monte de Condocuyo, los indios de Anta y Chincheros les gritaban que si bajaban a dar la obediencia a S.M. serian perdonados de buena fe, y se restituirian tranquilamente a sus casas: pero ellos

obstinados les respondieron con audacia, que su objeto era dirigirse al Cuzco, para poner en libertad a su idolatrado Inca, y que en este concepto siguiesen su camino si les acomodaba. Se supo despues por algunos prisioneros, que mandaba el campo de los rebeldes D. Pedro Vilca-Apasa, comandante nombrado por el caudillo Diego Cristoval Tupac-Amaru, y que tenia en el ejercito todos los indios de las provincias de Azangaro y Carabaya.

Bien examinada la situacion de los sediciosos, y que era inutil reducirlos por medios suaves, se determino el ataque para el dia siguiente, que el Comandante General ordeno, dividiendo su ejercito en cuatro columnas, para que, situandose en distintas posiciones, acometiesen a un tiempo la montana, destinando una de ellas solo con el objeto de girar los enemigos y tomarlos por la espalda, a fin de que batiese y persiguiese a los que fugitivos que escapasen de las tres restantes: la cual se puso en movimiento dos horas antes que las otras, y todas con la prevencion de no moverse hasta la senalada para el ataque. Consecuente a estas prevenciones, se coloco cada una en el puesto que tenia senalado, y al disparo de dos tiros de canon empezaron a subir determinadamente, y los rebeldes salieron al encuentro con igual resolucion, y en poco rato se hizo general el combate, en que los enemigos hicieron una obstinada resistencia, favorecidos de unos corrales que estaban fortificados desde el ano de 1741, y entonces habian puesto en estado de la mejor defensa. Apostados en ellos, lograron rechazar al Teniente Coronel de ejercito, D. Manuel Campero, que a la cabeza de una columna de 1,500 hombres los ataco por su izquierda con denuedo y bizarría: pero los enemigos resistieron igualmente, sufriendo un fuego muy vivo de su fusil, porque estaban empenados en sostener y defender un paso muy preciso por donde habia de subir. Nuestras tropas acreditaron este dia su teson y brio, y no poca constancia los rebeldes; hasta que superados por los nuestros, a que contribuyeron tambien los indios de Anta y Chincheros, fueron desalojados y puestos en fuga, dejando en el campo de batalla mas de 600 cadaveres, sin poderse averiguar el numero de heridos que serian muchos, porque sufrieron un excesivo fuego de nuestra parte, hecho casi siempre a distancia de medio tiro de fusil.

Duro la resistencia y lo mas caloroso del combate cerca de dos horas; tuvimos bastantes muertos y heridos, por la constancia con que los rebeldes resistieron los esfuerzos de las tropas del Rey: y para dar una idea del estado en que estaban estos indios, y que dista mucho de la sencillez y pusilanimidad en que los encontraron nuestros primeros conquistadores, referire dos casos, que no solo acreditan, sino que comprueban la barbara obstinacion que los poseia. Un indio, atravezado con una lanza por el pecho, tuvo la ferocidad de arrancarsela con sus propias manos, y despues seguir con ella a su enemigo, todo el breve tiempo que le duro el aliento: y otro, a quien de un bote de lanza le

sacaron un ojo, persiguio con tanto empeno al que le habia herido, que si otro soldado no acaba con el, hubiera logrado quitar la vida a su adversario. Las operaciones de las tropas del vireinato de Buenos Aires nos daran ocasiones de referir otros ejemplares de esta naturaleza, que comprobaran ha sido milagrosa la pacificacion de estos reinos, y que la mano poderosa del Dios de los ejercitos quiso conservarlos bajo el suave dominio de nuestro augusto Monarca, D. Carlos III, el cristiano, el justo, el magnanimo y el mas clemente de los Soberanos.

Perdieron este dia los rebeldes cuanto tenian en su campamento: se les quitaron muchas mulas, caballos, ganados de todas especies, muebles, efectos, y en particular los viveres, que habian acopiado para algunos meses: huyeron dispersos por todas partes los que escaparon de la accion, y el ejercito del Rey, al dia se encamino al pueblo de Azangaro, capital de la provincia de este nombre, que tambien estaba desierto como los demas, y solo se hallo en el al teniente de cura, que informo al General se habia visto precisado a consumir las formas consagradas, temiendo las profanasen los sediciosos, pues habian intentado muchas veces quitarle la vida y robar las alhajas de la iglesia. Se mando acampar a media legua, para ocupar el centro de las columnas de Paruro y Cotabamba, que habian llegado a aquellas inmediaciones dos dias antes, y a poco rato se supo por un prisionero, que Diego Cristoval Tupac-Amaru y sus sobrinos se retiraban con las tropas que los seguian, rechazados de la villa de Puno, despues de haberla combatido cuatro dias consecutivos, y que toda la noche anterior y aquel dia, habia pasado muy cerca de la columna de Paruro, que solo distaba del cuerpo del ejercito como una legua. Mando inmediatamente el Comandante General fuese a informarse el coronel del regimiento de caballeria del Cuzco, Marquez de Rocafuerte, quien a breve rato volvio acompanado de D. Isidro Guiasola, su segundo comandante, que la mandaba desde que fue herido el primero, D. Manuel de Castilla, y ambos le certificaron ser cierto cuanto habia declarado el prisionero.

Reconvenido Guisasola por el general de su descuido, en no haber dado parte de una novedad de tanto peso, se disculpo con diferentes excusas insubstanciales, que dieron bastante merito para arrestarle y ponerle en consejo de guerra, como justamente merecia: pues no hay duda fue causa, de que el tirano Diego Cristoval y sus sobrinos lograsen la fuga, que no hubieran conseguido seguramente, si este comandante y las tropas de su columna hubiesen cumplido con la vigilancia y actividad que eran precisas en ocasion tan critica. No dejaron por esto de practicarse algunas diligencias para su captura, porque se supo tambien por contestes noticias, que los citados rebeldes habian dormido aquella noche en la hacienda de unos de sus confidentes, que solo distaba legua y media del campamento. Salio en su seguimiento a las 11-1/2 de la noche el coronel de dragones, D. Gabriel de Aviles, con un destacamento de 200 hombres, pero fueron inutiles sus diligencias, y retrocedio confirmando

habian dormido los rebeldes principales en el mismo paraje indicado, y que sin la menor duda hubieran sido arrestados si los hubiese perseguido la columna de Paruro como debia.

Al amanecer el dia inmediato, se puso en marcha el Comandante General, tomando el camino de Putina, con el intento de hacer todo esfuerzo para alcanzar los gefes de la rebelion; pero la misma tarde supo por un prisionero, que seguian otra direccion; y habiendola tambien variado al siguiente dia, no consiguio otra cosa que certificarse era inutil seguirlos, porque se retiraban aceleradamente a la provincia de Carabaya, casi abandonados de todos los suyos, y porque escasamente les seguian 100 personas de ambos sexos; pero todavia manifestando, no desistian continuar la rebelion con empeno y constancia, afirmando a los habitantes de los pueblos por donde transitaban, iban a buscar unas columnas de leones, tigres y otras fieras, para que devorasen al ejercito espanol, consiguiendo con estas barbaras fantasias, que los idiotas de aquellos infelices y desgraciados paises les creyeran y prestasen una ciega obediencia. Se supo tambien al mismo tiempo, por diferentes prisioneros, que contestes hicieron uniformes relaciones al General, que los indios de las provincias de Chucuito, Omasuyos y Pacajes, continuaban el sitio de la villa de Puno, y que la tenian reducida a tales terminos, que estaba muy cerca de rendirse.

Con estas noticias se dispuso, que un destacamento de 1,000 hombres de caballeria y 2,000 indios auxiliares de Anta, al cargo del Mayor General del ejercito, D. Francisco Cuellar, se pusiese en marcha a dobles jornadas para la provincia de Carabaya, no solo con el objeto de perseguir y procurar arrestar a los traidores, antes que se acogiesen a los Andes, si no tambien para que castigase a aquellos infames provincianos, que han sido, entre los que nos han aborrecido, los enemigos mas tenaces del nombre espanol. Las provincias de Paruro y Chumbivilcas, continuaban todavia en sus alborotos. A contenerlos se destacaron D. Manuel Castilla, corregidor de la primera, y D. Francisco Laizequilla, justicia mayor de la segunda, para que se dirigiesen sin perdida de tiempo a pacificarlas con las tropas de ellas mismas, que servian en el ejercito: y el Comandante General con el resto de el determino encaminarse a Puno con la mira de libertar aquella villa de los conflictos en que se hallaban, y adquirir seguras noticias del estado de la ciudad de la Paz, los Charcas y demas provincias de la Sierra, cuya suerte ignoraba enteramente, por haber los rebeldes cerrado los pasos y tener interceptada toda comunicacion con ellas.

Habiendose puesto en marcha con este intento, campo aquella noche en Ocalla, en cuya proximidad se hallo muerto al P. Fray Jose Acuna, religioso del Orden de Santo Domingo, conventual del Cuzco, y encargado de una de las haciendas que posee esta religion en aquellos territorios. Al siguiente dia continuo el ejercito la marcha, y a la media hora se

avisto desde una llanura muy dilatada el elevado monte de Puquina Cancari, casi todo de piedra, y tan escarpado que no tiene mas subida que la de una senda tan angosta como dificil. Al aproximarse la vanguardia, un soldado dragon, que se hallaba inmediato al General, le advirtio que en una canada, situada al frente, reconocia como dos o tres indios: pero creyendo serian algunos vecinos de aquel valle, que ignorando la clemencia con que se les trataba, se habian acogido a aquellas asperezas, temerosos del castigo que merecian, mando que no los incomodasen ni les hiciesen dano alguno, y siguió adelante hasta un _ayllo_, que distaba un cuarto de legua: cuyos vecinos, que serian como unos 80 de ambos sexos, salieron a recibir las tropas del Rey, y puestos de rodillas delante del General, pidieron con muchas lagrimas les perdonase sus delitos. Condescendio a sus ruegos, y mandandoles presentar todos los costales de papas que tuvieran para abastecer el ejercito, que estaba muy escaso de pan, ofreciendoles se los pagarian de buena fe, a sus justos precios en sus propia presencia. A este tiempo, D. Jose Maria Acuna, comandante de la columna de Cotabamba, llego a todo galope a dar aviso al General, que se habia visto precisado a hacer alto con la retaguardia, cerca del monte por donde acababa de pasar el resto del ejercito, porque los indios que estaban en el, habian tenido la osadia de hondear y precipitar galgas a la tropa, no obstante que su numero no excedia de 100 personas de ambos sexos.

Con este aviso se destinaron 80 fusileros, para que castigasen aquel atrevimiento, a la verdad no esperado, a vista de todo el ejercito, y mandado suspender la marcha, retrocedio el mismo General con el regimiento de caballeria del Cuzco, para rodear al monte por su falda, e impedir escapase ninguno de aquellos atrevidos sediciosos. Pero ellos, lejos de intimidarse con la inmediacion de las tropas que se dirigian al ataque, se mantuvieron obstinados, sin pensar mas que en morir o defender el puesto, que ocupaban con la mayor intrepidez y osadia, favorecidos de ambas piedras muy altas, que los ponian a cubierto, sin hacer caso de las ofertas del perdon, que les hacia un oficial de las tropas de Cotabamba, a quien con furor respondian, que antes querian morir que ser indultados. Enardecidas las tropas de esta barbara resolucion, los atacaron con el mayor ardor, y ellos fueron cediendo hasta la cresta del monte, donde considerando ya era imposible escapar de las manos de sus contrarios, eligieron muchos el desesperado partido de despenarse, precipitandose desde una altura de mas de 200 varas, para hacerse pedazos antes que rendirse, y los restantes buscaron por asilo los concavos de las penas, desde donde hacian los ultimos esfuerzos para la defensa, sin hacer el menor aprecio de las repetidas voces que les gritaban nuestros soldados, ofreciendoles de nuevo el perdon, compadecidos de la situacion en que se hallaban. Pero nada fue bastante a disminuir aquella ferocidad, y fue preciso que algunos de los nuestros con evidente peligro de sus vidas los buscasen, para sacarlos de las profundas cuevas en que se habian metido, donde se dejaron hacer

pedazos, antes que entregarse: y hubo rebelde, que ganando el tercio del fusil al soldado que lo perseguia, forcejeo atrevidamente con intencion de despenarle, y lo hubiera conseguido por lo escarpado del terreno, si no lo socorriese prontamente un companero suyo. De este modo siguieron la defensa, hasta que murieron todos los que tuvieron la temeridad de emprenderla: cuyo hecho se hara muy dudoso, a cuantos por las distancia o por el equivocado concepto en que habian tenido hasta ahora a los indios del Peru, no puedan hacer un cabal juicio del valor con que despreciaron sus vidas, por sostener tan terrible sedicion.

Se iba ya acercando el ejercito a las inmediaciones de la villa de Puno, y para tener noticias positivas de su situacion, determino el Comandante General despachar un propio a D. Joaquin Antonio de Orellana, que mandaba en ella, y entre otras prevenciones, le decia, iba a toda diligencia a socorrerle con fuerzas poderosas, y que le adelantase las noticias del estado en que se hallaba el pueblo de Juliaca. Pero en seguida de la marcha entro en el, y no hallo la respuesta, que no recibio hasta por la noche, cuando estaba ya acampado a seis leguas de distancia; donde llevo un oficial de la guarnicion de aquella villa, con la respuesta de su comandante, en que participaba hallarse sitiado todavia por 12,000 indios, que seguian las banderas de Tupac-Catari, quienes los combatian con el mayor teson, y que sus tropas se hallaban cansadas por los repetidos asaltos que habian sufrido y rechazado. Que habia temido por instantes perecer con todos sus soldados y vecinos, a manos de los sitiadores, porque habian hecho empeño de rendirlos por la fuerza o por el hambre: pero que habian cobrado nuevo aliento, y tenido el mayor consuelo con la noticia de la proximidad de las tropas del Rey; manifestandolo desde luego con la demostracion de dar las debidas gracias al Todo Poderoso, por una felicidad que no esperaban, anunciandola a los rebeldes con un repique de campanas y repetidas salvas de la artilleria y luminarias. Pero que estos, lejos de sentir aquel accidente, impuestos de la novedad por un indio desertor, habian hecho iguales demostraciones de jubilo, con sus cajas, bocinas y repetidas algazaras, voceando a los sitiados, que el ejercito del Rey que acababa de llegar, y venia mandado por el Visitador General de estos reinos, D. Jose Antonio Areche, iba en su favor a castigarlos, por los muchos indios que habian muerto, y que luego verificarian que Jose Gabriel Tupac-Amaru habia procedido en virtud de orden de S.M., cuyas espresiones eran solo el efecto de la sagaz politica con que el caudillo Tupac-Catari y sus capitanes los tenian seducidos y enganados.

Hizo animo el General de pasar aquella noche dos leguas de Puno, con el fin de presentarse a su vista al siguiente dia muy temprano, y tener el tiempo suficiente para la operacion que conviniese practicar, y tomar las disposiciones que fuesen necesarias: pero a las dos de la tarde tuvo aviso que los rebeldes la habian asaltado de nuevo, con intento de pasar a cuchillo a todos sus defensores, antes que recibiese el socorro que

esperaba. Acelerose la marcha, y a las 4 de la tarde se hallo el ejercito en frente de la villa, y vio el General acreditado cuanto le habian informado. Con la presencia de las tropas del Rey suspendieron los enemigos al momento la accion, retirandose a un monte inmediato, bastante elevado, y el ejercito campo en su falda por ser ya tarde, y hallarse los soldados muy fatigados de la marcha, con resolucion de atacarlos la manana siguiente: a cuyo fin se le previno a Orellana, que en el momento que observase empezaba el ataque, hiciese una salida con la guarnicion, para cortarles la retirada. Cuando se estaban tomando todas las disposiciones para verificarlo, llego al campamento el corregidor Orellana, acompanado de muchos oficiales, y llenos de gozo refirieron, que los rebeldes habian desamparado aquella noche su situacion, y que segun se reconocia, se habian dividido en varios trozos, siguiendo cada uno distinta direccion.

Manifestaron con las mayores demostraciones de alegria su agradecimiento, y aseguraron se habrian retirado y abandonado el pueblo, si el corregidor de Arequipa, Baltasar Semanat, les hubiese dado el auxilio que le habian pedido, para conseguirlo sin el riesgo de ser interceptados. Se presento tambien el presbitero D. Casimiro Rios, natural de Puno, que fue preso por los rebeldes en el camino de Arequipa, aprovechando para su fuga la precipitacion con que los sediciosos se habian retirado. Este informo, que mandaba el ejercito de los rebeldes un indio llamado Andres Guara, como general de Catari, quien para persuadir a sus subditos que su fuga no dimanaba de la presencia de las tropas espanolas, les hizo creer levantaba el campo por hallarse muy enfermo, con el fin de irse a curar a su patria.

De este modo se libertaron los constantes vecinos defensores de la villa de Puno, que por tanto tiempo habian sufrido un obstinado sitio, rechazando los ataques de los rebeldes de ambos partidos; esto es, de los que hostilizaban por la parte de Chucuito, que obedecian a Julian Apasa, apellidado Tupac-Catari, bajo el titulo de virey de Tupac-Amaru; y por la otra de los esfuerzos de los indios de las provincias de Azangaro, Lampa y Carabaya, que bajo las ordenes de diferentes caudillos, y aun de las de Diego Cristoval Tupac-Amaru, procuraron con la mal obstinada constancia rendir aquella villa y sacrificar a su furor las vidas de todos sus habitantes, a cuyo empeno les estimulaba la consideracion, de que quitada esta barrera, quedaban enteramente a su disposicion todos aquellos dilatados dominios, y que en ellos no estaba ya por el Rey otra ciudad que la de la Paz, que consideraban tambien en sus manos, siempre que pudiesen reunir las fuerzas y dedicarse a su espugnacion con empeno, como lo habian ya principiado: graduando aquella empresa, la unica que les faltaba para afianzar su tirano dominio en todas las provincias de la Sierra, como se vera mas adelante, porque ahora se hace preciso retroceder algunos pasos para tomar desde su origen el sitio de Puno, y los motivos que obligaron a su corregidor, D.

Antonio de Orellana, a formar el proyecto de resistir a los rebeldes en aquel pequeno recinto: resolucion que justamente merece se traslade a la posteridad, a fin que la constancia, fidelidad y espiritu de este vasallo, y de los demas que le acompanaron, sirvan de estimulo para imitar una accion que es tanto mas admirable, cuanto en el no concurrían ni el menor conocimiento, ni los principios del arte de la guerra.

Divulgado el atroz atentado cometido por Jose Gabriel Tupac-Amaru con su corregidor, D. Antonio Arriaga, que las provincias de Cailloma y Chumbilvicas desde luego le habian prestado la obediencia, y que intentaba apoderarse de las otras, el de la de Lampa, D. Vicente Ore, deseoso de ahogar en sus principios el violento incendio de rebelion que comenzaba a experimentarse, como mas cercano a la de Tinta, libro los correspondientes exhortos a los corregidores de Azangaro, Carabaya, Puno, Chucuito, Arequipa y la Paz, para que le socorriesen, con el intento de hacer todos los esfuerzos que le fuesen posibles, y desvanecer las ideas del rebelde. Reunidas, pues, la fuerzas en la capital de Lampa, y nombrado por comandante de todas ellas D. Francisco Davila, oficial que habia sido de marina, se delibero que D. Antonio de Orellana marchase con su gente al pueblo de Ayabiri, para reforzar aquel importante puesto que se reputaba como frontera: pero a las dos jornadas recibio orden de retroceder, juntamente con 100 hombres mas que conducia a sus ordenes, como efectivamente lo verifíco, restituyendose otra vez a Lampa. Al propio tiempo se libro la misma providencia al Coronel de milicias de Azangaro, y al Teniente Coronel de las de Lampa, que le ocupaban con algunas tropas de sus respectivas provincias: pero estos representaron, exponiendo algunas consideraciones que acreditaban su dictamen de mantenerse en el. Sin embargo de lo expuesto por aquellos oficiales, comprendiendo que era absolutamente necesario reunir las fuerzas en un punto para obrar de concierto, y con el debido conocimiento de ellas, se les repitió la orden para que sin perdida de tiempo practicasen lo que anteriormente se les habia mandado pero cuando la recibieron estaba ya tan cerca el enemigo, que no pudieron verificar su retirada sin confusion, cayendo muchos en manos del rebelde, y juntandosele otros, ya fuese con la vil idea de seguir sus infames banderán, o por asegurar sus maximas, fiados en las ofertas que habia publicado.

Este suceso consterno no poco los animos, y se determino juntar un consejo de guerra, para resolver lo que se habia de egecutar, atendida la situacion en que se hallaban, y las ventajas conseguidas por el rebelde en Sangarara y otros parajes, y a que tambien habian caido en sus manos en Ayabiri, la mayor parte de la polvora y balas que se habian acopiado para la defensa. El Coronel y Teniente Coronel del regimiento de las milicias de caballeria de Lampa hicieron tambien presente en aquella ocasion, que sus milicianos eran igualmente sospechosos, por el efecto que habia causado en sus corazones el artificioso atractivo de

las promesas del usurpador; y atendidas todas estas circunstancias, se tomo el partido de retirarse al pueblo de Cavanillas lo que tampoco se practico, a causa que las referidas milicias no quisieron reunirse, ya fuese por los motivos espresados, o porque, poseidas del temor, repugnaron obedecer aquella disposicion, y solo la pusieron en practica las de Paucarcolla y Chucuito, dirigidas por sus corregidores, Orellana y Moya, que llegaron con los de Lampa, Azangaro y Carabaya al pueblo indicado, desde donde salieron los tres ultimos para la ciudad de Arequipa, en solicitud del auxilio que de antemano habia pedido Ore, y los dos primeros volvieron a ocupar sus respectivas provincias, con las tropas milicianas de ellas, donde permanecieron algun tiempo con la resolucion de defenderse: pero sabiendo que Tupac-Amaru se hallaba en la capital de Lampa, receloso el de Chucuito de los movimientos de sus provincianos, que estaban ya muy inquietos, se retiro a Arequipa, y aun Orellana. Hostigado de los clamores de los vecinos, que deseaban poner a salvo sus vidas y haciendas, se vio precisado a buscar un seguro asilo, a 12 leguas de distancia de aquella villa, y esperar con menos sobresalto el socorro que tenia pedido, acompañado solamente de los pocos que estuvieron enteramente determinados a seguirle, quitando por este medio la ocasion de que aquellas provincias intentasen tal vez redimir sus intereses del indulto que recelaban, con el atentado de arrestar su persona, para entregarla despues al caudillo de la rebelion, como lo solicitaba.

Verifico su determinacion el 11 de Diciembre de 1780, despues de haberse divulgado por cierto, que Jose Gabriel habia pasado por Lampa, y que con su ejercito se encaminaba a largas jornadas hacia Puno. Mando antes de ponerla en practica, juntar todos los vecinos que se quedaban, y animando sus espresiones cuanto pudo, les exhorto con viveza a que conservasen la mayor fidelidad a nuestro legitimo Soberano, y que se precaviesen de la sedicion y enganos del tirano: y dejando asegurada las pocas armas que tenia, para que no se apoderase de ellas el enemigo, marchó sin perdida de tiempo hacia la Sierra, donde se mantuvo, hasta que adquirio noticia, de que despues de cometidos muchos estragos e infamias en la provida de Lampa, y dejado secretamente la orden a sus propios provincianos, para que lo prendiesen y se lo entregasen, habia retrocedido inopinadamente hacia las provincias del vireinato de Lima, con las tropas que le seguian, reflexionando serian otros graves y semejantes motivos, los que retardaban el socorro que habia pedido a los corregidores de la Paz y Arequipa: y para restablecer en la debida obediencia las nueve provincias que habian abrazado el infame partido del rebelde, determino pasar en persona a Arequipa, para acalorar las instancias, a fin de que se le auxiliase como lo habia pedido.

Las ordenes superiores de los gefes de aquel vireinato, cuya atencion llamaban las operaciones y aprestos que se prevenian en el Cuzco, frustraron la solicitud de Orellana, y D. Baltazar Semanat, corregidor

de Arequipa, se nego enteramente a sus instancias y pretensiones. Estas dificultades y embarazos encendieron el corazon de Orellana, y resuelto a seguir la propia suerte que tuviesen los moradores de la villa de Pune, volvio a ella lleno de constancia, decidido a defenderla hasta el ultimo termino. Llego el 1. deg. de Enero de 1781, siendo el primer corregidor que se restituyo a su provincia, despues de haberla desamparado, y sin perdida de tiempo, hecho cargo que las demas estaban acefalas, advirtio algunas providencias que le parecieron oportunas para la defensa y conservacion de sus subditos, y de si mismo. Se aplico desde luego a disciplinar sus milicias, adiestrandolas en el manejo de las armas de fuego, pensando por entonces unicamente en sostenerse, hasta que pudiese verificar su reunion con el Comandante de la Paz, que debia salir a la cabeza de un cuerpo de tropas, para penetrar en aquellas provincias, y sosegarlas.

Consulto a este Comandante el sueldo diario que debia dar a sus soldados, pero la respuesta no fue decisiva, porque se remitia a la que el aguardaba sobre los puntos que tenia consultados anticipadamente; y en tanto se trataba del metodo que debia seguir, tuvo noticias ciertas de que el rebelde venia ya marchando por la provincia de Lampa. La estrechez del tiempo, y necesidad de obrar en que le puso esta novedad, le hizo concebir que ya le era indispensable juntar y reunir el mayor numero de tropas que fuese posible, para esperarle y defender aquella villa, en caso de que intentase atacarla: y poniendo en practica este designio con la mayor prontitud, echo mano de las cantidades producidas por reales tributos, y senalo un moderado sueldo a sus oficiales y soldados. Despacho nuevo extraordinario al Comandante de la Paz, pidiendole algun socorro de gente, armas y pertrechos de guerra, con que poder sostener con seguridad su resolucion, pero solo consiguio le respondiese, que en atencion a que todavia no habian llegado a sus manos las instrucciones que aguardaba, no podia salir de aquella ciudad, ni proporcionarle otra especie de socorro, que el de que se auxiliase de las vecinas provincias, o se retirase del modo mas conveniente, en caso de que sus faenas no fuesen suficientes para mantener la provincia y honor de las armas del Soberano.

Hallabame entonces las provincias inmediatas de Lampa, Azangaro y Carabaya envueltas en dolorosa confusion, por los desordenes, robos y muertes, que cometian en ellas los comisionados de Jose Gabriel Tupac-Amaru, tratandolas con inaudita crueldad, y valiendose de cuantos medios les dictaba su tirania para engrosar su partido, no solo reclutando los indios, sino tambien recogiendo ganados para su subsistencia, y usurpando los reales tributos, como lo egecutaba de su orden D. Blas Pacoricona, cacique del pueblo de Calapuja, a fin de reforzar el ejercito del tirano que se hallaba sobre la ciudad del Cuzco. Asegurabase tambien por otra parte, que estos mismos comisionados intentaban atacar la villa de Puno, y seguir a la espugnacion de la

inmediata ciudad de Chucuito, para apoderarse de mas de 300 quintales de azogue, que habia en aquellas cajas reales para el fomento de los minerales inmediatos. Todas estas circunstancias agitaban el corazon de Orellana, pero al propio tiempo le afirmaban en su determinacion, deseoso de evitar tan lamentables y extraordinarios males. Lleno, pues, de estos pensamientos, y de amor y celo por los intereses de S.M., no dudo un instante sacrificarse en su servicio. Con este designio libro las ordenes para que se aprontase toda su gente, incluso alguna de otras provincias, que buscaron su seguridad amparandose en la suya, y pasada la revista se hallo consistian todas sus fuerzas en 130 fusileros, 390 lanceros de a pie, y 140 de a caballo, 84 hombres armados con sables y 80 unicamente con palos y hondas, cuyo total componia el de 824 hombres.

Verificadas estas primeras diligencias, y completo el numero de lanzas que habia mandado hacer en su misma provincia, como tambien preparadas las demas cosas que parecian indispensables siguio la prudente conducta de juntar todos aquellos que componian la parte mas principal de las milicias, y a los curas y sacerdotes, a quienes manifesto su pensamiento de salir en busca de los traidores que asolaban las provincias inmediatas y particularmente la de Lampa. Dioles noticias de las armas, municiones y tropas milicianas que ya tenia a sus ordenes, representoles los beneficios y ventajas que podian esperarse para el resguardo de aquella provincia, y recuperacion de otras, si el Cielo se dignaba bendecir y prosperar sus sanos designios, y concluyo rogandoles le diesen su dictamen, y le representasen todos los inconvenientes que considerasen justos, para variarla en caso que fuese preciso. Todos conformes y gustosos adhirieron a sus ideas y aprobaron la determinacion que les habia manifestado, ofreciendo sacrificar sus vidas en la justa defensa de la patria; por lo que, aprovechandose de la buena disposicion en que todos se hallaban de salir a campana, dio las ordenes para la marcha, y a pesar de las incomodidades que ofrecia la estacion rigorosa de las aguas, verifico la salida de la villa de Puno, el dia 7 de Febrero de 1781, sin detenerse en lo crecido de los rios, que opusieron no cortas dificultades a su paso el siguiente dia, entre los pueblos de Paucarcolla Caracoto, en cuyo puesto acabo de certificarse era cierto que los comisionado de Tupac-Amaru recorrian las poblaciones, divididos en tres trozos, y que el primero estaba situado en las inmediaciones de Saman, Taraco y Pusi. Desde luego determino dirigirse a sorprenderlo, y siguio, sus marchas hasta el rio de Juliaca, que mando vadear por toda la caballeria, con animo de atacar a los rebeldes improvisamente; pero lo suspendio, por haberle avisado el cura de Taraco, que los indios estaban pasando el rio de Saman, que distaba seis leguas. Con este aviso se dirigio a el con 24 fusileros y 60 lanceros: pero cuando llego ya habian pasado precipitadamente con la noticia que adquirieron de que estaba en Juliaca. Sin detenerse un instante mando embarcar los pocos soldados que llevaba, y a las dos de la manana llego a acabar de pasar aquel rio caudaloso, e inmediatamente fue en busca de

los enemigos, que favorecidos de la obscuridad de la noche, se habian retirado a mayor distancia. Siguió la marcha a pie como cinco leguas, porque no pudo pasar las mulas y caballos, y de esta conformidad alcanzo un trozo de 52 rebeldes a las 6 de la mañana, a quienes intimo le entregasen al cruel Nicolas Sanca, que con título de Coronel de Tupac-Amaru, ocasionaba aquellos alborotos: pero ellos contestaron con oprobios, llamandoles alzados y rebeldes, y seguidamente acometieron furiosos: atrevimiento que pagaron, quedando muertos todos los que le emprendieron.

Entre los papeles que se le encontraron, habia algunos autos originales y en testimonio, de lo que habia librado el traidor Tupac-Amaru, dirigidos a apresurar el alistamiento que necesitaba, en que prevenia se castigase a los parrocos y demas eclesiasticos que se opusiesen a sus ordenes: y se halló tambien una carta de un alcalde, que citaba al justicia mayor de la provincia de Azangaro, puesto por el rebelde, para que reunidos en la estancia de Chingora, con Andres Ingaricon, comisionado asimismo para juntar los indios de los pueblos de Achaya, Nicasio y Calapuja, todos incorporados con el mencionado Nicolas Sanca, acometiesen al cuerpo de tropas de Orellana, al tiempo de pasar el rio de Juliaca: novedad que le hizo retroceder inmediatamente en busca del resto de sus tropas que encontró habian ya pasado el rio; y cuidadoso de aquella reunion, se propuso estorbarla a toda costa. Con este designio dirigió su marcha hacia el pueblo de Lampa por Calapuja, obligandole a seguir esta ruta los clamores de una muger, que le representó las muchas violencias que sufrían en aquel pueblo, por una partida de 300 indios, gobernados por Ingaricon. Pero, por mas diligencias que practico, no pudo por entonces descubrir, ni la situacion, ni el paradero de los indios rebeldes, y resolvió pasar la noche en las llanuras de Surpo, en cuyo campamento logró se lo declarase una espía, despues de haberle mandado castigar con algunos azotes, el que confeso se hallaban situados en la cima de la montaña, llamada Catacora. Sin esperar mas noticia, se puso en movimiento para buscar al enemigo, y a poco rato descubrió que ocupaba la eminencia, haciendo ostentacion de sus banderas, que tremolaban incesantemente: demostracion que acompañaban de una continuada y confusa griteria, pero no tardaron en desamparar aquel puesto, para subir a otro mas eminente, donde se hallaba el grueso de sus tropas.

Buscaba en vano Orellana la subida, porque no habia vereda ni lado alguno que permitiese el acceso a la parte superior de la montaña en que se habian apostado los enemigos, cuya dificultad se aumentaba con la copiosa lluvia y granizo que experimentaron por algun tiempo. Conocia la dificultad y se mantenía con alguna circunspeccion, hasta que le fue preciso condescender con las instancias de sus tropas, que pedían con eficacia las guiasse al ataque. En efecto, dividió su fusileria en dos trozos, que marcharon en distintas direcciones, amparandose de los

penascos para acercarse a los rebeldes, con menos riesgo de las piedras que con obstinacion arrojaban con las hondas. Los fusileros y algunos pocos soldados armados con sables, trabaron el combate, y peleaban llenos de ardor, avanzando apresuradamente con la mayor bizzarria: pero eran pocos para no ser confundidos y derrotados en la eminencia por la multitud que los esperaba. Dejolos Orellana en la accion, y volvio en busca de los demas para persuadirlos, representandoles el laudable ejemplo de sus companeros: esfuerzos que no bastaron a empenarlos; y receloso de un accidente desgraciado con la proximidad de la noche, mando tocar la retirada, que se efectuo sin mas perdida que la de dos hombres que se despenaron. Tuvo cinco heridos de consideracion y otros muchos levemente, y el mismo Orellana recibio un fuerte golpe de piedra, que despues de haberle roto la quijada inferior, paso a herirle en el pecho. Los indios tuvieron muchos heridos, 30 muertos, con perdida de algunas cargas de poca consideracion, y sin embargo que no fue grande la ventaja que lograron los nuestros este dia, aprovecharon los contrarios la oscuridad de la noche para ir en busca del Coronel Sanca, que despues de haber abandonado y entregado a las llamas el pueblo de Lampa, vino a acampar con su gente a unos cerros eminentes, que distaban solo legua y media del campo de Orellana.

Con esta noticia juzgo inutil y arriesgado seguir su empeno, y determino retroceder hasta las Balzas de Juliaca, para atender no solo a los insultos que se intentasen contra su provincia, sino tambien para mantener en la fidelidad a los indios de aquel pueblo, y a los de Caracoto, Cabana y otros, que se mantenian, aun por el Rey. Durante la marcha tuvo vehementes indicios de la infidelidad del cacique Pacoricona que le seguia, a quien hizo prender y conducir asegurado, y despues de haber hecho alto en las cercanias de Chingora, advirtio que por la cumbre de las montanas se descubrian los indios divididos en dos trozos, y que el uno marchaba hacia las Balzas de Juliaca; de que infirio intentaban apoderarse de ellas para cortarle la retirada. A fin de evitarlo se puso en movimiento, deseoso de atraerlos a un encuentro si intentaban oponerse, y se acerco al pueblo de Coata, donde podia hallar el numero de balzas que fuese necesario para pasar sus tropas: y haciendo inclinar parte de ellas al parage por donde bajaban los indios, retrocedieron a la eminencia, desde donde el caudillo que los gobernaba pregunto la razon porque se conducia preso al cacique Pacoricona, siendo inocente: y seguidamente intimo se le pusiese en libertad, y se le entregase la persona de Orellana, porque de lo contrario experimentarían irremediabilmente su ruina. Pagaron, unos pocos que dejaron el asilo de la eminencia, el atrevimiento de su capitan, y en seguimiento de la idea propuesta, se continuo la marcha para campar en la llanura de Ayaguacas, donde pasaron la noche sobre las armas, por el cuidado que daba la intermediacion del enemigo.

El cacique de Caracato, impulsado de su fidelidad, manifesto la orden

que habia recibido del indio, Coronel Sanca, para alistar la gente de su pueblo y cortar las citadas Balsas de Juliaca y Suches, cuyo cumplimiento se encargaba bajo graves penas en nombre del Inca, Rey y Senor del Peru; de que recelo Orellana que el pensamiento del rebelde no era otro que dejarle cortado, y atacar la villa de Puno y Chucuito, para poder pasar mas libremente por Pacajes a la ciudad de la Paz razon porque adelanto su marcha hasta las cercanias de Coata, campando en las orillas del rio. Y sin perder instante expidio las ordenes para que condujesen 25 balzas del pueblo de Capachica, y se mantuvo un dia en este puesto, asi para dar descanso a sus tropas, como para conocer el estado de las armas: diligencia oportuna, porque al siguiente dia un indio de aquella inmediaciones aviso que los enemigos venian marchando, dispuestos para al ataque; como efectivamente se verifico, y al medio dia habian ya bajado de las montanas, y se adelantaban con ademan de acometer el campo que ocupaban nuestras tropas. Era ventajoso, porque su izquierda estaba apoyada sobre el rio caudaloso de Coata; su derecha cubierta de una laguna, y por la espalda no permitia sino un estrecho paso la peninsula que forman las aguas, en cuya entrada se colocaron 25 hombres de a caballo para mayor seguridad de la mulada y ganado que estaban como encerradas en su recinto.

Reconocieron los comandantes de los rebeldes, Ingaricona y Sanca, tan ventajosa situacion, y se suscito entre ellos la disputa sobre si convendria o no emprender el ataque: resistialo el segundo contra los deseos y esfuerzos del primero, que queria obstinadamente se acometiese, considerando el poco numero que se le oponia, que aun creyeron menor de lo que realmente era, por haber mandado a la infanteria se sentase para esperar el momento del combate: disposicion que certifico al enemigo en su opinion, y se persuadio que los bultos que se divisaban eran las cargas de equipaje, colocadas de aquel modo para que sirviesen de resguardo al impulso de las piedras de sus hondas. Preocupados del engano y del dictamen de Ingaricona, apoyado por el de un cacique de la provincia de Carabaya, que se les habia incorporado en el acto de la disputa, resolvieron atacar contando con la victoria, y apoderarse de las armas y municiones para remitirlas a Tupac-Amaru. Con este intento se fueron acercando, y cuando estaban inmediatos, se les hicieron algunas proposiciones pacificas por el teniente de cura de Nicasio, y el eclesiastico D. Manuel Salazar, quienes los persuadoan a que rendidas las armas, aprovecharan el indulto y perdon general, que a nombre de S.M. se habia publicado: pero ellos respondieron osadamente, por medio de un indio, que no lo necesitaban, ni menos reconocian ya por su Soberano al Rey de Espana, sino unicamente a su Inca, Tupac-Amaru, y desde luego empezaron a hacer algunos movimientos, y a las cuatro de la tarde se avanzaban con gran prisa para atacar. Formaban un semi-circulo, cuyo costado derecho gobernaba Ingaricona, el izquierdo Sanca, y el centro el cacique de Carabaya, que termino la disputa a favor del primero: pero los que venian a las ordenes de Sanca entraban tibios y

con grande repugnancia en el combate; efectos sin duda, de la oposicion que habia manifestado su capitan.

Empezaron el ataque por los 25 hombres de a caballo que guardaban el paso que cubria la retaguardia, y era entrada del puesto donde estaba el ganado y la mulada de que intentaron desde luego apoderarse, reforzando los ataques y los esfuerzos: de modo, que fue preciso tambien doblar la resistencia, reforzando aquel puesto con otros 25 hombres. En esta situacion estaba casi rodeada la gente de Orellana, y considerando era ya tiempo de atacar a los contrarios, se formo en batalla, colocando la fusileria en el centro. Las lanzas, sables y palos, divididos por mitad a los costados, sostenidos por la poca caballeria que le habia quedado, y mandando dar un cuarto de conversion por mitad a derecha e izquierda, acometio a un tiempo a los indios de Ingaricono y Sanca, que se sostuvieron por algun rato con teson, peleando valerosamente, hasta que los de Sanca cedieron, despues de haber perdido algunos hombres, y emprendieron una fuga precipitada, arrojandose a un estero profundo, donde se ahogaron algunos, y los demas siguieron la retirada con el mayor desorden, hasta ampararse de las montanas inmediatas. Este accidente dio lugar a que la tropa que cargaba aquel rebelde le dejase en su vergonzosa fuga, y revolviase sobre el centro y derecha de los enemigos, mandados por Ingaricono, que peleaban con la mayor obstinacion, para dejar airosa la opinion que habia sostenido su gefe. Pero, obligados del esfuerzo del trozo vencedor que los cargo impetuosamente, tuvieron que ceder al orden y constancia de las tropas de Orellana, que empenadas en la accion, mataban cuantos rebeldes se les oponian, hasta que amedrentados por el continuado fuego del fusil, se pusieron en desordenada fuga. La victoria fue completa, y se siguió el alcance hasta los cerros y collados, en que procuraban ampararse los contrarios para salvar sus vidas: pero la muerte y el horror los siguió por todas partes, y dejaron en el campo mas de 400 cadaveres. Cuidaba el celo del licenciado Salazar de exhortar a los moribundos, persuadiendolos a que en su ultima agonía invocasen los dulces nombres de Jesus y de Maria, pero tuvo que lamentarse mucho su caridad a vista de la pertinacia con que espiraban. Duro la accion dos horas y media, y conseguido el triunfo, se celebro con repetidas aclamaciones de viva el Rey, y anadiendose el consuelo, de que ninguno de los nuestros hubiese precido, cuyo particular beneficio se atribuyo justamente a la Reina Purisima de la Concepcion, cuya efigie iba colocada en la principal bandera, y en los corazones de los soldados, que devotos y confiados, imploraban su auxilio para el vencimiento; porque las fuerzas de los rebeldes ascendian a 5,000 combatientes, sin contar un crecido numero de mugeres, que obstinadas los seguian, y no les eran inutilés, porque conducian sin cesar piedras a los hombres, para que no les faltasen en el acto del combate. Pagaron algunas con la vida su ferocidad, por mas que procuraba impedirlo el Comandante, persuadiendo a sus soldados no empleasen el valor en objeto tan debil: pero rara vez puede contenerse

el furor de la milicia, empenada en seguimiento del enemigo.

Se revistaron al día siguiente las armas, y se hallaron algunas rotas, y muchas torcidas, por haber usado los indios la precaución de cubrirse con unos cueros muy gruesos y duros, para resistir los golpes de los sables y lanzas; y habiéndose explorado la campana por algunas partidas, no vio rebelde alguno en todas las inmediaciones, de que se infirió habían caminado toda la noche en retirada, como en efecto, se supo poco después, estaban en las montañas de la estancia de Chingora. Paso Orellana el río con estas noticias, con intención de cortar a los que se hubiesen dirigido por Juliaca; pero no encontró ninguno que se lo opusiese, antes bien, los indios del pueblo de Guaca y sus inmediaciones, escarmentados o temerosos por la función antecedente, se presentaron pidiendo con humildad el perdón e indulto general de sus vidas y haciendas, que se les concedió desde luego, sin inferirles perjuicio alguno, y continuando sus marchas hasta Puno, entró felizmente en esta villa, después de haberse mantenido en la campana doce días, y desde luego se repitieron a la Soberana Emperatriz de los cielos solemnes gracias, por la cuidadosa protección que se digno dispensar a las armas de S.M., como que se reconocía por primera causa de aquellas felicidades.

Resentidos los indios de las ventajas conseguidas por los que seguían las reales banderas, y en continuación de sus ideas sediciosas, no omitían diligencia para reunir cuantas fuerzas les eran posibles, con intento de atacar la villa de Puno, y quitado este estorbo, llevar sus invasiones libremente a las demás provincias, y llegar hasta Oruro, que ya se había declarado abiertamente por el rebelde. Observaba Orellana cuidadosamente sus movimientos, y certificado que no podía resistir al enemigo en la campana, determinó defenderse dentro de la villa, y esperar en ella al enemigo. Para este logro, mandó sin pérdida de tiempo abrir fosos, levantar trincheras en los puestos más necesarios, abastecióse de las municiones de guerra y boca, que permitía la escasez en que se hallaba, y considerándose todavía muy inferior a los esfuerzos de los rebeldes, reunió las fuerzas que tenía el Gobernador de Chucuito, D. Ramon de Moya, quien se había restituido por este tiempo a su provincia, para obrar de concierto, ofensiva y defensivamente. Verificado este intento, aun se halló no eran bastantes para resistir al enemigo, y se determinó pedir refuerzos al Comandante y Junta de Real Hacienda de la ciudad de la Paz, pero solo se logró la remesa de 10,000 pesos; porque el socorro de tropas fue derrotado en la marcha, por los indios de Omasuyos y Larecaja. Confirmábanse de día en día las noticias, de que un ejército de los rebeldes, compuesto de 18,000 indios y engrosado por varias partidas de Atuncolla, Vilque y Totorani, se hallaba ya en el pueblo de Juliaca, distante solo nueve leguas de Puno, a las órdenes del mestizo teniente general, nombrado por el rebelde, Ramon Ponce, y los coroneles, Pedro Bargas y Andres Ingaricono, quienes

dejaban derramada por todas partes la sangre española, sin distinción de sexos ni edades, pues a cuantos animaba alguna parte de ellas eran víctimas de su crueldad y furor. En efecto el día 10 de Marzo de 1730, a las 11 de la mañana, se presentaron en las alturas inmediatas a Puno con grande vocería y estrepito de tambores y clarines, que alternaban con salvas de fusilería, para autorizar las nuevas banderas que tremolaban, en tanto se iba extendiendo aquella multitud por los montes, que circundaban la población, de modo que ocupaban una extensión de tres leguas.

Se había cubierto anticipadamente con los indios fieles que se distinguen por Manazos, a las órdenes de su cacique D. Anselmo Bastirra, el cerro elevado, que vulgarmente se llama del Azogue. Incomodaba mucho a los enemigos la posesión de este sitio, y le atacaron inmediatamente con tal ímpetu, que a poco rato fue preciso acudir con el socorro que pedían los defensores, mandando marchar las cuatro compañías de caballería, con orden de hacer solo el ademán de querer subir hasta la cumbre, por si los rebeldes, al advertir este movimiento, acudían a defenderse, y desistían del ataque. Y sin duda se hubiera logrado el intento, si la tropa se hubiese sujetado a la obediencia: pero lejos de esto, replecho hacia la cumbre inmediata, y trabó combate con los enemigos, que por instantes aumentaban el número, y de esta suerte se acaloró tanto la acción, que los mismos que iban al socorro de los otros le pidieron a poco rato. Se hacía sensible este accidente por la falta que podía hacer para la defensa del pueblo: pero sin embargo se envió una compañía de fusileros con el capitán D. Santiago Vial, únicamente para sostener la retirada de la caballería, la que se consiguió felizmente, cubriendo esta operación con el fuego del fusil, de cuyas resultas tuvieron los contrarios 30 muertos y muchos heridos, y de los nuestros solo lo fueron levemente D. José Antonio Castilla, cacique de Pomata, y un soldado de su compañía.

Mantuvieronse los rebeldes sin hacer movimiento lo poco que quedaba de aquel día y toda la noche siguiente, pero fue insufrible su algarabía. Por nuestra parte se doblaron las guardias y centinelas, se nombraron piquetes de caballería y algunos lanceros a pie, para que se mantuviesen en continua vigilancia al rededor de la villa, así para evitar algún incendio, como para que con la mayor precaución y silencio se adelantasen cuanto les fuese posible a observar los movimientos del enemigo, tornando después cuantas providencias eran necesarias para no ser sorprendidos. A cuyo tiempo rompieron el ataque del Cerro del Azogue, y reconociendo era muy dificultoso defenderle, se mandó abandonar, e inmediatamente le ocupó el enemigo, que parece no esperaba más que posesionarse de él para comenzar el ataque del pueblo, porque a las diez de la mañana del día siguiente se puso en movimiento con ademán de bajar de las eminencias, haciendo jactanciosa ostentación de su multitud, con extenderse por las faldas de los montes que se presentaban

a la vista. Adelantaronse algunos a prender fuego a los ranchos que estaban poco distantes de la poblacion, abrigados y sostenidos de algunos fusiles que disparaban contra la guarnicion, y ofendian hasta la plaza mayor; pero se evito, colocando en una de las torres de la matriz seis fusileros para que hiciesen fuego sobre ellos, y destacando hacia el puesto de Orcopata un piquete de los mismos con una compania de caballeria, que no solo lograron ahuyentarlos, sino tambien embarazar cortasen el camino real de Chucuito, como lo intentaban.

A vista de estos sucesos, se adelantaron los indios con todo su grueso, hasta las faldas y pie de la montana de Queroni; de suerte que no dejaron libre a la villa otro frente que el que descubre la laguna por la parte superior inmediata al Cerro del Azogue. Incendiaron algunos ranchos, poco distantes de la iglesia de San Juan, se apoderaron del arrabal de Guansapata, rechazaron a los indios fieles Manazos que lo defendian, y finalmente pusieron una de sus banderas sobre un penasco muy inmediato a la poblacion, en cuya mayor altura habia una cruz. En esta critica situacion, se mando a los tenientes de fusileros de las milicias de Puno, D. Martin Sea y D. Evaristo Franco, que con sus respectivos piquetes acometiesen bruscamente a los enemigos en el parage donde habian colocado la bandera, lo que ejecutaron con mucho riesgo; pero ayudados del vivo fuego que les hicieron, lograron rechazarlos en breve rato de aquel puesto: y para que los nuestros le mantuviesen contra los nuevos refuerzos y socorros que les oponian los contrarios, fue preciso destacar al capitán D. Santiago Vial, con otro piquete de fusileros, a fin de que los reforzase; con lo cual no solo contuvieron a los indios, sino que los apartaron a una considerable distancia, quedando dueños de una situacion tan importante. Logrose el mismo objeto por la parte del Cerro de San Jose, donde tambien fueron rechazados los rebeldes por el alférez D. Juan Caceres, que los acometio con la compania de caballeria de Pomata, otra de ronderos de Chucuito, y abrigado del fuego de los fusileros, apostados en la torre de la iglesia. Las companias de caballeria de Puno, y la de Tiquillaca, mandadas por D. Andres Calisaya, cacique de este segundo pueblo, con otras de las de Chucuito, se opusieron a los que intentaban atacar por la parte del Cerro de Queroni, pero nunca trabaron el combate, porque acometidos huian hasta las faldas de la montana, y bajaban cuando los nuestros se retiraban. Por lo que se dispuso que el capitán D. Juan Asencio Monasterio, con el ayudante D. Francisco del Castillo, y algunos otros oficiales de otras provincias, incorporadas con la compania de fusileros, avanzasen apoyados de la caballeria, como lo ejecutaron felizmente, haciendo retroceder al enemigo hasta las montanas, de cuyas resultas quedo el pueblo libre por todas partes. Duro la funcion hasta las seis de la tarde: en ella acometieron los enemigos repetidas veces con todas sus fuerzas, que como queda dicho pasaban de 18,000 combatientes, y las nuestras solo llegaban a 1,400. El numero fijo de los muertos que tuvieron, no se pudo indagar, porque cuidaban de

retirarlos prontamente: pero atendiendo al vivo y continuado fuego que sufrieron, se puede creer fueron muchos, y mayor numero el de los heridos. De los nuestros salio herido el Gobernador de Chucuito de un bala de fusil, que le atraveso el muslo izquierdo, y el mismo Orellana se disloco un pie de una caida de caballo, cuya incomodidad reparo brevemente, y continuo la accion. Otros oficiales y soldados fueron tambien heridos, y algunos de ellos peligrosamente, pero se terminaron con felicidad las resultas de sus heridas.

Por la noche se doblaron los cuidados y precauciones de seguridad para evitar una sorpresa; pero los rebeldes abandonaron el sitio y dejaron solo un trozo que disimulase su retirada: para cohonestar mejor su verdadera intencion, los que se mantenian a la vista usaron la cautela de hacer algunas proposiciones a los eclesiasticos que se pusieron a su intermediacion para parlamentarlos, pidiendoles de nuevo se le entregase la persona del corregidor Orellana, y se publicase el bando que remitieron, mandado observar por el traidor Jose Gabriel Tupac-Amaru, entreteniendole parte de la manana siguiente con estas y otras estratagemas, algo mas sutiles y advertidas, que lo que regularmente se cree de una nacion reputada por humilde y poco instruida, hasta que desaparecieron todos en busca de los primeros que desistieron del empeño. Reconociose entonces era cierta su entera retirada, y no dudando irian en mucho desorden, se dispuso quedasen en la villa las companias que se estimaron necesarias para su resguardo, y el resto de las tropas salio en su alcance, a las ordenes del Coronel de milicias de Chucuito, D. Nicolas de Mendiolaza, para que les picase la retaguardia, con la prevencion de no empenarse demasiado con los enemigos. Logro alcanzarlos a legua y media de distancia, en una montana no muy elevada, a la izquierda del camino real del Cuzco. Al instante que estuvieron inmediatos, los primeros se apearon, y sin esperar se les uniesen los demas, principiaron el fuego contra algunos indios, que separados del grueso de su ejercito ocupaban y defendian una corta eminencia de piedra, de donde fueron rechazados al instante, y pasaron a reunirse con los demas, en lo mas alto del cerro, que era donde tenian sus cargas. Alli se renovo el combate, con increíble obstinacion y bizarría de una y otra parte, porque separados los fusileros, segun creian mas convenientes para divertir a los contrarios, causaban mucho estrago en ellos, que tambien se defendian con denuedo y constancia. No obstante pudo haberse logrado una accion gloriosa, si las companias de caballeria hubieran imitado a los pocos de la vanguardia que peleaban con intrepidez y arrojo: pero a pesar de la celosa actividad con que procuro llevarlas al combate su Comandante Mendiolaza, no pudo reducir las con la persuasion ni el ejemplo que les dio, poniendose a la cabeza de ellas, haciendo fuego el mismo a los enemigos, en medio de un torbellino de piedras, que le arrojaban con sus hondas desde muy corta distancia: y viendo que nada bastaba, desistio del intento que se habia propuesto, de mantenerse en aquel sitio hasta el dia siguiente, para continuar el ataque, y mando tocar la llamada

para retirarse a Puno, como lo efectuo. Pero la misma inobediencia de las tropas causo el desorden, y que pereziesen en la funcion y retirada seis de los nuestros: bien que los enemigos compraron a mucho precio esta ventaja, porque tuvieron mayor numero de muertos y heridos, por haber sufrido mas de dos horas un fuego muy vivo que les hizo la fusileria.

Aunque se logro rechazar a los rebeldes en Puno, la confianza que fundaron en la inutilidad con que se dirigian contra aquella villa los indios de los pueblos por donde transitaron, ocasiono gravisimas desgracias. En el pueblo de Coata exterminaron el propio dia a todos los espanoles y mestizos que pudieron haber a las manos, y lo propio acontecio en el de Capachica. Por otra parte, los pueblos de Yunguyo, Desaguadero y Cepita de la provincia de Chucuito, se declararon por el partido de rebelion y se unieron a los de la provincia de Pacajes, impidiendo pasase un extraordinario, despachado por Orellana al Comandante de la Paz, en que le pedia nombrase un sugeto capaz de mantener y defender aquel puesto que ya consideraba preciso, en atencion a que de resultas de la caida del caballo estaba imposibilitado de continuar tan importante objeto: y en consideracion a que habia sido infructuosa aquella diligencia, no penso en otra cosa que en prevenirse para hacer menores los danos que esperaba, y resistir las invasiones que repitiesen los insurgentes. Asimismo el Gobernador de Chucuito, luego que supo la alteracion de los primeros pueblos de su provincia, solicitaba los medios de sosegarla, y habiendose tratado en junta, de guerra los que parecian mas oportuno, se propuso remitir gente armada para contener aquellos movimientos, a que no asintio Orellana por la consideracion de que, siendo dimanados de la misma causa que los demas, era indispensable que toda la provincia se conmoviese, y por consiguiente quedase encerrado el destacamento en el centro de ella: como efectivamente le sucedio al que, por orden particular de su Gobernador, se despacho a las del cacique de Pomata, D. Jose Toribio Castilla, que fue sacrificado con 25 hombres que le acompanaban en su mismo pueblo; ocasion que aprovecharon los vecinos para declararse a cara descubierta por el rebelde.

Con la noticia de este segundo desgraciado suceso, determino el mismo corregidor enviar todas las milicias de su provincia, que marcharon bajo la conducta del capitán D. Santiago Vial, y al llegar a Juli reconocio el sangriento estrago de todos los vecinos de aquel pueblo, que pasaban por espanoles, cuyos bienes habian saqueado, sin librarse el sagrado de los templos del furor y la profanacion, tomando despues los rebeldes por asilo las cumbres de las montañas inmediatas. Al entrar los nuestros en la poblacion, encontraron las plazas y calles inundadas de sangre, y arrojados los cadaveres por todas partes, sin hallar quien les diese razon alguna de aquel funesto espectaculo: hasta que el ruido de algunos fusilazos que dispararon a los indios que descendian a las faldas de

unos cerros para incomodarlos, hicieron salir a los curas y algunos mas que pudieron escapar, metidos en los lugares mas ocultos; y asegurado el capitán Vial de que no quedaban otros escondidos, recogió su gente y salió de nuevo a la campana con todos los que habían tenido la felicidad de libertarse de la cuidadosa solicitud de los indios, y continuo retrocediendo hasta las cercanías de Ylabe, desde donde participo cuanto le había ocurrido, y en su consecuencia se determino en junta de guerra que siguiese su retirada: pero el no obedeció, hasta que le obligaron los muchos indios del pueblo de Acora, que improvisamente se declararon por el usurpador, cuya novedad preciso a Orellana a que acudiese con un cuerpo de tropas de su mando, solo para sostenerle la retirada, porque las justas atenciones de su capital no le permitían otra cosa, ni menos estar ausente de ella por mucho tiempo.

Poco despues de su llegada, recibió la noticia que los indios rebeldes se hallaban sobre Puno: la comunicaba el Gobernador de Chucuito, Moya, y le llamaba, advirtiendole aprovechase los instantes para socorrerle. Levanto su campo y se puso en marcha a las doce de la noche, dejando dispuesto le siguiesen, como unico medio en aquellas criticas circunstancias, lo que efectivamente ejecutaron la mañana inmediata hasta Chucuito, escoltando al vecindario de Acora, y los que habían escapado de Juli e Ylabe, de cuyas poblaciones se apoderaron al instante los rebeldes, y entregaron a las llamas la cárcel, la horca y algunas casas particulares, saqueando en las iglesias los muebles de los que procuraron salvarlos a la sagrada sombra de su respeto. Por la parte de Azangaro fueron mas felices nuestras armas, pues un corto destacamento, despachado por Orellana a las ordenes de D. Andres Calisaya, cacique del pueblo de Tiquillaca, logro no solo socorrer al de Capachica sino tambien cubrir los de Pusi, Saman, Taraco y Caminaca, que infestaban los rebeldes, escarmentados con muerte de algunos, y quitandoles el ganado que llevaban. Asi tambien D. Melchor Frias y Castellanos, a la cabeza de los indios fieles de los pueblos de Manazo, Vilque, Cavana, y Cavanilla, que se habían presentado ofreciendo sus personas en servicio del Rey, recorrió el camino real de Arequipa, y logro derrotar una partida de ladrones, mandados por un indio llamado Juan Mamani, que lo tenían interceptado, quitandole la vida a el y a muchos de los suyos, despues de una obstinada resistencia; de cuyas resultas quedaron libres 20 mugeres espanolas que estaban prisioneras, y los indios fieles se apoderaron de un considerable despojo, procedente de lo mucho que habían robado de los pueblos y caminos.

Retiradas como queda espuesto las milicias de Chucuito hasta su capital, el capitán D. Santiago Vial, consulto a la Junta de Guerra, establecida en Puno, si debería seguir su retirada, hasta incorporarse en aquella villa con las demas tropas, mantenerse en defensa de la ciudad, en caso de ser atacados por los enemigos, que desde el Desaguadero y Cepita, continuaban la conquista de toda la provincia, y para este caso pedia se

le socorriese con municiones de guerra. Respondio la Junta, que se le franquearian, no solo las municiones, sino tambien que se le reforzaria con la gente que se considerase necesaria, luego que informase el numero de enemigos que le amenazaba; pero al mismo tiempo escribio privadamente el Gobernador Moya al comandante, que procurase retirarse con toda la tropa: disposiciones que hacen descubrir alguna animosidad entre estos dos corregidores, desgracia que regularmente se experimenta, cuando muchos tienen parte en las operaciones militares, pues cada uno quiere para si una gloria, que es envidiada aun de los que no son capaces de adquirirla, y de que se han seguido muchas desgracias dificiles de reparar despues, como acontecio en esta ocasion; porque en tanto se resolvia, determino la guarnicion de Chucuito atacar una partida de indios que se le acercaba. Saliole al encuentro, y trabo el combate en la cumbre y faldas de una montana de mucha aspereza y dificil subida, a distancia de media legua de la ciudad, donde no basto el valor con que atacaron al enemigo para conseguir ventaja conocida, y volviendo a salir a su encuentro la manana del dia siguiente, ya le hallaron mejorado de situacion; pero sin embargo pelearon largo rato sin fruto alguno.

Por la tarde reconocieron los enemigos el poco dano que recibian de un pedrero, con que se procuraba ofenderlos, y determinaron apoderarse de el: como en efecto lo consiguieron, atacando improvisamente y con precipitacion a los que le defendian, quienes se pusieron en vergonzosa y precipitada fuga, de que se siguió un total desorden en los demas. No malograron los indios esta ocasion favorable que se les presentaba, y cargando de nuevo con el todo a los fugitivos, los siguieron hasta encerrarlos en la ciudad, en cuyo alcance perdieron la vida muchos de los nuestros. Los indios no se atrevieron a penetrar hasta dentro de la poblacion, y se retiraron a las faldas de los cerros que la dominan, despues de haber incendiado unos pocos ranchos de los alrededores, satisfechos de las ventajas que habian conseguido: pero la confusion estremada en que quedaron aquellos milicianos, ocasiono una total falta de obediencia, y sin reparar el peligro a que se esponian, huyeron dispersos y desordenados a Puno, donde llegaron muchos la misma noche, refiriendo aquel suceso con tristes lamentos y grandes exageraciones del numero de enemigos que hacian subir a lo inmenso. Difundiose la novedad al instante en toda la villa, y consterno de tal suerte los animos, que Orellana llevo a recelar intentasen abandonarlo sus tropas: de modo que se vio precisado a tomar las mayores precauciones para evitarlo, y a la manana siguiente; aunque por la parte de Lampa no faltaban justos recelos de nuevo ataque, hizo marchar a Chucuito tres companias de caballeria, con el fin de indagar la situacion de los indios, y que penetrasen hasta la misma ciudad, si se hallaba desembarazado el camino, pero con la orden de no empenarse en funcion alguna, sino que unicamente apoyasen la retirada de los oficiales y soldados que habian quedado, y tambien que recogiesen los miserables espanoles de aquel vecindario, y procurasen libertarlos del furor de los indios rebeldes.

Dejaron pasar los enemigos este destacamento hasta la misma ciudad, pero fue con cautela, porque inmediatamente ocuparon un desfiladero inevitable, para hacer mas dificil su retirada, lo que advertido por el Comandante, al tiempo que estaba reuniendo a todos los que habian quedado en Chucuito, le fue preciso retroceder con aceleracion, y sin embargo se vio obligado a abrirse el paso a viva fuerza: en cuya accion perdio algunos soldados, sin poder evitar el estrago que los rebeldes hicieron en los que procuraban salvarse al abrigo de este socorro, en cuya ocasion perdio tambien la vida el cura de la iglesia de Santa Cruz de Juli, que pudo evitar el primer riesgo de perderla, en la conmocion de su pueblo. Los primeros que llegaron a Puno refirieron el conflicto en que suponian a Chucuito, con cuya noticia mando Orellana se aprontase toda la fusileria, determinado ir en persona a socorrerla, y ya en el acto de emprender la marcha, llegaron otros que variaron mucho las circunstancias, asegurando se habia librado la mayor parte de las gentes, y que venian un poco mas atras incorporados con las tres companias de caballeria, y que asimismo era inutil ir en busca de los que no habian podido pasar el desfiladero en que estaban apostados los rebeldes, porque habian perecido ya indefectiblemente. Razones que le hicieron suspender la salida, y muy en breve le dieron motivo para el mas justo sentimiento, porque reconocio el engaño y la falta de muchos sujetos de estimacion, particularmente la de D. Nicolas de Mendiola y otras personas, que le obligaron de nuevo a mandar se llevasen balzas para la laguna hasta las orillas inmediatas a Chucuito, para libertar a algunos que se habian ocultado entre la paja, llamada _totora_, de que abunda.

Luego que salieron de la ciudad las tres citadas companias de caballeria, entraron los indios rebeldes sin la menor resistencia, y ejecutaron las mas atroces crueldades. Mataron mas de 400 espanoles y mestizos de uno y otro sexo, sin reservar las criaturas de pecho. Dentro de la casa del cura, de la iglesia mayor que buscaban por asilo, pasaron a cuchillo a muchos infelices. Con sacrilega osadia profanaron los templos, sin que la veneracion y el respeto debido sirviese de escudo a los que se habian ocultado en ellos, porque extrayendolos a las puertas de la iglesia, les quitaban las vidas en los umbrales de la casa del Senor. El mismo Orellana determino pasar al tercer dia con sus tropas a impedir en parte, si le era posible, tantos horrores; pero volvio penetrado de dolor a vista del lastimoso espectaculo que hallo por calles y plazas, y de la funesta idea que presentaba toda la poblacion reducida a cenizas: y solo tuvo ocasion de reconocer el acierto con que el celo de D. Pedro Claveran habia trasladado dias antes a Puno mas de 240 quintales de azogue y papeles importantes de S.M., que se hallaban en las reales cajas, que tambien se envolvieron en el incendio general del pueblo. No habia en el otros espanoles que los dos curas y algunos pocos eclesiasticos, que tambien aguardaban aquel dia la muerte,

intimidada por el inhumano caudillo de los rebeldes, si no declaraban el parage en que suponian ocultos los caudales de S.M., cuyo peligro evitaron con la llegada de Orellana, a quien expresaron con lagrimas los sentimientos de su corazon: y seguidamente se penso en regresar a Puno, en cuyo transito cargaron los enemigos a los desfiladeros, con intento de cortar la marcha, como lo habian logrado anteriormente: pero se les frustró el desigño con haber apostado algunos piquetes de fusileros, que los contuvieron con la perdida de tres o cuatro de los mas atrevidos.

Al propio tiempo o con poca diferencia, los indios de la parte de Azangaro, doblando sus esfuerzos, volvieron sobre el pueblo de Capachica, cuyos indios fieles con algunos mestizos los habian rechazado a los principios: pero al fin cedieron a la multitud, que apoderada de la poblacion, uso las mismas crueldades que en las demas, pasando a cuchillo a todos los espanoles y gente blanca, que pudieron haber a las manos. De manera que, ya no quedaban en las inmediaciones de Puno otras personas espanolas que las que con tiempo procuraron ampararse a la sombra de las trincheras de aquella villa, que formaba como una pequena isla de fidelidad en medio de un mar de rebelion que la circundaba por todas partes. Los indios rebeldes del Desaguadero, Omasuyos y Pacajes, desembarazados del cuidado que les daba la provincia de Chucuito, con la total ruina de su capital, se prevenian para atacar a Puno, de concierto con los que ocupaban las provincias de Lampa y Azangaro. Esta situacion a la verdad arriesgada, le obligo a Orellana a pedir algun socorro al capitán de granaderos del regimiento de infanteria veterana de Lima, D. Ramon de Arias, y al coronel de milicias, D. Jose Moscoso, que con un destacamento de 500 hombres habian salido de Arequipa, y se hallaban a solas nueve leguas de distancia: pero unicamente le contestaron que no tenian ordenes de sus gefes para franquearselo, ni menos quisieron remitirle las municiones y viveres que solicito comprarles, en el caso de que retrocediesen prontamente; como lo ejecutaron, dejando a Orellana en el centro de aquellas provincias sublevadas, sin mas recursos que los que tenia dentro el corto recinto que ocupaba, donde quedo solo, porque el Gobernador Moya se vio precisado a pasar a Arequipa para curarse las resultas de la herida que habia recibido en el muslo, en el ataque del dia 11 de Marzo. En este estado se dejaron ver los rebeldes por la parte de Chucuito el dia 9 de Abril de 1781, y hasta la manana siguiente fueron desfilando para ocupar las montanas inmediatas que dominan a Puno. Habia Orellana aumentado algunas defensas para resistirlos. Levanto un torreón en el ventajoso sitio de Guansapata, donde coloco una culebrina y un pedrero, con la fusileria correspondiente para su resguardo. Dentro de la villa reforzo las trincheras, y las aumento, abriendo nuevos fosos en los lugares que le parecieron mas debiles. Tenia tres canones mas, que hizo fundir con toda diligencia, y procuro proveerse de polvora y balas, con cuyas providencias concebía fundadas esperanzas de rechazar a los rebeldes que intentasen invadirle en

adelante. En efecto, la mañana del 10 amanecieron inmediatas, formando un semi-circulo por las cumbres de los cerros, desde donde intentaron apoderarse de una porcion de ganado, dando principio a las hostilidades por este termino y quitar la subsistencia de la guarnicion y vecindario. A evitarlo se destacaron las companias de caballeria, y aunque tenian la orden de no empenarse, no pudieron contenerse, y acometieron a los enemigos: de modo que no solo frustraron su intento, sino tambien los desalojaron del terreno que ocupaban.

Concluida la operacion que se habia encargado a estas companias, mando Orellana se apostasen fuera de la poblacion, hacia las avenidas de Chucuito, porque en aquella parte se descubria el grueso de enemigos, quienes no tardaron en trabar con ellas algunas escaramusas que duraron hasta las dos de la tarde, en que salio a sostenerlas parte de la fusileria, haciendo un fuego continuado sobre los que acometieron. Desde el torreón de Guansapata y de la plaza se les hizo tambien bastante fuego con la artilleria, cuyos tiros dirigidos con oportunidad y acierto, causaron algun estrago en los enemigos, que amedrentados retrocedieron a lo mas eminente del Cerro de Orcopata, hasta que con la proximidad de la noche ceso toda hostilidad de una y otra parte, sin que de la nuestra hubiese perecido alguno, pero si muchos de la suya, con un numero considerable de heridos que tuvieron. Al lado opuesto y en el Cerro del Azogue se habia apostado desde la mañana una partida de enemigos, que se mantenia en continuo movimiento, haciendo ademanes de acometer a los indios Manazos todo el tiempo que duro el ataque de los otros. Con la idea de cortarlos y que no se reuniesen a los demas, dio Orellana la orden para que un destacamento de caballeria saliese a atacarlos, lo que egecutó tan oportunamente, que al propio tiempo llegaron los indios fieles de Paucarcolla, Guaca y la Estancia de Moro, que los tomaron por la espalda. Y para asegurar mas el intento, y obligarlos a rendirse, se reforzó el puesto con algunos piquetes de fusileros, que llegaron ya muy tarde, y no les fue posible la subida por ser muy aspera y peligrosa: obstaculos que les precisaron a retirarse a la plaza, donde algunos entraron muy maltratados de los hondazos que habian recibido, por cuyo motivo se tomó la providencia de mandar a los indios fieles quedasen y mantuviesen su puesto, y que los Manazos resguardasen la falda opuesta hasta la mañana siguiente, en que seguramente se hubiera conseguido el pensamiento, si la poca observancia y ninguna advertencia del cacique Bastinza no les hubieran proporcionado los medios para la fuga. De este modo se resistió la segunda invasion que sufrió la villa de Pano, y aunque el numero de enemigos que la acometieron, no era tan grande como en la primera, no fue menor la confianza de tomarla: pero desengañados siguieron el mismo metodo de retirarse por la noche, con solo la diferencia de haber seguido su fuga sin detenerse en parte alguna, por mucho rato temerosos que saliese la guarnicion en su alcance: como en efecto lo practico el mismo Orellana hasta alguna distancia, para impedir los danos que recelaban egecutasen

con los indios de Icho de la jurisdiccion de su provincia, que no habian faltado hasta entonces a la fidelidad: diligencia infructuosa, pues cuando llego a dicho pueblo, ya habian degollado a todas las indias, vengandose con esta inhumanidad, de la fidelidad de sus maridos, que estaban alistados en Pano, siguiendo constantemente las banderas de su legitimo Soberano.

Dirigia y gobernaba a los rebeldes en esta ocasion, un indio de baja estraccion, llamado Pascual Alarapita, de la provincia de Paria, que echado de su patria por delincuente, emprendio y logro con la mayor rapidez la conquista de algunas provincias, llenandolas de horrores y confusion, con los sangrientos destrozos, incendios y latrocinios que egecuto en todos los pueblos, juntamente con Isidro Mamani, que traia de subalterno, y de tan perversas costumbres como su gefe: pero este fue preso por los indios del pueblo de Acora el dia despues del ataque de Pano, quienes lo entregaron en aquella villa con dos capitanes suyos, que tambien arrestaron. Agasajo Orellana a los aprensos, tratandolos con la mayor humildad y blandura. Franqueoles el indulto general que pidieron, por haberse unido al rebelde cuando paso por su pueblo, a cuya determinacion les obligo ver retrocedida con tanta precipitacion, dejandolos abandonados y espuestos al castigo que justamente merecian, y que sin duda hubieran experimentado para escarmiento de los otros. Dieron tambien noticia del paraje en que los insurgentes habian dejado oculto el pedrero, los muebles y plata labrada, de que se habian apoderado en Chucuito, por lo que se dispuso inmediatamente fuese a recogerlo todo el contador oficial real interino, D. Pedro Claveran, asociado con un eclesiastico de la mayor integridad y pureza, con el laudable fin de que a los duenos existentes se le devolviese lo suyo, o cuando no, a sus herederos: como efectivamente se practico con la mas escrupulosa puntualidad, recuperando el pedrero y algunos fusiles que se encontraron.

Suspensa algun tanto con estos sucesos la atencion por la parte de Chucuito, fue menester aplicarla hacia la de Azangaro y Lampa, cuyos indios con los de Carabaya se acercaron de nuevo a las alturas inmediatas a la villa, como a distancia de una legua, despues de un encuentro que tuvieron con los leales de Guaca, Atoro y Paucarcolla, reforzados con tres companias de caballeria, y algunos fusileros, que marcharon con el objeto de impedir los robos de ganados, que egecutaban por todas partes, para reducir a la mayor necesidad posible el corto numero de fieles vasallos que se contenian en el recinto de Puno. Su numero era crecido, comparado con el de los nuestros, cuya retaguardia picaron, hasta que se ampararon de las trincheras. A la manana siguiente salio Orellana contra ellos, con la mayor parte de su gente: pero como el designio principal que se habian propuesto era reunirse con los de Chucuito, luego que supieron su retirada, y que estaba preso el Comandante Mamani, variaron de dictamen, contentandose con llevar el

ganado que habian juntado el dia antes, y pegar fuego al pueblo de Paucarcolla al pasar por el cuando se retiraban. No desistio Orellana del empeño de alcanzarlos, aunque reconoció la ventaja que le llevaban en la marcha: y para conseguirlo, mandó adelantar sus compañías de caballería, que en efecto lo lograron en las cercanías del Cerro de Yupa, de altura portentosa, donde los detuvieron con escaramuzas, hasta que llegó con el resto de la tropa: pero al instante se acogieron a lo más alto y escabroso de aquella montaña, donde se les hizo fuego, pero sin lograr efecto alguno contra ellos, porque se parapetaron detrás de unas tapias de piedra que había a la cumbre. A las 5 de la tarde, llegó casualmente al mismo paraje la gente de Cavana y Cavanilla, que se conducía a Puno de orden de su corregidor para reforzar la guarnición, recelando que Diego Tupac-Amaru intentase invadirlo, como se afirmaba: la que unida con los de Vilque y Manazo, componían un número capaz de rodear a los rebeldes en su situación ventajosa, como se ejecutó, estrechándolos de tal suerte, que se les impedía bajar a buscar agua a las fuentes, que tenían ocupadas y defendidas los nuestros. Con la resolución que inspira un estado tan crítico y desesperado, determinaron hacer los últimos esfuerzos para romper el cordón; como en efecto lo consiguieron, y también escaparse la mayor parte, y entre ellos el perverso Ingaricona, uno de los principales instrumentos de aquellas alteraciones. Los que no acertaron a seguirle, quedaron muertos a manos de los indios de los pueblos citados, que pelearon con todo el furor que les inspiraba la memoria de los destrozos, y pérdida que habían sufrido de las mugeres, hijos y ganados. Murieron muchos, y entre ellos gran número de sus coroneles y capitanes, sin contar con otros que se hicieron prisioneros, de cuyas declaraciones contestes se tuvo noticia cierta de la prisión de José Gabriel Tupac-Amaru.

En esta ocasión llegó a manos de Orellana una carta de un indio principal de Acora, avisándole que los rebeldes de aquella parte que se habían retirado hasta Ylabe y Juli, reforzados con los de la provincia de Pacajes, venían otra vez marchando sobre aquel pueblo, con ánimo de vengar en sus indios la resistencia que habían hecho de seguir su partido. Para sostenerlos, dispuso marchasen las compañías que considero bastantes, a fin de que no fuesen sacrificados por los contrarios, pero depuso este pensamiento con la noticia que adquirió de que su verdadero designio era volver otra vez sobre Puno, para atacarle de nuevo con todas las fuerzas que había reunido, lo mismo que había ya recelado por el contesto de tres edictos librados por Pascual Alarapita y Pedro Ruiz Condori, que pocos días antes se aprehendieron a una india que los conducía. Trató desde luego no omitir prevención alguna de las que tenía premeditadas para esperarlos y resistirlos. Reparó con mayor cuidado las fortificaciones que había hecho anteriormente, y tomó todas las precauciones que le dictaba la experiencia adquirida en los ataques antecedentes, fundando en ella solamente la esperanza de mantener aquel puesto, salvar su propia vida y la de todos los que le acompañaban,

porque cerrados los caminos y toda comunicacion por los enemigos con la ciudad de la Paz y otras partes, no podian contar sino con el valor y constancia de sus tropas.

Acercaronse finalmente los enemigos hasta la ciudad de Chucuito, donde se mantuvieron algunos dias esperando las resoluciones de Diego Tupac-Amaru, que se hallaba en la provincia de Lampa, a la cabeza de un considerable trozo de enemigos. Tento Orellana ganar a Pascual Alarapita, por la suavidad: escribióle, persuadiendole pidiese el perdon, y se acogiese bajo las banderas del Soberano, poniendo a su devocion la provincia de Chucuito, y que entregase a cualquiera que con su influjo intentase destruir este pensamiento: pero el obstinado en sus delitos y lleno de soberbia, no quiso contestar, y solo en una esquila que escribio al prisionero Isidro Mamani, hizo mencion de la carta, para asegurarle con osadia, que sin leerla la habia entregado a las llamas anadiendole muchas amenazas contra Orellana y los demas que intentaban defender a Puno; de modo que ya no dejaba duda que su intento era reunirse con el cuerpo de rebeldes, mandado por Diego Tupac-Amaru, y juntos atacar con todo el esfuerzo posible aquella villa. En este aprieto determino Orellana por ultimo recurso, despachar un extraordinario al corregidor de Arequipa, pidiendo le auxiliase con gente, viveres y municiones, a cuya practica no dieron lugar las ocurrencias posteriores.

Apresuro Diego Tupac-Amaru cuanto pudo sus prevenciones, y se aparecio con todas sus fuerzas el dia 7 de Mayo, en las alturas inmediatas a Puno, mandando extender las tropas por aquellas montanas al estruendo de la artilleria, cajas y clarines. No se descuido Orellana en tomar cuantas prevenciones considero oportunas para evitar el ser sorprendido aquella noche, pero el enemigo no hizo movimiento alguno; hasta la una de la tarde del dia siguiente, que se puso en marcha para atacar los indios fieles que estaban apostados en el Cerro del Azogue, y habiendo conseguido desalojarlos, bajaron en su seguimiento hasta el Castillo de Santa Barbara, con tanto impetu, que fue preciso saliese la guarnicion a sostenerlos, empezando de este modo la accion por aquel lado, que en breve se hizo general, y fue preciso oponerles la caballeria por la parte de la campana, y destacar algunos piquetes de fusileros para contenerlos cerca la iglesia de San Juan, donde hacian sus mayores esfuerzos para ocupar aquel puesto: y aunque duro por largo rato la obstinacion y la resistencia por una y otra parte, fueron al fin rechazados con perdida de algunos de los suyos, y sin dano considerable de los nuestros.

Retiradas a las eminencias que tenian ocupadas, no hicieron movimiento en todo el dia siguiente, en que fue continuada su griteria y algazara hasta las dos de la tarde, que se advirtio el motivo; que fue por haber descubierto los que venian de la parte de Chucuito, que continuando su

marcha en varias direcciones, llegaron a acampar muy cerca de la villa sobre el mismo camino real, donde se mantuvieron hasta el otro día, en que de concierto con Diego Tupac-Amaru, y a una misma hora, se movieron de sus campamentos para rodear la población y acometerla por todas partes. El ataque fue con la mayor intrepidez, y tanta bizarría, que se hara increíble a los que no hayan conocido a aquellos indios en todo su furor guerrero. Su caballería, que era numerosa, atacó por la parte de la laguna, y logró cortar el ganado, sin dar lugar a los pastores de entrarle a lo interior de la población. Sufrieron por largo rato el fuego de la artillería de los castillos de Guansapata, Santiago y Santa Barbara, y el de la fusilería, apostada en los parapetos exteriores e interiores, arrojándose con ferocidad a las trincheras para forzarlas, animados con la presencia de sus primeros generales, que repetían los ataques, particularmente contra las que estaban inmediatas al Tambo de Santa Rosa, de que disistieron por lo mucho que les ofendía el fuego del Castillo de Santiago, que no estaba muy distante. Por la parte superior de la población, bajo el canon de Guamapata, se habían ya internado hasta la calle de las casas del licenciado Mogrovejo, y cuando pensaba Orellana en los medios de resistirlos y rechazarlos, como lo consiguió en poco rato, se le dio aviso de que otros entraban por la calle principal, y revolviendo sobre ellos para oponerse, los atacó valerosamente, y les hizo perder el terreno que habían adelantado.

Por las espaldas de la parroquia de San Juan acometieron también con un furor lleno de desesperación, logrando en el primer ímpetu del choque, romper un destacamento de lanceros, sostenido de algunos fusileros que mandaba D. Martín de Cea, obligándoles a retroceder llenos de confusión y desorden en busca de asilo en las calles interiores. Poco después pusieron en fuga a nuestra caballería, que perseguida por los rebeldes, huía del mismo modo, dejando a los fusileros cortados a su retaguardia. Salieron al encuentro Orellana, y los detuvo, afeándoles en pocas palabras el deshonor de su vergonzosa y apresurada retirada, y reanimados con el ardor y eficacia de sus razones, volvieron sobre los enemigos, que ya cruzaban las primeras calles y en especial la que vulgarmente llaman de Puno, y las que la atraviesan. Al primer choque murieron dos o tres de los más osados, y recobradas animosamente las tropas de Orellana, estimuladas por el ejemplo de valor que les dieron el capitán de caballería, el cacique D. Andrés Calisaya, el teniente de fusileros, D. Martín Cea, y su hijo D. Felipe, cargaron sobre los demás y lograron rechazarlos hasta fuera de la población, matando a muchos en el alcance, en tanto que Orellana se dirigió a socorrer la trinchera de Santa Rosa, que defendía con valeroso tesson el alférez de fusileros, D. Juan Cáceres.

A los principios del ataque, la falta de precaución de los que defendían el Castillo de Guansapata, ocasionó la desgracia de volarse el repuesto de pólvora, de cuyas resultas quedaron algunos muy maltratados, y fue

preciso acudiese a su socorro el teniente de fusileros, D. Evaristo Franco, que con un piquete de esta tropa estaba de reserva en la plaza mayor, en atencion a que Urbina que le mandaba, habia quedado bastante lastimado, y con solos dos o tres soldados capaces de la defensa. Luego que los indios lo advirtieron, atacaron este Castillo con tanto denuedo, que llegaron muy inmediato a su cimiento a descubierto: pero habiendo logrado descargar sobre ellos con felicidad un canonazo a metralla, se apartaron prontamente, sin volver a pensar en tan temerario arrojio. No sucedio asi con el de Santiago, porque los que habian emprendido su ataque, lo egecutaron repetidamente con el mayor teson, en los que lograron herir gravemente al oficial y a muchos soldados, de los que le defendian. Pero conociendo que por aquel medio eran inutiles sus diligencias, intentaron minarlo, sufriendo un fuego continuo, que se les hizo desde el castillo: a pesar del que, hubieran conseguido su intento, sino sale a socorrerle con un piquete el ayudante mayor, D. Francisco Castillo, reforzado con los rejonos que mandaba D. Juan Monasterio, que lograron rechazarlos a mucha distancia. Por la parte en que estaba la trinchera de Santa Rosa, que mandaba D. Juan de Caceres, repitieron segunda vez el ataque, sin haber sido bastante a su escarmiento el vivo fuego que se les hizo, y la muerte de muchos que espermentaron en el primero: antes bien, mas obstinados y feroces se acercaron a ella, y lograron forzarla, rechazando a los que la defendian, haciendolos retirar apresuradamente, sin que las animosas razones, ni el ejemplo del oficial que los mandaba, fuesen bastantes para detenerlos, y recordarles su obligacion. Pero socorridos con oportunidad por la tropa que estaba de reserva en la plaza mayor, recobraron nuevo aliento, y cargaron con tanta bizzarria a los enemigos, que los hicieron retroceder aun con mas aceleracion de la que habian entrado, dedicandose inmediatamente al reparo de la trinchera que habian inutilizado los rebeldes. Se hacen increíbles, al menos dudosos los esfuerzos, que por todas partes hicieron este dia los insurgentes, para conseguir la espugnacion de aquella villa: pero no lograron otra ventaja, que la de incendiar algunos ranchos y casas de poca consideracion, que por estar separados de lo principal del pueblo, no pudieron incluirse en el recinto, ni resguardarlas con el fuego de las trincheras, asimismo que los demas edificios, que por la igual longitud de las calles, no pudieron ponerse a cubierto, sin un conocido riesgo de los que lo intentasen. Se pelea con obstinacion todo aquel dia, por una y otra parte, hasta que con las sombras de la noche, volvieron los sitiadores a ocupar sus cuarteles, y Orellana no se descuido en aprovechar esta ocasion favorable, para retirar el oficial y guarnicion del Castillo de Santiago, que se hallaban muy maltratados de los golpes y heridas recibidas en los ataques, y determino tambien abandonarle por falta de sugetos, que con utilidad sirviesen los canones, considerando seria mas ventajoso colocarlos en la plaza mayor a disposicion del Comandante de artilleria, para que los emplease segun conviniese a la necesidad y ocurrencias que se ofreciesen en adelante. Aquella noche se mantuvieron los oficiales y

guarnicion sobre las armas en las trincheras, y los indios fieles se apostaron por toda la circunferencia exterior de la poblacion, ademas de varios piquetes y patrullas, que estuvieron en continuo movimiento hasta el alba, para observar los que intentase el enemigo, a fin de que estas precauciones evitasen cualquiera sorpresa que hubiesen meditado. Al dia siguiente, que se contaba 11 de Mayo de 1781, salieron los rebeldes de sus campamentos a la misma hora que en el antecedente, y siguieron igual metodo en los ataques. Los sitiados los rechazaron tambien con felicidad por todas partes, sin embargo de haberse empenado mas particularmente contra la citada trinchera que defendia Caceres, situada a las espaldas de la iglesia de San Juan, considerandola con fundamento mas endeble que las otras, porque la escasez de tiempo, y el cansancio de la guarnicion, no habia permitido repararla completamente. Por la noche se tomaron las medidas mas oportunas a precaver el peligro que amenazaba la inmediacion del enemigo, ya bastante diestro en aprovechar las ocasiones de poner en egecucion sus cautelas: y en efecto, no fueron inutiles, porque a las 2 de la manana dio aviso el Castillo de Guansapata, que se ponía en movimiento. Mando Orellana desde luego tomar las armas a la tropa, que no estaba destinada a la defensa de los puestos, y salio del recinto, para observar por si mismo la intencion, y hallo que verdaderamente habian los rebeldes descendido hasta la falda de las alturas que ocupaban: pero suspendieron la continuacion de su marcha hasta las 6-1/2 de la manana, en que divididos en muchos trozos, y con un movimiento de ambos ejercitos, dieron principio al cuarto ataque, con mayor desesperacion y ferocidad que los anteriores, haciendo ademanes, que manifestaban la confianza que aquel dia tenian del vencimiento.

No por esto desmayaron aquellos valerosos, constantes defensores, antes bien, a pesar de las fatigas y cuidados continuos, sufridos en los dias y noches antecedentes, se mostraron a su comandante intrepidamente dispuestos a la resistencia, y ocupando cada uno el puesto que tenia senalado, se recibio por todas partes al enemigo con la mas constante bizarría. Sus principales esfuerzos se dirigian a las trincheras que mandaban D. Francisco Barreda, D. Juan de Monasterio y D. Juan de Caceres, porque reconocieron desde el dia antecedente, que ya estaba abandonado el Castillo de Santiago, cuyo fuego las ponía a cubierto, e impedia a los rebeldes acercarse demasiado a ellas; como lo egecutaron avanzando repetidas veces con obstinacion, sin embargo de haber sido siempre rechazados. Por las espaldas de la iglesia de San Juan, acometieron con igual o mayor empeno, pero los contuvo D. Martin Cea con su piquete de fusileros, y la caballeria de Calacoto y Juliaca, reforzada con los honderos de estos mismos pueblos que Orellana habia mandado apostar en aquel puesto desde los principios del ataque. La trinchera de D. Juan Caceres lisonjeaba las esperanzas de los enemigos, y por lo mismo repetian contra ella con mas vivacidad sus esfuerzos y ataques: porque habiendo ya conseguido forzarlas en los dias anteriores,

se persuadian que por aquel paraje podrian abrirse el paso que deseaban a lo interior de la villa; de modo que le fue preciso a Orellana socorrer con algunos soldados que separo de otros, donde el peligro y la necesidad no eran tantos, aumentandole tambien su fuerza con alguna tropa, de la que se mantenia de reserva, para acudir donde llamase mas la atencion por semejantes ocurrencias. Era el conflicto general, y sin cesar redoblaban los enemigos sus ataques, peleando con desesperada obstinacion, fiados en la multitud, a que los nuestros oponian una constante resistencia por todas partes, cuando D. Andres Calisaya con un trozo de caballeria hizo un giro por la parte superior de la villa, y pasando por el Castillo de Guansapata, cayo en Orcopata por medio de la multitud de enemigos que ocupaban este puesto, y a costa de tan bizarra y determinada accion, no solo consiguio sorprenderlos, sino tambien dejandolos admirados de tanto arrojo, tuvieron los sitiados un corto intervalo para tomar algun aliento. Pero muy en breve volvieron de nuevo, y con mayor empeno, a las hostilidades, prevenidos de utiles para derribar las paredes del recinto, y buscarse una entrada menos dificil y peligrosa: como en efecto lo consiguieron, penetrando hasta las espaldas del Tambo de Santa Rosa, donde prendieron fuego a las viviendas de aquel lado, de que ya se consideraban posesionados. Pero disfrutaron poco rato esta ventaja, porque fueron desalojados de aquel puesto por el ayudante mayor, con la tropa de su mando, quien despues de haberlos rechazado, atajo oportunamente el progreso de las llamas.

El Comandante de artilleria, D. Francisco Vicenteli, atento siempre a los pasages que se consideraban en mayor peligro, dirigia a ellos desde la plaza mayor un fuego muy vivo, y con tanto acierto, que escarmentaba y contenia a los rebeldes, hasta que poco a poco fueron cediendo y retirandose de las cercanias de la poblacion, y volvieron a situarse en la falda de las montanas inmediatas. D. Antonio Urbina hizo tambien un fuego continuado desde el Castillo Guansapata, que fue de mucha utilidad, particularmente para impedir que la multitud de indios, que intentaban forzar las trincheras que mandaba Barreda y Monasterio, lo consiguiesen. El de Santiago, a cargo de D. Martin Javier de Esquiros, dirigia su fuego con mas frecuencia hacia la campana, donde combatia la caballeria contraria con la nuestra, sostenida una y otra de un cuerpo de honderos. Desde el reducto situado en las cuatro esquinas de la casa del cacique D. Anselmo Bustinza, se les hizo fuego con un canon fundido a su costa, con el que se defendia parte de la campana que se descubria por aquel lado, y no solo contuvo a los sitiadores, sino que tambien liberto del incendio a todo el barrio, desgracia que habia sufrido el del Tambo de Santa Rosa, por estar distante de la defensa. Bien que este fue el unico triunfo que consiguieron aquel dia: corto en realidad, y que de manera alguna correspondia a la perdida que habian sufrido en tantos y tan repetidos asaltos, en los cuales habian acreditado un esfuerzo y constancia que no podian jamas esperarse ni creerse de una nacion que anteriormente se habia considerado de un caracter veleidoso y

debil. Duro la accion hasta las tres y media de la tarde, en que tuvieron empenadas todas las fuerzas del enemigo, separandose del ataque las que mandaba Diego Cristoval Tupac-Amaru, a su cuartel, antes que los de la parte de Chucuito, que dilataron media hora mas sus obstinadas pero infructuosas diligencias: y retirados todos a sus campamentos, tuvo lugar la guarnicion de atender a sus heridos, que pasaban de 100, sin los muertos que llegaban a 60, los mas de tiro de fusil, cuya perdida puede reputarse considerable si se compara con las que se experimentaron en los ataques anteriores, al mismo tiempo que acredita la valentia y resolucion con que se condujeron en este. Pero el amor y constancia que animaba a los sitiados, lejos de apocarse, adquiria mayor denuedo a vista de la desgraciada suerte de sus companeros, y se disponian con generosa determinacion a resistir el asalto del dia siguiente que consideraban inevitable, cuando a las primeras luces advirtieron la novedad de haberse desaparecido aquella noche improvisamente Diego Cristoval Tupac-Amaru y todos los que le acompanaban, con tanta precipitacion que dejo en el campo los ricos quitasoles que usaba contra los rayos del sol, y muchos viveres de que se apoderaron las partidas de los sitiados, destinadas al reconocimiento de la campana, y pocos dias despues se desaparecieron tambien los que habian venido de la parte de Chucuito, como queda referido anteriormente. Cuyos favorables efectos causo la inmediacion y presencia de las tropas de Lima, con tanta oportunidad, que los defensores estaban ya inmediatos a experimentar el extremo de las necesidades y peligros, asi por la falta de municiones de boca y guerra, como por haberseles frustrado toda esperanza de recibir socorro de las ciudades de la Paz y de Arequipa. La primera, porque todo lo necesitaba para atender a sus propias necesidades y defensa; y la segunda, por haberse negado enteramente a prestarlos su corregidor, D. Baltazar Senmanat.

Libres del todo al fin guarnicion y vecindario de la villa de Puno el dia 24 de Mayo de 1781, y con la gloria de que fuesen espectadoras de su resistencia, las tropas del vireinato de Lima, campadas a una legua de distancia, solo restaba elegir los medios para su conservacion y seguridad. Pensaba el Comandante General, D. Jose del Valle, seguir las marchas con el ejercito de su mando hacia las demas provincias que estaban sublevadas en la jurisdiccion de Buenos Aires, sugetarlas y socorrer la ciudad de la Paz, que en aquella ocasion supo la tenian sitiada un numero considerable de rebeldes, capitaneados por Julian Apasa, Tupac-Catari: pero muchas y muy poderosas razones le impidieron realizar este proyecto, siendo entre todas la mas poderosa, la considerable desercion de sus tropas que cada dia iba en aumento: sin embargo que sabian de cierto no se libertaba alguno de caer en manos de los enemigos, ni salvaban la vida; proporcionandoles por este medio el arbitrio de engrosar sus fuerzas con las armas de que se apoderaban; males que se hubieran aumentado considerablemente luego que se hubiese divulgado iba a alejarlos mas de sus casas, y exponerlos no solo a

nuevos peligros, sino tambien a los rigores de una estacion la mas penosa del ano, asi por los excesivos yelos como por la esterilidad de los campos para la subsistencia de mulas y caballos. En tan critica situacion determino juntar todos los gefes del ejercito para oír sus dictámenes, considerando que su fuerza se habia reducido a 1,100 hombres de armas entre fusiles y rejonés, y a 450 indios: y hechas en la junta todas las reflexiones convenientes, opinaron contestes sus vocales convenia se verificase inmediatamente la retirada a la ciudad del Cuzco, porque de lo contrario era infalible la perdida de las tropas y armas que quedaban, sin que los pocos que restasen, amantes de la gloria del Soberano, se les presentase otro recurso que perecer infructuosamente a manos de los rebeldes. Bien meditado todo, con la madurez y reflexion que pedian las circunstancias del caso, unio aquel Gefe su dictamen al de los demas, y se resolvió la retirada al Cuzco, que anunciada a las tropas la celebraron con muchas aclamaciones, y despues se supo que viendo se les dilatava esta orden, habian convenido desertarse aquella noche 30 soldados milicianos con 150 indios auxiliares.

Tomada esta determinacion, hizo el General llamar a D. Joaquin Antonio de Orellana, así para que espusiese el estado en que se hallaban las provincias confinantes, con la ciudad de la Paz, como para que dijese, si conceptuaba podia conservar en adelante la villa de Puno con el auxilio de 100 fusileros, que era todo lo que podia dejarle: pero este esforzado y valeroso comandante, tocando en su guarnicion los mismos defectos que habia causado la prodigiosa disminucion de aquel ejercito, y que no estarian libres de ellos aquellos 100 hombres que se le ofrecian, dijo: que atendidas y bien reflexionadas las dificultades que se presentaban, y la fermentacion en que estaban aquellas inmediatas provincias, graduaba imposible la conservacion y subsistencia de Puno con solo aquel refuerzo, o al menos que el no se hacia responsable de la continuacion de su defensa: y considerando por otra parte el General D. Jose del Valle que no podia desmembrar mas el numero de sus tropas, para atender a las urgencias que podian ocurrirle en la retirada que se habia determinado, se vio en la dura necesidad de resolver y mandar el abandono de aquel pueblo, que por tanto tiempo habia frustrado cuantos esfuerzos hicieron los rebeldes para espugnarle; y consecuente a ello se dieron las ordenes para que saliese la guarnicion y vecindario, dandoles tres dias de tiempo para evacuarle: termino que aun se minoro despues, reduciendolo a dos solamente. Esta determinacion consterno en extremo a los vecinos, y no poco a Orellana, que sentia verlos reducidos a tan misero estado, despues de haber acreditado tanto su constante fidelidad al Soberano, con el sufrimiento de infinitas calamidades y trabajos por la conservacion y defensa de aquella villa, que quedo desamparada el dia 26 de Mayo de 1781, con un general sentimiento de cuantos se habian acogido a ella de otras provincias; y así estos como los naturales, dejaron en sus casas abandonados todos los muebles en el estado que los poseian, porque no les fue posible conducirlos a causa de la mucha

escasez de bagajes que tenían. Salieron cerca de 5,000 personas de ambos sexos y de todas edades, las más a pie y sin auxilio para seguir la marcha: espectáculo lastimoso que cruelmente hería en el corazón de Orellana, sin arbitrio para hacerlo menos penoso: a que se unían las dificultades de conducir los heridos, que no podían abandonarles, porque indefectiblemente hubieran sido víctimas de los rebeldes. La guarnición constaba de 136 fusileros, 440 lanceros de a pie, 64 artilleros, 308 hombres de caballería, 104 honderos, y 1346 indios de la misma especie, reunidos y procedentes de los pueblos que se conservaban fieles. Mando Orellana, antes de abandonar la villa de Puno, clavar todos los cañones, y enterrarlos en profundos pozos, así porque no tenían arbitrio ni comodidad para retirarlos por la falta de mulas, como para evitar se apoderasen de ellos los rebeldes. Dedicó después todo su cuidado en dar oportunas disposiciones para que su gente fuese reunida en la marcha con las tropas de Lima; y aunque lo consiguió en parte, no logró todo aquel orden y precisión que deseaba el Comandante General, D. José del Valle; porque ocupado cada uno en el cuidado y conducción de su familia, se estraviaban demasiado de la formación, y así también le era imposible en los campamentos cenirse a las dimensiones que prescriben las reglas militares para semejantes casos; porque era mucho estorbo para observarla, el crecido número de familias que conducía. Algunas concibiendo mejor modo de subsistir en Arequipa, se dirigieron a esta ciudad; pero la mayor parte no quisieron apartarse de su Comandante Orellana, con el honroso designio de sacrificarse por el servicio del Soberano, en las operaciones que se emprendiesen posteriormente contra los rebeldes.

Siguieron las marchas el Comandante General, dirigiéndose en derechura al Cuzco, en las reliquias de su ejército, guarnición y vecindario de Puno, y con el centro de tantos pesares, tuvo el alivio de recibir alguna harina, coca y arroz, y otras provisiones que Orellana había enviado a buscar a Arequipa, para la subsistencia de su guarnición: socorro que repartido entre todos, minoró la escasez de bastimentos que experimentaban. Hasta la capital de Lampa nada incomodaron los rebeldes, pero desde ella empezaron a sentir ya los efectos de la retirada, porque divididos en muchas y pequeñas divisiones, se dejaban ver colocados en las alturas inmediatas al camino, para aprovechar desde ellas los descuidos, y cargar la marcha del ejército por los costados y retaguardia, matando inhumanamente a cuantos se detenían o estraviaban.

De esta conformidad y con indecibles trabajos siguieron las tropas por un país enemigo, no solo desproveído, sino también del todo despoblado. Al tránsito por la Ventilla, en las inmediaciones del pueblo de Pucara, los infelices vecinos de Puno que venían a pie, tomaron el camino recto para Ayabiri. Cargados el enemigo, advirtiéndolos estaban separados e indefensos, y logró ejercer en ellos sus acostumbradas crueldades matando muchos hombres, mujeres y niños, y apoderándose también de la

mayor parte de sus pobres equipages, continuando de este modo en picar la retirada hasta Vilcanota, termino del vireinato de Buenos Aires; en cuyas inmediateciones acometieron a los nuestros con tanto denuedo, y con un aire de confianza, que cuando menos pensaban conseguir la ventaja de hacerse dueños de los ganados y bagaje: pero como no pasaban de 1,000, fue facil rechazarlos y frustrar sus designios.

Espuso de nuevo y por escrito D. Joaquin Antonio de Orellana, al Inspector D. Jose del Valle, desde Yanarico, cuanto le parecia conveniente sobre la necesidad que, habia de repoblar y mantener la villa de Puno, cuya respuesta recibio en el pueblo de Quiquijana, llena de lastimosas consideraciones por la situacion en que dejaba el vireinato de Buenos Aires, y las funestas consecuencias que podian resultarle por el abandono de aquel pueblo, en cuya atencion le ordenaba suspendiese la marcha con todas las familias extraidas, para que quedasen en mejor proporcion de volverlas cuanto antes a su domicilio, siempre que el Virey de Lima lo aprobase: pero reproduciendole Orellana algunas serias reflexiones que de nuevo le ocurrieron, por hallarse tan adelantado, le mando siguiese a la ciudad del Cuzco con toda la gente que conducia, donde a cada uno se le asignaria algun socorro que sirviese a su sustento, para hacerles menos dolorosa la situacion desgraciada en que se hallaban, como efectivamente se verifico, considerandoles una diaria moderada gratificacion para que pudieran mantenerse.

En el pueblo de Sicuani hallo el Inspector D. Jose del Valle al Mayor General, D. Francisco Cuellar, que como queda dicho en su lugar, habia destacado a la provincia de Carabaya, para que persiguiese y prendiese al traidor Diego Cristoval Tupac-Amaru, sus sobrinos y a cuantos le acompanaban. Habian los rebeldes cerrado la comunicacion tan cuidadosamente, que en todo el tiempo que se mantuvo este oficial separado, solo llego a manos del General una carta suya, en que le decia no habia recibido noticia alguna del estado y situacion en que se hallaba el ejercito: lo que no era estrano, atendida la crueldad de los sediciosos, quienes en el pueblo de Santiago de Pupuja habian arrestado a un propio que le dirigia, y le habian cortado las orejas, la nariz y las manos: cuyo inhumano castigo, divulgado inmediatamente en aquella provincia, habia intimidado con tanto extremo a todos sus habitantes, que ninguno queria convenirse a llevar una carta, aunque se le ofreciesen crecidas sumas por esta diligencia. De forma que, hasta esta ocasion no pudo saber D. Jose del Valle el exito de las activas diligencias de este oficial, todas infructuosas, porque los principales rebeldes elegian los caminos extraordinarios y extraviados, y con mas proporciones de ocultarse a la vigilancia del que los perseguia. Tuvo en su marcha y retirada cuatro acciones gloriosas, en que derroto a los insurgentes, causandoles graves y crecidos danos, y acreditando en todas su pericia militar, y el mas constante anhelo de sacrificarse por el

servicio del Soberano.

Desde que paso el ejercito la raya que divide ambos vireinatos, fue la desercion de la tropa de milicias, y la de los indios auxiliares de Anta y Chincheros, tan exorbitante, que llego D. Jose del Valle a recelar con fundadas razones le abandonasen enteramente en los mayores riesgos, porque ya no les estimulaba la codicia del saqueo que los habia detenido en parte hasta entonces. Pero superados tantos obstaculos, penalidades y trabajos, como le sobrevinieron durante aquella retirada, llego a la ciudad del Cuzco, el dia 3 de Julio de 1781, con las pocas tropas que le habian quedado: diligencia que no pudo verificar Orellana con el vecindario de Puno, que convoyaba hasta el 5 del mismo, asi por la detencion que habia hecho, como por haberse visto precisado a seguir una marcha mas lenta, a causa de las dificultades que le ocurrieron, por la poca comodidad y proporciones de las familias que le seguian.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

